

El Movimiento LGBT
en la Ciudad de México

Una mirada sociológica
a su institucionalización



El Movimiento LGBT en la Ciudad de México

Una mirada sociológica
a su institucionalización

Carlos Arturo Martínez Carmona



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Instituto de Investigaciones Sociales
México, 2020

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas

Nombres: Martínez Carmona, Carlos Arturo, autor.

Título: El movimiento LGBT en la Ciudad de México : una mirada sociológica a su institucionalización / Carlos Arturo Martínez Carmona.

Descripción: Primera edición | México : Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, 2020.

Identificadores: LIBRUNAM 2083128 | ISBN 978-607-30-3253-7

Temas: Movimientos de liberación de los homosexuales – Ciudad de México | Derechos de los homosexuales – Ciudad de México | Movimientos sociales – Ciudad de México.

Clasificación: LCC HQ76.8.M6.M377 2020 | DDC 306.76—dc23

Este libro fue sometido a un proceso de dictaminación por académicos externos al Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, de acuerdo con las normas establecidas por el Consejo Editorial de las Colecciones de Libros del Instituto.

Los derechos exclusivos de la edición quedan reservados para todos los países de habla hispana. Prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio, sin el consentimiento por escrito del legítimo titular de los derechos.

Primera edición: agosto de 2020

D.R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Sociales
Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México

Coordinación editorial: Virginia Careaga Covarrubias
Cuidado de la edición: Marcela Pineda Camacho
Diseño de portada y tratamiento de imágenes: Cynthia Trigos Suzán
Formación de interiores: Óscar Quintana Ángeles

Impreso y hecho en México

ISBN: 978-607-30-3253-7

Índice

Agradecimientos | 9

Prólogo | 13

Introducción | 17

Movimientos sociales e institucionalización
Una revisión crítica | 29

Institucionalización de los movimientos sociales
desde la noción de *campo* | 53

El campo del Movimiento Homosexual
Emergencia, conflicto y contingencia | 91

El campo del Movimiento LGBT
Institucionalización a partir de identidades y derechos | 145

Conclusiones
Explicando la institucionalización de los Movimientos
Homosexual y LGBT en la Ciudad de México | 217

Anexo metodológico
y diseño de investigación | 241

Anexo 1
Etapas y unidades de observación | 253

Anexo 2
Fuentes de información y selección de casos | 255

Bibliografía | 259

A mis padres



Agradecimientos

La pertenencia al Programa de Becas Posdoctorales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la recepción en el Instituto de Investigaciones Sociales, y la buena acogida por parte de los investigadores, colegas y amigos, así como de mis tutores: la doctora Matilde Luna y el doctor José Luis Velasco durante mi estancia posdoctoral (2018-2020), permitieron llevar a buen fin la obra que aquí se presenta. A la institución y a los investigadores, mi infinito agradecimiento.

Debo señalar que durante los estudios de doctorado que llevé a cabo en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México, desarrollé una buena parte de la presente obra al elaborar mi tesis doctoral. Agradezco al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología haberme otorgado la beca de manutención durante 2012 y 2015.

Mi agradecimiento a la doctora Ligia Tavera Fenollosa por sus enseñanzas, observaciones, críticas francas y apoyos

durante la realización de esta obra. Los comentarios del doctor Roberto González Villareal estimularon la continuidad del proyecto, así como la conclusión del presente libro.

Agradezco infinitamente a todos los activistas del movimiento de Lesbianas, Gays Bisexuales y Transgénero [LGBT], que ofrecieron un espacio de su tiempo para ser entrevistados y cuyas conversaciones alimentaron y nutrieron este trabajo. De tales charlas, donde se compartieron experiencias, alegrías, frustraciones, motivaciones y sueños en favor de un mundo mejor e incluyente, aprendí mucho.

Al Departamento de Investigación Aplicada y Opinión Pública del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, mis agradecimientos por permitirme acceder a las entrevistas realizadas a los miembros de las organizaciones del Movimiento LGBT en la Ciudad de México, como parte de la investigación “La diversidad sexual y los retos para la igualdad y la inclusión”, coordinada por la doctora Julia Flores.

De igual manera, a los coordinadores y participantes en las entrevistas realizadas para el Archivo Histórico del Movimiento Homosexual, mediante el proyecto de investigación: “Nuevas identidades de género, procesos culturales y cambios socio-históricos. El movimiento lésbico *gay* en México (1970-80) a través de la voz y la mirada de sus protagonistas”, coordinado por la doctora Marinella Miano, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Los avances y resultados de esta investigación se han hecho de carácter público en distintos congresos y coloquios nacionales e internacionales. Los primeros avances de investigación fueron presentados en el PhD Seminar de la International Society for Third Sector Research (ISTR), realizado

en Múnster, Alemania, en julio de 2014, bajo el título “The Institutionalization of LGBT Movement in Mexico City”.

En el Coloquio Haciendo Trabajar a Pierre Bourdieu desde América Latina y el Caribe. *Habitus* y Campo en la Investigación Social (celebrado en el Instituto de Investigaciones Sociales y el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias en México), presenté otro avance de investigación bajo el título “Comprendiendo la estabilización de un movimiento social. La mirada desde el *habitus*”, en octubre de 2016.

Los primeros hallazgos de investigación fueron expuestos en el Congreso Internacional de la International Society of Third-Sector Research 12th International Conference, celebrado en julio de 2016 en la ciudad de Estocolmo, Suecia, con el título “Social Movements Institutionalization an Analytical Proposal. The Case of LGBT Movement in Mexico City”, y mediante la ponencia titulada “El proceso de institucionalización de un movimiento social. La construcción del campo del Movimiento LGBT en la Ciudad de México”, en el XXXIV International Congress of the Latin American Studies Association (LASA), realizado en Nueva York en 2016.

Finalmente, en el Seminario Acción Colectiva e Incidencia LGBT en México, organizado en el Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, en mayo de 2018, discutí con especialistas los últimos hallazgos de investigación desarrollados durante mi estancia posdoctoral.

Los avances y resultados presentados en el conjunto de eventos académicos enumerados antes llamaron la atención, dado el uso de una de las recientes líneas de investigación en la interlocución entre la teoría de los movimientos sociales y la teoría organizacional, así como el uso del campo acotado a los movimientos sociales. Además, la buena recepción que tuvie-

ron se basa en todo lo que aportó a la documentación de los Movimientos Homosexual y LGBT en México.

Agradezco los diferentes comentarios, sugerencias e intercambios de ideas que en tales espacios académicos de alto nivel posibilitaron la retroalimentación para definir, redefinir, acotar y aclarar las rutas de la presente investigación.

A todos: investigadores, amigos e instituciones, dedico este trabajo de manera sincera.

Prólogo

Un elemento central del largo y complejo proceso de apertura democrática en México ha sido, sin lugar a duda, la movilización social. Comenzando con las movilizaciones estudiantiles y sindicales del final de la década de los sesenta, la liberalización de la política en México ha sido particularmente marcada por esfuerzos colectivos para exigir y conquistar una gama de derechos civiles y políticos, ampliando así —con mucho esfuerzo— los parámetros de la ciudadanía democrática.

Pocos argüirían que los movimientos sociales no han sido uno de los promotores primordiales de la transición democrática en México, y es muy probable que ésta habría sido mucho más lenta si la sociedad civil organizada no hubiera desempeñado el papel que le tocó cumplir.

Tal fenómeno ha sido estudiado extensamente por los académicos durante los últimos 50 años. Ya sea analizando los movimientos sindicales, indígenas, de mujeres, u otros, los

estudiosos han generado importante conocimiento sobre la movilización social en México y su relación con procesos políticos más amplios.

No obstante, escasa atención académica se había prestado a la movilización de mexicanos LGBTQ+, a pesar del rol tan importante que han desempeñado en exigir y —en muchos casos— lograr una expansión en la definición de “ciudadanía liberal” que incluye derechos sexuales. Se puede aseverar que el Movimiento LGBTQ+ ha sido uno de los logros más exitosos que se han conseguido en tan poco tiempo.

Sin embargo, hace aproximadamente 20 años, eran contados los trabajos publicados en revistas o editoriales académicas que tenían el Movimiento LGBTQ+ mexicano como objeto de estudio.

Por fortuna, tal situación ha cambiado, y la cantidad de trabajos de esa índole ha aumentado de manera significativa. Llama poderosamente la atención lo que se podría denominar una “segunda ola” de trabajos académicos sobre la política sexual en México, producida por una nueva generación de investigadores.

El excelente trabajo de Carlos Arturo Martínez Carmona que usted tiene en sus manos forma parte de esa segunda ola, y sinceramente resulta muy bienvenido, pues hace una contribución importantísima a nuestro conocimiento sobre el movimiento LGBTQ+ en México.

Si bien el lector pudiera pensar que poco se puede aprender de otro estudio sobre el movimiento LGBTQ+ en México —dado que existen varios—, *El Movimiento LGBTQ+ en la Ciudad de México. Una mirada sociológica a su institucionalización* contribuye a nuestro saber, pues hace una detallada e intere-

santísima revisión de la trayectoria del movimiento, identificando aspectos hasta ahora ignorados por estudios similares.

La propuesta que Martínez Carmona plantea es estudiar el proceso de institucionalización del movimiento a partir del despliegue del concepto *campo* de movimiento social. El autor formula dos preguntas principales: ¿En qué sentido se puede afirmar que el movimiento se encuentra institucionalizado? ¿Cómo se explica dicho proceso en el Movimiento LGBT y qué alcances tiene?

El libro acompaña al lector recorriendo el movimiento en el transcurso de las décadas: desde su emergencia hasta las acciones recientes. En términos generales, demuestra que —en efecto— ha alcanzado una importante institucionalización. El proceso resulta en la institucionalización de sus integrantes, del campo mismo, así como de factores exteriores. Sin embargo, esa no es la única lección que obtenemos, pues el proceso resulta más complejo.

El despliegue del concepto *campo* ayuda al autor a identificar órdenes de niveles específicos de institucionalización que dependen de constelaciones diferentes entre actores, contextos políticos y objetivos. Mientras que otros trabajos han rastreado la evolución del movimiento basándose en puntos clave alrededor de la formación de organizaciones LGBT+, Martínez Carmona contrasta dicho proceso con otro mucho más matizado, en lo que en efecto deviene una historia montada en dos vías paralelas que se nutren de manera simbiótica.

El autor hace hincapié sobre la vía hasta ahora invisible que se encuentra asentada en aspectos más informales dentro del campo del movimiento social, como los liderazgos internos y las actividades lúdico-políticas. Resulta una lectura en verdad fascinante.

El Movimiento LGBT en la Ciudad de México no sólo es de interés académico, pues se publica en un momento coyuntural político decisivo. A pesar, o —mejor dicho— como resultado de los logros importantísimos que el movimiento ha obtenido en México y de hecho en América Latina, los derechos sexuales están siendo atacados por actores que forman parte de una arremetida conservadora implacable. Esos esfuerzos por restringir derechos han puesto en evidencia que la conquista de la ciudadanía sexual no puede darse por sentada.

En efecto, una lectura de la historia mexicana desde la Independencia muestra que los avances liberales por lo regular tienen como desenlace esfuerzos contrarios, pues muchos actores conservadores simplemente no se dan por vencidos y han mantenido un frente en contra de la igualdad de derechos.

El trabajo de Martínez Carmona resulta una herramienta muy útil para quien quiera saber cómo fuerzas progresistas han logrado vencer obstáculos en el pasado para lograr sociedades más justas. Es una historia que las heroínas y los héroes, actores principales en este libro, llevan casi medio siglo construyendo; y aún tienen mucho que enseñarnos.

Jordi Díez

Bogotá, 1 de agosto, 2019

Introducción

Un par de años antes de su partida, Pierre Bourdieu señalaba: “La sociología es una ciencia que se sospecha de no serlo; hay para ello una buena razón: produce miedo porque levanta el velo de las cosas ocultas, incluso reprimidas”.

La presente obra, en evidente resonancia con las palabras del afamado sociólogo contemporáneo, tiene como objetivo identificar las “cosas ocultas” en los movimientos sociales: aquello que se “da por hecho”, se estabiliza. Dicho de otro modo: aquello que a los ojos de los participantes es normal, común, cotidiano respecto de la manera como sus activistas y adherentes llevan a cabo los procesos de contención, disputa, interacción, y acción.

Resulta relevante conocer tales elementos, porque de ello depende el curso que los movimientos toman, las disputas en las que se involucran; comprender los comportamientos que para otros actores podrían parecer ajenos, extraños y cri-

ticables. En buena medida, la base de los éxitos o fallos de los movimientos proviene de las prácticas que ellos reproducen.

El tema de las prácticas constitutivas que son estables en los movimientos ha sido escasamente estudiado, a pesar de que la condición de dar por hecho prácticas, actividades e ideas sea un fenómeno que ocurre con frecuencia en los movimientos sociales, sobre todo en aquellos con una larga o al menos considerable duración.

En el análisis del comportamiento social, a la serie de procesos que se estabilizan como parte de la producción y reproducción de la práctica para el constreñimiento u oportunidad de la acción social se le conoce como “institucionalización” (véase por ejemplo Berger y Luckmann, 1967; Powell y Colyvas, 2008; Goffman, 1986; Powell y DiMaggio, 1999; Jepperson, 1999).

Desde las diferentes perspectivas teóricas de los movimientos sociales, la institucionalización ha sido tratada mediante explicaciones que se concentran en el carácter estructural; un tratamiento diferenciado entre perspectivas; y una escasa atención en la relevancia del tema. Las miradas más próximas han privilegiado al entorno, influyendo en lo que los activistas y sus organizaciones producen y reproducen (perspectiva de procesos políticos).

Sin que la intencionalidad del análisis sea la estabilización de la práctica, se ha puesto atención a los procesos cognitivos para las decisiones de las acciones de protesta y la definición de adversarios, objetivos y un estadio de cosas futuro (perspectiva cognitiva-instrumental). Otras perspectivas simplemente “dan por hecho” el comportamiento de los actores y organizaciones de los movimientos, privilegiando su adapta-

ción a las instituciones como estrategia que ofrece mayores resultados (teoría de movilización de recursos).

Por otro lado, se considera que las acciones y definiciones de los movimientos debería estar por fuera de las instituciones socio-políticas (nuevos movimientos sociales); ello conduce a que los procesos internos de acción e interacción deban ser casi en todo momento originales y novedosos.

Los diferentes tratamientos al tema llaman la atención cuando se requiere conocer los factores que se reproducen y son estables en los procesos de acción colectiva, más aún cuando se requiere conocer la manera como dichos procesos suceden.

El principal problema de las perspectivas *mainstream* de los movimientos sociales al confrontar el tema de la institucionalización, coincide con la preocupación planteada hace algunas décadas por autores como Melucci y Touraine, quienes llamaron la atención acerca del análisis de los procesos internos de los movimientos sociales.

Al respecto, Melucci señalaba: “La unidad empírica de un movimiento social debería ser considerada como un resultado en vez de un punto de partida, un fenómeno que ha de ser explicado, en lugar de ser tratado como evidencia” (Melucci, 1995: 43).

El presente libro contribuye al análisis de los movimientos sociales en cuanto a los procesos internos que derivan en dar por hecho ideas, prácticas y comportamientos que dan sentido a un movimiento social.¹

¹ En este libro el concepto *sentido* adquiere un papel relevante en términos de lo que se explica. Desde que Max Weber (2015) se refirió al concepto como “los motivos por los cuales un actor social produce una determinada ac-

En la obra se propone un modelo conceptual de análisis para explicar el proceso de institucionalización de los movimientos sociales mediante el concepto *campo de movimiento social*. Esta noción permite —a diferencia del tratamiento que han aplicado los teóricos de los movimientos sociales— centrarse en el proceso de institucionalización en los niveles meso y microsociales.

La noción de *campo* permite el desplazamiento analítico en dos niveles: uno interno, al reconocer las *reglas del juego* que se comparten en una arena de disputa; así como otro en relación con el exterior, en las definiciones de un conglomerado social *orientado a metas*.

La propuesta conceptual que aquí se desarrolla no implica que se descuiden o demeriten explicaciones consolidadas acordes con los movimientos; al contrario, algunos de los insumos son retomados y alimentan dicha propuesta.

En años recientes, la articulación entre la teoría de los movimientos sociales y la teoría organizacional —sobre todo el neoinstitucionalismo sociológico—, ha dado cabida a nuevas formas de comprender tanto a las organizaciones como a los movimientos. En este diálogo, la noción de *campo* —planteada por Pierre Bourdieu y ampliamente utilizada en la perspectiva neoinstitucional— ha llamado la atención por su capacidad explicativa para comprender procesos políticos donde los movimientos sociales disputan en inte-

ción”, una infinidad de teóricos de la sociología han echado mano del concepto, con lo cual ha cobrado mayor complejidad. En este trabajo, por ejemplo, se utilizan los conceptos *marcos de sentido*, *construcción de sentido subjetivo e intersubjetivo*. En cada caso se aportan precisiones cuando tales conceptos hacen su aparición a lo largo de la obra. En el anexo metodológico se plantea la forma de su aproximación.

racción con una diversidad de actores e intereses (McAdam y Scott, 2005; Fligstein y McAdam, 2012).

La idea de *campo de movimientos social* que sostengo en esta obra, tiene cabida sobre todo para el análisis de un movimiento que se reconoce por presentar una trayectoria relativa en el tiempo. Ella se caracteriza por tener ciclos de protesta; especialmente para los denominados “nuevos movimientos sociales”.

El concepto de *campo* para el análisis de la institucionalización de un movimiento que propongo, se articula mediante tres portadores de regularidades que hacen parte del análisis, así como de la explicación procesual de su conformación. Estos portadores de carácter cognitivo, relacional y arquetípico conjugan conceptos de la teoría de los movimientos sociales y el neoinstitucionalismo.

El análisis de los portadores de regularidades en el campo del movimiento permite establecer en su dimensión analítica el qué y cómo de la institucionalización. A tal explicación se suma el análisis de la construcción intersubjetiva en la interacción de los procesos de enmarcamiento y las lógicas institucionales que definen los activistas en relación con su entorno inmediato.

El presente libro tiene como objetivo analizar lo que los actores hacen para establecer de manera intersubjetiva el tipo de acciones, interacciones y definiciones de lo que se da por hecho, se mantiene en el tiempo, y estabiliza. La obra ofrece además la construcción de un argumento mediante un caso típico: el movimiento lésbico, *gay*, bisexual, transexual, transgénero y travesti (LGBT) de la Ciudad de México.

El movimiento LGBT mexicano constituye un caso que ilustra la institucionalización de un movimiento social. Se

trata de un movimiento que trae como antecedente el de liberación homosexual de la década de los años setenta. Tiene dos arquetipos de acción: la Marcha del Orgullo y la Semana Cultural, los cuales han sido muy importantes para las expresiones del movimiento desde la década de los setenta. Además, está conformado por diferentes identidades sexo-genéricas, lo cual conduce a la necesidad de identificar los acuerdos que logran que el movimiento pueda actuar de manera colectiva.

Por otra parte, se reconoce que el movimiento LGBT tiene formas organizacionales, basadas en las identidades, con diferentes gradaciones de profesionalización; más aún, se identifican interacciones que suceden de manera reticular descentrada. Ello permite un mayor grado de flexibilidad y una menor capacidad de cooptación por actores externos.

Asimismo, se reconoce que desde la década de los noventa el movimiento se ha centrado en la demanda de derechos, y éste se ha convertido en el discurso de los activistas del movimiento como eje de contención, acción y propuesta.

El estudio del movimiento LGBT en la Ciudad de México es importante si se tiene en cuenta que las primeras expresiones públicas homosexuales organizadas tuvieron lugar en la capital del país; en dicha entidad se han obtenido los primeros derechos: políticas de no discriminación, matrimonio igualitario, identidad de género, que el movimiento actualmente demanda a nivel nacional y subnacional. Además, uno de los principales eventos del movimiento, la Marcha del Orgullo, es el que tiene mayor promoción, asistencia y visibilidad en el país, y cuenta con una realización anual ininterrumpida desde 1979.

El movimiento LGBT se presenta como un estudio de caso típico, dado que se puede estudiar de manera similar a como

se abordan otros movimientos sociales cuando atendemos el fenómeno de la institucionalización. Asimismo, el caso adquiere un carácter genérico instrumental; es decir: permite ejemplificar un conjunto de supuestos acerca de la institucionalización de los movimientos sociales, otorgando insumos sobre el fenómeno en cuestión.

El estudio del movimiento LGBT se presenta como un caso cuyo análisis y conclusiones siguen la lógica de la representatividad analítica, pues busca ser útil para formular generalizaciones analíticas que van dirigidas a la teoría de los movimientos sociales (Coller, 2006).

La presente obra responde a las siguientes preguntas de investigación: ¿En qué sentido se puede afirmar que el movimiento LGBT se encuentra institucionalizado? ¿Qué elementos forman parte de la institucionalización del movimiento LGBT? ¿Cómo se explica dicho proceso en el movimiento LGBT, y qué alcances tiene éste?

Entre los hallazgos del estudio se identifica la conformación de dos campos de movimientos que conducen a dos configuraciones diferentes: uno homosexual y otro, LGBT; los dos poseen ideaciones, relaciones y arquetipos negociados entre los actores implicados que se presentan de manera diferenciada.

En el Movimiento Homosexual: una institucionalización guiada por la ideología de izquierda y el predominio de la identidad homosexual masculina.

En el movimiento LGBT, una institucionalización con una base liberal de derechos y la articulación de una identidad plural: lésbica, *gay*, bisexual y trans.

Tales campos de movimientos cruzan por sus propios ajustes, adecuaciones, conflictos, disputas que conducen a las

definiciones de “qué es lo que debe hacerse” y “cómo debe hacerse” en la vida interna del movimiento.

La investigación aquí desarrollada se basa en el método cualitativo longitudinal. Tal tipo de análisis permite observar a lo largo del tiempo los cambios y las continuidades en los valores, comportamientos, e identidades de los actores sociales a partir del análisis de la intersubjetividad.

En la presente investigación se establecieron cuatro periodos temporales (desde 1978 hasta 2014) que se adecuaron a la obtención de información recabada, fueron analizados con el modelo teórico propuesto (véase capítulo 2), y examinados comparativamente para reconocer tanto cambios como continuidades (véase Anexo metodológico).

El estudio privilegió la técnica de entrevistas semiestructuradas; asimismo, se complementó con el análisis documental y la observación *in situ*. Para esta investigación se analizaron 31 entrevistas realizadas a activistas del movimiento, cuya selección se basó en tres atributos:

1. trayectoria en el movimiento de manera continua y superior a diez años;
2. pertenencia y representatividad a una organización del movimiento;
3. representatividad equilibrada de las identidades *gay*, lésbicas, bisexuales y trans.²

² *Gay*: varón que tiene atracción sexual por su mismo sexo; lesbiana: mujer que posee atracción sexual por su mismo sexo; bisexual: atracción por el mismo sexo y por el opuesto; transgénero: rechaza la identidad de género que le fue asignada al nacer; transexual: rechaza la identidad de género asignada y busca cambiar su apariencia anatómica; travesti: rechaza la identidad de género asignada y cambia permanente o temporalmente su apariencia

La selección de los entrevistados en términos numéricos se realizó de acuerdo con el punto de saturación de la información considerando los ejes de la investigación³ (véase Anexo 1 y 2).

La presente investigación dispuso de entrevistas realizadas a activistas del movimiento LGBT, provenientes de dos investigaciones. La primera de ellas, efectuada en el año 2000, estuvo a cargo de la doctora Marinella Miano: “Nuevas identidades de género, procesos culturales y cambios socio-históricos. El movimiento lésbico *gay* en México (1970-80) a través de la voz y la mirada de sus protagonistas”.

Por otra parte, se tuvo acceso a la investigación “Diversidad sexual: los retos de la inclusión” (DSRI), cuyas entrevistas se aplicaron en 2005 en la Ciudad de México. Después del análisis de las entrevistas seleccionadas, en 2014 apliqué entrevistas semiestructuradas a 15 activistas que dieron voz a las diferentes identidades del movimiento. Ellos entraron en la categoría de “informantes clave” y permitieron tanto complementar los argumentos como hacer hincapié en el panorama de la década de la cual no se tenía información de viva voz de los activistas (véase Anexo 2).

Otras fuentes de evidencia empírica consideradas en la presente investigación fueron hemerográficas, bibliográficas y de archivo. La información documental provino de la revista electrónica *NotieSe*, que cuenta con información en línea des-

mediante su indumentaria. En cada uno de los casos señalados las personas despliegan una identidad que implica su orientación sexual o el género al que se adscriben, y que hace visibles diferentes formas y estilos de vida.

³ Una estrategia mediante la que contacté a los activistas de las diferentes identidades fue la “bola de nieve”; con ella no hubo referencias de activistas intersexuales. Asimismo, en el desarrollo de la investigación no se identificó un activismo adscrito a esa identidad.

de 2001 hasta la fecha; el Archivo “Ignacio Álvarez”, con documentos de las organizaciones del movimiento entre 1978 y 1984; así como del archivo Sida Studi, con información del movimiento de 1984 a la fecha.

También se practicó la observación *in situ* en eventos organizados por los activistas: se asistió en tres ocasiones a la Marcha del Orgullo, y se participó en tres Seminarios de carácter académico, cultural y político (véase Anexo metodológico).

ORGANIZACIÓN DEL CUADERNO

En esta obra se muestra el recorrido que va del Movimiento Homosexual al LGBT en la Ciudad de México; la intención es identificar la institucionalización de prácticas e ideaciones. El tratamiento y presentación del movimiento en el presente libro tiene una narrativa histórica que se ha dividido en etapas acordes con las intenciones y planteamientos del modelo conceptual-analítico propuesto. Tales etapas van acompañadas por una serie de eventos que dieron cabida a un cambio sustancial en el movimiento.

En el capítulo 1 se presenta la discusión acerca del tratamiento que han aportado los estudiosos de los movimientos sociales a la institucionalización. El apartado destaca que se trata de una agenda periférica con aproximaciones diferenciadas tanto en sus causas como en sus implicaciones. Más aún, dichas aproximaciones hacen hincapié en el enfoque estructural, y soslayan lo procesual del fenómeno.

El capítulo 2 presenta un modelo analítico, con la intencionalidad de entender la institucionalización en los movimientos sociales. Tal modelo analítico se sostiene de la noción de

campo, algunas categorías tratadas en el neoinstitucionalismo sociológico, y los conceptos articulados a los movimientos sociales (como *enmarcamiento*, *repertorios* e *identidad*) actúan de manera conjugada para aproximarse a la institucionalización en los movimientos.

En los capítulos 3 y 4 —acorde con los hallazgos de la investigación—, se presentan los campos del Movimiento Homosexual y LGBT, respectivamente. En el caso del capítulo 3, se narra el surgimiento, desarrollo, estabilización, crisis y declive del Movimiento Homosexual. En el capítulo 4, el surgimiento, desarrollo y estabilización e institucionalización del movimiento LGBT. Estos dos capítulos se basan en la narrativa, el dato y la descripción intencionada, acorde con la lógica del análisis.

En el capítulo 3 se presenta cómo el surgimiento del Movimiento Homosexual en su carácter público dio pauta a la emergencia de su campo de movimiento. Es decir, formas organizacionales comunes, estrategias de acción y alternativas de solución semejantes entre agrupaciones, definiciones del problema compartido, aunque con procesos de interacción diferenciados que provinieron básicamente de las dificultades al incorporar un discurso de izquierda al movimiento.

Tal discurso se manifestaba en ese momento de manera cambiante y difusa, coincidente con las necesidades sociales de los sectores homosexuales. Las dificultades para generar estabilidad en el campo del movimiento se ampliaron con la aparición del virus de inmunodeficiencia humana (VIH) y la ola discursiva conservadora que atacó a los sectores homosexuales en su conjunto; aunque principalmente a las diferencias irreconciliables sobre el curso que debía seguir el movimiento después de su éxito inicial.

El capítulo 4 ilustra el surgimiento del campo del movimiento LGBT y su ruta hacia la institucionalización. Dicho proceso está guiado por el cambio generacional, la apropiación por parte del movimiento LGBT de un discurso de derechos humanos y diversidad sexual, pero sobre todo la potencialidad para poder generar lazos de proximidad entre activistas mediante diferentes repertorios de acción.

Además, y de manera primordial, se analiza la construcción de identidades en un proceso de auto-reconocimiento, o auto-identificación, superando la identidad política de la primera etapa del Movimiento Homosexual.⁴

En los últimos años se reconoce la potencialidad de la identidad colectiva en relación con el marco de acción, como elementos centrales en la definición de sentido del movimiento.

En las conclusiones del presente libro se pone atención en los dos hallazgos de investigación que discuten con los planteamientos de los estudiosos del Movimiento LGBT en México.

El primero es la conformación de dos campos totalmente diferenciados que distan de pensar el Movimiento Homosexual y LGBT como una trayectoria de un mismo movimiento.

El segundo refiere a las precisiones en torno a las contribuciones y los hallazgos teóricos que deja esta investigación en relación con las perspectivas de los movimientos sociales y la institucionalización.

⁴ Se trata de una identidad homodirigida; es decir, una identidad que promueve un "nosotros" en contraste con los "otros", y cómo los "otros" definen ese "nosotros" (Melucci, 1989). En el capítulo conceptual (el 2) se hacen precisiones concretas al respecto.

Movimientos sociales e institucionalización Una revisión crítica

En este capítulo se realiza una revisión crítica en torno a las explicaciones que ofrecen las distintas perspectivas de estudio que se aplican a los movimientos sociales (MS), a propósito de la institucionalización de la acción colectiva. Ello a partir de la aproximación hacia cuatro de las perspectivas más relevantes en la teoría de los MS: comportamiento colectivo, movilización de recursos, estructura de procesos políticos, y nuevos movimientos sociales.

Tal exploración permite reconocer la falta de consensos, tratamientos diferenciados y adyacentes, donde predominan las explicaciones estructurales, y el análisis del proceso queda irresuelto.

EL COMPORTAMIENTO COLECTIVO SI SE INSTITUCIONALIZA, NO ES MOVIMIENTO

El comportamiento colectivo constituye una de las perspectivas clásicas que aplican los estudios de los movimientos sociales; ésta toma en cuenta que el movimiento es parte integrante del sistema social. Las instituciones sociales se encuentran en interacción con los movimientos, lo cual implica —por una parte— un proceso de cambio ante las tensiones estructurales, lo que genera —por otra— adaptación en los movimientos (véase figura 1).

Los autores representativos de dicha perspectiva: Smelser, Blumer, y Turner y Killian, parten de la idea de “ciclo de vida” de los MS, la cual fuera propuesta inicialmente por Dawson y Gettys (1935). Disturbios sociales, agitación social, formalización e institucionalización conforman los cuatro estadios del ciclo de vida de un movimiento social.

Aunque los distintos representantes del comportamiento colectivo plantean ciertas variaciones en los estadios, todos ellos coinciden en que el proceso en el ciclo de vida parte de una emergencia inestable, desorganizada, y finaliza con el declive basado tanto en rutinas como en convenciones sociales introducidas, apropiadas o adaptadas al sistema social.

La formalización corresponde a un momento previo al estadio de la institucionalización, definido por el establecimiento de reglas, políticas, tácticas, disciplina —y en ciertos casos la concreción— de organizaciones formales. En el estadio de institucionalización, el movimiento se ha cristalizado en una organización formal burocrática cuya estructura, objetivos e intencionalidades se acoplan al sistema social. La institucionalización implica “adaptación a las exigencias de

las demandas existentes” respecto del control social y las prácticas sociales (Blumer, 1997: 77-79).

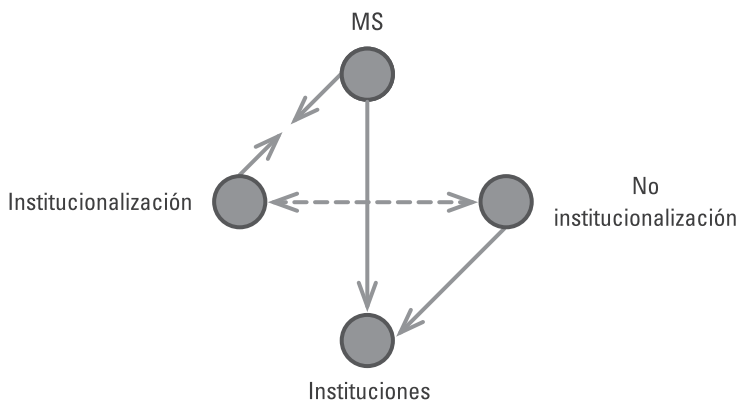
La teoría del comportamiento colectivo sostiene que prevalece una relación unidireccional entre institución y movimiento social, donde el movimiento impacta en los valores y normas sociales como mecanismo de ajuste al sistema social. El movimiento social surge como respuesta, opción y consecuencia de las tensiones que suceden al interior de la sociedad, por lo que resulta contradictorio plantear que dicho movimiento se desarrolla reproduciendo normas y valores sociales, dado que su papel se concreta al ofrecer respuesta a tales disfunciones (Turner y Killian, 1987).

La definición de “comportamiento colectivo” parte del siguiente principio: “Una movilización no institucionalizada para la acción, a fin de modificar una o más clases de tensión, basadas en una reconstrucción generalizada de un componente de la acción” (Smelser, 1989: 86). Los MS intentan influir con nuevas opciones en las instituciones mediante acciones no institucionalizadas. Los movimientos no son procesos socialmente aislados; sin embargo, sus prácticas institucionalizadas resultan irrelevantes para el análisis del comportamiento colectivo.

Bajo esa lógica, cuando un movimiento se institucionaliza, deviene su declive. Ello ha de ser así independientemente de sus logros o desaciertos, de su éxito o fracaso.

Al igual que sus colegas, Turner y Killian (*Op. cit.*) parten de la idea de que los MS son fenómenos no institucionalizados. Lo anterior implica su exposición permanente al cambio, suponiendo con ello que no forman parte de ninguna institución socialmente establecida.

Figura 1
Institucionalización de los MS
desde la perspectiva del comportamiento colectivo



Fuente: Elaboración propia.

Para la perspectiva en cuestión, las instituciones corresponden al orden macrosocial. Destaca el papel que desempeñan las instituciones como elementos ordenadores de la acción social. En el análisis de las diferentes expresiones del comportamiento colectivo —entre ellas, los movimientos—, se apela a las instituciones cuando el sistema entra en tensión, ofreciendo alternativas diferenciadas y novedosas.

No obstante, instituciones y movimientos ocupan lugares contrastantes cuando se trata de analizar el comportamiento colectivo. Los movimientos son externos a las instituciones; por ello convenciones, rutinas, y organizaciones sociales involucradas en el movimiento social quedan excluidas del análisis. Lo que importa es su aportación a la innovación en lo referente a las normas y valores sociales; por ello, cuando

un movimiento se institucionaliza, deja de considerarse como tal, pese a sus logros o desaciertos.

MOVILIZACIÓN DE RECURSOS DANDO POR HECHO LA INSTITUCIONALIZACIÓN

Planteadas por McCarthy y Zald (1977) a finales de los años setenta, la teoría de movilización de recursos (TMR) vino a refrescar la teoría de los movimientos sociales, distanciándose del funcionalismo. Además, otorgó un mayor énfasis en el carácter racional de los agentes para explicar su acción estratégica. Dicha propuesta abrió la puerta a un análisis de los movimientos sociales con hincapié organizacional e incorporó el comportamiento estratégico racional e instrumental.

Tal perspectiva parte del siguiente supuesto: las instituciones políticas se encuentran en condiciones de estabilidad y representan un espacio óptimo para lograr objetivos a partir de la atracción y movilización de recursos. Estas actividades son realizadas por parte de las estructuras organizacionales formales y jerárquicas que —dada la suma de sus preferencias colectivas— conforman un movimiento o contramovimiento social, cuya meta común intentan materializar (McCarthy y Zald, *Op. cit.*: 20).

La TMR se alimenta del supuesto de la acción colectiva planteado por Mancur Olson (1965), el cual se basa en la lógica del actor racional-egoísta. El logro de ciertos objetivos sólo puede ocurrir de manera colectiva: no son resultado de una acción individual. La acción colectiva requiere que los involucrados compartan incentivos selectivos. Es decir, la promesa de que obtendrán un beneficio por actuar de manera colectiva.

Dado que la fuente de las decisiones proviene del pensamiento estratégico y la racionalidad, las organizaciones de los movimientos sociales (OMS) se encuentran analizando cuáles otras organizaciones pueden ser aliados potenciales, de qué manera estos aliados restan o suman otros actores y qué fuentes de recursos pueden resultar más estables.

A diferencia de la perspectiva del comportamiento colectivo, donde la institucionalización del movimiento implica su formalización organizacional conduciendo a su declive, la TMR plantea que en la medida en que las organizaciones del MS adoptan formas organizacionales coherentes con las estructuras institucionalmente aceptadas, las posibilidades de su éxito se incrementan. Tales estructuras, burocráticas y jerárquicas, representan vehículos eficientes para el logro de objetivos concretos (McCarthy y Zald, *Op. cit.*).

La conformación del movimiento en organizaciones formales (institucionalizadas) no es sólo una posibilidad, sino una condición deseable o esperada. Tampoco representa una decisión crítica para los actores del movimiento, sino más bien una decisión estratégica y calculada, delineada por principios de costo-beneficio.

La relación que sostienen las organizaciones con las instituciones dominantes (políticas y sociales) supone posibles fuentes de recursos para concretar metas específicas, que por definición son las únicas a las que pueden acceder. Es decir, las cuales se enmarcan en las relaciones de poder institucionalizado.¹ Las instituciones son utilizadas estratégicamente por

¹ En la medida en que la perspectiva considera la persecución de metas colectivas o interorganizacionales (o las dos), los objetivos que buscan ser materializados son limitados y definidos en el marco de lo posible y permitido por las instituciones dominantes.

las organizaciones que se desenvuelven dentro de ellas; por ello son consideradas como parte de la infraestructura social de la que las industrias de los movimientos sociales echan mano.²

De tal modo, las instituciones están dadas por hecho, y representan el marco de condiciones en las que las OMS surgen y se desenvuelven. De acuerdo con la crítica de Buechler, la TMR “implica el estudio de la dinámica de las organizaciones como otras formas de acción institucionalizada” (1993: 194).³

Las organizaciones que persiguen fines de acción colectiva se desenvuelven mediante mecanismos institucionalizados; aquellas que aspiran a formar parte de la acción, buscan institucionalizarse. En otras palabras, conformarse como organizaciones social, política y económicamente aceptadas. La lógica resulta sencilla: de lo que se trata es de desplegar una estrategia óptima para acceder a recursos que se encuentren disponibles en entornos institucionales concretos.

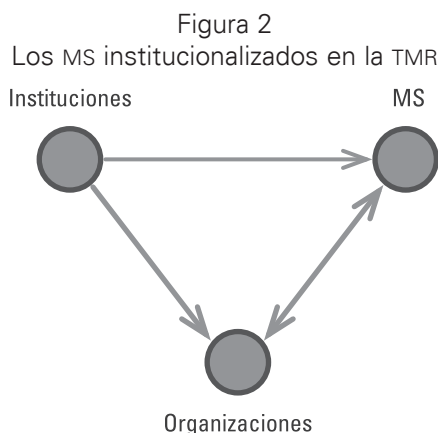
La TMR destaca “las continuidades entre movimiento y acciones institucionalizadas” (Jenkins, 1983: 528), a diferencia del comportamiento colectivo, que las aísla. Como consecuencia, el proceso de crecimiento y declive del movimiento depende de los recursos disponibles y su manejo estratégico; ya no de la relación con las instituciones sociales, como habían planteado los teóricos del comportamiento colectivo.

La TMR trata a las instituciones como potenciales fuentes de recursos, y probables elementos en disputa para atraer *stakeholders* a las organizaciones (véase figura 2). Tal perspectiva dio por hecho que las formas de OMS están institucionalizadas

² “Industria” se refiere al conjunto de organizaciones que forman un MS. Es el análogo organizacional de un MS.

³ Traducción propia.

o deben institucionalizarse; esto es, conformarse de acuerdo con el tipo de organizaciones dominantes que cuenta con estructuras jerárquicas y centralizadas, a las cuales se les asigna mayor probabilidad de éxito en las sociedades modernas.⁴



Fuente: Elaboración propia.

La perspectiva de la movilización de recursos considera que la institucionalización representa una oportunidad desde el momento en el que las organizaciones del movimiento se adecuan a las estructuras políticas y el seguimiento de lógicas formales de acción.

Para la TMR, el marco de la acción del movimiento sucede en un escenario institucionalizado; es decir, la acción se guía por organizaciones basadas en principios instrumentales y racionales que buscan objetivos fijos y resultados evaluables, o

⁴ Esto es así siguiendo los planteamientos clásicos de Max Weber y Robert Michels sobre las organizaciones funcionales en los sistemas sociales modernos.

lo que es lo mismo: buscan situaciones estables de acción. A partir de que los MS y la acción colectiva son estudiados desde las organizaciones y sus dinámicas, se da por hecho que estos fenómenos sociales se encuentran institucionalizados, al igual que otras formas de acción (Buechler, *Op. cit.*: 193).

En la medida en que un grupo de organizaciones se involucran en la acción colectiva, se convierten en un conjunto organizacional que se encuentra frente a un contexto institucional dado, donde los objetivos de los movimientos sociales y sus motivaciones de reinención o cambio de la sociedad, pasan a segundo término.

De tal modo, las interacciones, las acciones y la incorporación de nuevos miembros y grupos de apoyo se presentan por motivaciones de cálculo (costo-beneficio). Dejan de lado otro tipo de constreñimientos externos e internos del movimiento, como los elementos identitarios, culturales, experienciales, motivacionales, entre otros.

Paradójicamente, lo que ofrece la TMR es una imagen de las organizaciones de los movimientos sociales como actores sociales reificados, desprendidos de amplios constreñimientos estructurales y de contextos históricos; esto es así debido a que el anclaje institucional que la perspectiva ofrece, se sitúa principalmente en el ámbito de la política.

ESTRUCTURA DE PROCESOS POLÍTICOS LO ACOTADO DE LA POLÍTICA INSTITUCIONAL

Mientras se desarrollaba la TMR y se establecían sus principales supuestos, desde la ciencia política se comenzó a cuestionar la poca relevancia que se atribuía a los movimientos

sociales en los procesos políticos,⁵ sobre todo después de que diversos movimientos en las décadas de los sesenta y setenta interpelaron al poder político en los Estados Unidos.

Otra serie de movimientos sociales históricamente relevantes escaparon a los ojos de los analistas, a pesar de que fueron detonante de procesos revolucionarios; del mismo modo, los mecanismos de presión que durante décadas operaron de manera recurrente habían sido poco atendidos. Charles Tilly fue uno de los primeros autores en hacer hincapié en las instituciones políticas como escenario y pauta para analizar la acción de los movimientos sociales.

Como resultado de su análisis, las oportunidades políticas comenzaron a tratarse cada vez más como una variable explicativa de la acción colectiva.⁶ El eje para el análisis que propone Tilly (1978) cruza por el utilitarismo político, la racionalidad y los procesos históricos. En su obra *From Mobilization to Revolution*, intervienen principalmente tres elementos: la racionalidad (con capacidad de análisis en un corto plazo y como objeto de la movilización); la política (como parte de la interacción con el Estado, y tomando en cuenta elementos estructurales); así como las rutinas de la acción (repertorios de acción que se conforman en el largo plazo).

⁵ Este tipo de preocupaciones, surgidas en momentos similares y con marcos referenciales comunes, permitirían una retroalimentación mutua entre la TMR y los procesos políticos.

⁶ La perspectiva de los procesos políticos daría a la postre relevancia a las estructuras de oportunidades políticas consideradas como entorno de los movimientos sociales; y como factores, causal para explicar los éxitos de la acción colectiva contenciosa. El planteamiento mantiene su foco en las instituciones políticas, la distribución del poder político, las potenciales alianzas con ciertas elites, y las alternativas que todo ello genera en conjunto (véase Tarrow, 1999).

Dado su interés primordial en los procesos políticos, Tilly (*Op. cit.*) considera las instituciones políticas como marco de análisis. El autor plantea que los MS se encuentran fuera de las instituciones políticas, dado que han sido excluidos de los procesos de toma de decisiones y distribución de poder. Los movimientos se encuentran desafiando al poder político, deseando introducir sus demandas o procurando ganar espacios de decisión. En consecuencia, los MS que logran ganar poder político,

[...] tienden a cambiar hacia la acción colectiva proactiva, pero en niveles reducidos; ello porque los aparatos del gobierno los protegen de las amenazas y porque los reducidos costos de movilización y acción colectiva significa que éstos pueden alcanzar los mismos intereses con menor esfuerzo (*Op. cit.*: 229-230).⁷

Lo anterior significa que un movimiento se institucionaliza en la medida en que gana poder político y es reconocido por los aparatos de gobierno como interlocutor. Dicho proceso lleva implícito que sus estrategias de presión, inicialmente contenciosas, sean suplidas por otras de carácter convencional, sin que por ello sus intenciones o metas se vean debilitadas. Es decir, “los cambios decisivos [en el movimiento] afectan el constreñimiento, no las intenciones” (*Op. cit.*: 230).⁸

Se puede deducir entonces que la institucionalización de la acción colectiva en el trabajo de Tilly entraña el hecho de facilitar el acceso al poder, y por ende disuadir de ejercer

⁷ Traducción propia.

⁸ Traducción propia.

la represión (una posibilidad latente cuando los actores se encuentran excluidos de la política formal). Además, configurar la acción colectiva que corre en términos paralelos al poder, a modo de grupos de interés, sindicatos o partidos políticos. Ello implica la reducción de costos y la agregación o acomodo de interacciones rutinizadas por parte de estos grupos frente a las elites dominantes y sus representantes políticos.

En esa misma línea argumentativa, a inicios de la década de los años ochenta Doug McAdam (1999) sería más enfático al plantear el carácter de exclusión de la vida institucional del que emergen los movimientos. Según su análisis, los grupos que desafían al poder político (léase MS) buscan contrarrestar el poder de las elites gobernantes; también su inclusión en el marco de las instituciones políticas. Al igual que los otros teóricos de los procesos políticos, McAdam parte del modelo político competitivo predominante en Estados Unidos.

De acuerdo con Gamson, los estudiosos de los MS buscan

[...] seguir a los grupos sin representación, aquellos que se encuentran desarrollando solidaridad y están políticamente organizados, pero a los cuales se [...] desalienta su entrada efectiva en el “*establishment* competitivo [...]”. Ello es así debido a la manera como él está organizado (1975, en McAdam, 1999).⁹

En esa perspectiva, dado el conducto de la política por el que la institucionalización se desplaza, el proceso consiste en el uso de tácticas, metas y la disposición de estructuras organizacionales formales reconocidas por las elites o los grupos que

⁹ Traducción propia.

detentan el poder político. Su propósito es ser incluidas en la toma de decisiones.¹⁰

A diferencia de lo esbozado por Tilly, para McAdam ese proceso resulta pernicioso por tres razones:

- 1) la burocratización-oligarquía planteada por el modelo de Weber-Michels, la cual en ciertos términos puede conducir a otorgar mayor valor al mantenimiento de la organización que a alcanzar las metas del movimiento;
- 2) cooptación, a partir de los apoyos externos, lo que puede forzar a los activistas, líderes o insurgentes a perseguir sólo los temas aceptados por los financiadores externos; y
- 3) disolución de los apoyos de los involucrados en los primeros momentos del movimiento, dado el desvanecimiento de la excitación en la fase disruptiva (McAdam, *Op. cit.*: 188-190).

De acuerdo con lo anterior, entre tácticas y organizaciones, “los insurgentes deben trazar un curso que evite represión dañina, por un lado, y tácticas impotentes por el otro”, además de organizaciones que no desvirtúen los objetivos del movimiento. “Este óptimo medio resulta sumamente difícil de alcanzar” (*Op. cit.*: 190).¹¹

En consonancia con dicha perspectiva, Sidney Tarrow (2004) retoma el planteamiento de los desafiantes excluidos

¹⁰ El uso de tácticas institucionalizadas puede resultar contradictorio, dado que la motivación del desafío se basa en su exclusión de los canales institucionalizados que se encargan de procesar sus demandas.

¹¹ Traducción propia.

de las instituciones políticas, pero además bosqueja en diferentes partes de su obra que las instituciones pueden ser también consideradas entorno “huésped” para que los movimientos germinen. Apunta, por ejemplo, el caso del origen de los movimientos de los derechos civiles vinculados con el poder de las iglesias afroamericanas.

Tarrow plantea la existencia de formas institucionalizadas de protesta, las cuales representan acciones habituales y relaciones rituales, que requieren ser formas aceptadas por el poder político:

[...] resulta más fácil recurrir a las formas de acción colectiva cuya utilización se conoce, lo que explicaría el predominio de las formas convencionales por encima de las demás. Y como no precisan un gran compromiso y suponen escaso riesgo, pueden atraer a una gran cantidad de participantes; este es el atractivo de la huelga y la manifestación (Tarrow, *Op. cit.*: 145).

De tal modo, de acuerdo con Tarrow, la institucionalización de los movimientos sociales depende de tres factores, los cuales pueden estar imbricados o no:

- 1) la conformación de los movimientos en organizaciones legal y políticamente reconocidas;
- 2) la adecuación a formas convencionales de acción (para McAdam, tácticas institucionalizadas); y
- 3) la apropiación de marcos de acción colectiva.

Dichos atributos desarrollados en los movimientos no dependen de su carácter habitual o de su rutinización, como Tarrow deja entrever en su tratamiento sobre los repertorios

de acción,¹² sino primordialmente de que sean aceptados por las elites.

Los dilemas que plantea la institucionalización política en estos tres planos conducen a organizaciones que reducen su carácter de confrontación e incrementan su capacidad de negociación, con el riesgo de enfrentar la “ley de hierro de la oligarquía”; es decir, mantener vigente la organización y sus dirigencias, incluso por encima de los fines del movimiento. Las acciones convencionales son aquellas que cuentan con un predominio numérico en los repertorios de acción, y suelen menoscabar el entusiasmo en los participantes.

Por otra parte, los movimientos que se basan exclusivamente en símbolos culturales pierden su capacidad para la insurgencia. Aquellos que proponen “marcos de referencia” radicalmente nuevos, pueden perder apoyo a causa de lo desconocido de sus objetivos. A partir de tales planteamientos, la paradoja que planteó McAdam respecto de la institucionalización del MS, es seguida y confirmada por Tarrow con una figura retórica iluminadora: “Los movimientos caminan sobre el filo de una navaja: entre la institucionalización y el aislamiento” (Tarrow, *Op. cit.*: 196).

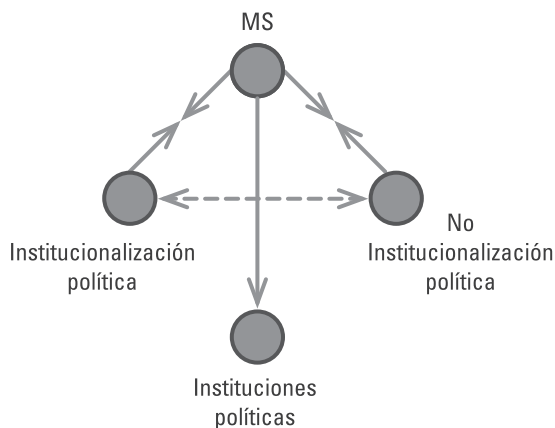
Para la teoría de los procesos políticos, al tomar como punto de referencia la institucionalización de los grupos desafiantes, ella se puede identificar mediante portadores institucionales como las formas organizacionales, los repertorios y las metas del movimiento.

¹² Ello representaría incluir la violencia u otras formas de acción no convencionales como rasgos de institucionalización en un nivel meso; es decir, a nivel del movimiento mismo, evitando ser exclusivamente referenciado al sistema político o al sistema social.

De tal modo, un movimiento se institucionaliza cuando sucede la puesta en práctica de un cierto tipo de organizaciones políticas formales, acciones convencionales y metas del movimiento cuyos propósitos no interpelan el poder de los grupos dominantes. Los tres elementos requieren del reconocimiento del Estado y por ende de las elites que lo sostienen.

En suma, todo ello resulta desfavorable y contradictorio para el movimiento. El mismo efecto se presenta cuando un movimiento toma el curso contrario; es decir, decide seguir vías no convencionales. Esto lleva a la paradoja del “filo de una navaja”: un MS será exitoso siempre que encuentre un equilibrio entre la no institucionalización y la institucionalización (véase figura 3).

Figura 3
La institucionalización de los MS
desde la estructura de los procesos políticos



Fuente: Elaboración propia.

El análisis de la institucionalización desde la teoría de los procesos políticos tiene un elemento limitante: la predominancia de la política. Ello ocasiona que se descuiden elementos de carácter cognitivo y normativo, provenientes de la cultura o de la interacción social que sucede entre los miembros del movimiento.

La perspectiva de la estructura de oportunidades políticas conduce a un resultado fatalista de la institucionalización. En contraste, la perspectiva del comportamiento colectivo (la cual toma en cuenta elementos valorativos y normativos) sostiene que la institucionalización representa el declive del movimiento, con posibilidades alternativas de éxito o fracaso.

Para la perspectiva de los procesos políticos, la institucionalización se refiere a la apropiación de prácticas de la política formal con efectos en sus metas y procedimientos, lo que reduce la potencialidad de cambio político de los movimientos, y lleva consigo escasas posibilidades de éxito.

A pesar de lo anteriormente señalado, no puede demeritarse la congruencia del planteamiento de los procesos políticos respecto de la institucionalización de los MS. Sobre todo porque discute de manera intencional elementos observables de la institucionalización: los repertorios de acción, la acción convencional, las formas organizacionales, y las metas del movimiento.

Por otra parte, resulta necesario plantear elementos que permitan explicar la institucionalización; en particular si se piensa en arenas distintas de las que corresponden a la esfera de la política formal. Por ejemplo, el circuito en el que los nuevos movimientos sociales se manifiestan, en torno a valores, identidades y cultura.

Además, en el análisis deben incluirse niveles sociales diferentes; en ellos, la vida política formalizada no requiere estar vinculada directamente con el Estado. Por ende, no tienen como referente exclusivo a las elites políticas.

Finalmente, se requiere generar explicaciones acerca de los procesos que conducen a la definición de los diferentes elementos que permiten hacer observable la institucionalización en los MS.

LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES AMPLIACIÓN Y RENOVACIÓN DE LAS INSTITUCIONES

Los estudiosos de los denominados “nuevos movimientos sociales” (NMS) consideran que la crisis de la modernidad se ve acompañada por una crisis en las instituciones. Estas condiciones pavimentan el terreno para la aparición de nuevas formas de acción colectiva tanto en demandas, estrategias y formas de acción, como en la definición del poder que se descentra de la esfera política.

Provenientes del continente europeo, los principales autores fundadores de esta perspectiva (Alberto Melucci, Claus Offe y Alain Touraine, entre otros) consideran que la crisis en la modernidad representa una oportunidad para descentrar la política institucional y la economía, politizar las instituciones de la sociedad civil y fortalecer la idea de *sujeto social*. Tres atributos principales se reflejan en el corazón de los NMS:

- 1) los *temas* se encuentran ahora vinculados con el “mundo de vida”, ya no con el poder político o con la distribución de bienes materiales;

- 2) los *valores* que se fundan en la autonomía y la identidad toman un papel relevante (con sus correlatos en las organizaciones como descentralización, autonomía, autoayuda); y
- 3) los *modos de acción* son originales, internamente respecto de la forma de organizarse en contraste con las formas políticas de hacerlo como la burocracia, la centralización, jerarquización y verticalidad entre miembros y líderes, y externamente de manera diferenciada de los modos convencionales de acción (Offe, 1985: 829-830).

Las instituciones políticas se ven desbordadas al atender la complejidad de los principales problemas sociales, las acciones, organizaciones y metas de los nuevos movimientos sociales. Las demandas de los NMS: inmateriales, subjetivas, culturales, no se disputan primordialmente en el ámbito de las instituciones políticas. Al respecto, Melucci responde: “Las formas de socialización política, los patrones de innovación cultural, y los medios de modernización institucional son redefinidos fuera de la acción de las agencias establecidas” (Melucci, 1985: 260).

Los NMS buscan politizar las instituciones de la sociedad civil como la familia, la religión o la ciencia con el propósito de evitar que se vean limitadas por la autoridad política. Sin embargo, también con el de introducir prácticas que desprotegen o subordinan al Sujeto social en las instituciones mismas.

Por ejemplo, mediante la promoción del papel de la mujer en la familia de corte machista, o en el ámbito de la medicina, que consideraba la homosexualidad como una patología.

Por ende, los NMS buscan una renovación en los valores, hábitos, lenguajes, definiciones, y categorías sociales. Tales formas de acción colectiva desafían la lógica dominante por medio de una base simbólica. Ofrecen por su propia existencia otras formas de definir los significados de la acción individual y colectiva, confeccionando identidades nuevas y diversas,¹³ logrando dejar al descubierto la rigidez de las instituciones sociales, y provocando crisis en las mismas: desinstitucionalización.¹⁴

Lo anterior permite que el Sujeto social —en este caso, los movimientos sociales— pueda plantear nuevas o diferentes opciones para hacer frente a la compleja realidad social. De acuerdo con el recurso metafórico esgrimido por Alain Touraine:

Vivimos un cambio permanente que disuelve las instituciones como si fueran riberas de arena y enturbia las referencias sociales, las normas y lo que llamábamos los valores de la comunidad. Para el nadador, si quiere sobrevivir, no hay otro recurso que fabricarse una balsa (Touraine, 1997: 56).

Es decir, crear sus propias instituciones en ámbitos cada vez más concretos.

¹³ De acuerdo con Touraine (1997: 113), “La identidad no se construye mediante la identificación con un orden del mundo, un grupo social o una tradición cultural, y ni siquiera con la individualidad misma. Se forma, al contrario, por desidentificación [...]”.

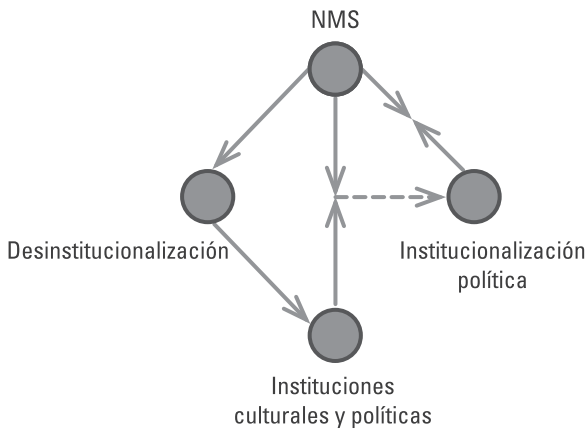
¹⁴ “Vivimos un mundo de mercados, de comunidades y de individuos, y ya no en un mundo de instituciones. La palabra misma, que fue la clave de bóveda de la sociología clásica, se desmorona: a tal punto las prácticas desbordan las reglas” (Touraine, *Op. cit.*: 52).

Los MS no se encuentran orientados hacia el cambio político, hacia la distribución del poder político; aunque sí producen cambios en las instituciones políticas. Dichos movimientos pretenden cambiar o “modernizar” las instituciones, renovar la cultura, y replantear la organización social.

Por lo tanto, podría decirse que los NMS plantean un desafío a las instituciones, mas no lo hacen de modo externo a ellas, como supondría la perspectiva del comportamiento colectivo; tampoco lo hacen desde las demandas para acceder a la distribución del poder político, sino desde el corazón mismo de las instituciones: como subsistemas o como agentes en un campo.

En tal sentido, ciertas lógicas institucionales pueden ser parte del instrumental de los movimientos mismos, siempre que hayan sido formuladas por una sociedad civil moderna y politizada.

Figura 4
La institucionalización y los NMS



Fuente: Elaboración propia.

Los NMS se valen de los procesos de desinstitucionalización social y la relevancia que va adquiriendo el sujeto para poder influir en el sentido que buscan infundir en las instituciones. Aunque se otorga relevancia a los valores que respalden la idea de una sociedad civil moderna y la superposición del Sujeto mismo sobre la rigidez de las instituciones sociales dominantes (véase figura 4).

LA INSTITUCIONALIZACIÓN EN LA TEORÍA DE LOS MOVIMIENTOS BAJO CUESTIÓN

A partir de la revisión analítica que se hace de las diferentes perspectivas de los movimientos sociales, se reconoce una importante falta de consenso acerca del tratamiento y explicación de la institucionalización de los movimientos sociales. Ello radica en

- 1) la relación diferenciada que supone el MS con las instituciones, según sea la definición de estas últimas;
- 2) los resultados potenciales que de dicha relación deriven, tomando a la institucionalización como declive del movimiento (con excepción de la teoría de movilización de los recursos);
- 3) los movimientos, en cualquier caso, se encuentran fuera de las instituciones: no al contrario;
- 4) los distintos niveles analíticos en los que ocurre el análisis institucional tienen predominancia del carácter estructural; y
- 5) la no aplicación de modelos explicativos que se enfoquen en el proceso, pese a la presencia de algunas ca-

tegorías que permiten aproximarse al fenómeno de la institucionalización.

En relación con el punto 5), resulta indispensable destacar las coincidencias que se hallan entre las perspectivas. Por ejemplo, las organizaciones suelen ser uno de esos elementos comunes que cruza el conjunto;¹⁵ mientras que las formas de acción suelen constituir otro elemento coincidente, como las tácticas, las estrategias o los repertorios.

Todas las perspectivas han considerado —con mayor o menor atención— *la posibilidad de disponer de un proceso que conduce a la rutinización de la acción colectiva contenciosa*, aunque ello acarree diferentes repercusiones, en distintos niveles de análisis, y se concentre en ciertos elementos integrales de las instituciones: valores, reglas, prácticas y normas.

Sin embargo, *poco se ha analizado acerca de cómo ocurre tal proceso*. Con la intención de generar cierto consenso entre las perspectivas, y explicar cómo tiene lugar dicho proceso, en esta investigación se propone recurrir a la noción de *campo*.

Las instituciones no corresponden sólo a su orden primordialmente político, ni pueden ser dadas por hecho y obviarse como si sólo estuvieran ahí guiando el comportamiento social; o considerarse como externas al movimiento.

¹⁵ Aunque el carácter de la formalidad y la informalidad es un tema por discutirse respecto de las organizaciones. En esta investigación, se recupera a las organizaciones pensadas en esas dos posibilidades, dado que la formalidad no necesariamente se ajusta con la institucionalización. De acuerdo con Powell y DiMaggio (1999), además de Melucci (1985) y Diani (2003) —quienes consideran que las organizaciones son unidades observables de los MS—, diversas formas organizadas que no necesariamente cumplen con reconocimiento legal, no deben quedar excluidas.

Las instituciones se encuentran manifiestas en distintos órdenes y en diferentes niveles sociales, otorgando sentido social, constriñendo y definiendo oportunidades para la acción. Los movimientos y las instituciones se conforman, modifican e impactan de manera mutua.¹⁶

Las instituciones han sido tratadas de manera diferenciada por las perspectivas de los movimientos sociales. Ello ha acarreado importantes repercusiones para comprender el proceso de institucionalización.

Friedland y Alford (1999: 312) señalan atinadamente que, para explicar la institucionalización, se requiere primero revisar y replantear el significado de las instituciones: reto que para la teoría de los movimientos sociales exige desplegar un importante esfuerzo.

¹⁶ Los MS desempeñan un papel importante en el diseño de instituciones; en tal relación, las instituciones también cumplen un papel importante en el diseño de los movimientos sociales. Los neoinstitucionalistas, por ejemplo, consideran que la acción colectiva es un mecanismo causal para originar, erosionar o eliminar las instituciones, aunque conceden que la forma y el objeto mismo de tal acción pueden estar institucionalizados (por ejemplo, Jepperson, 1999; Powell y DiMaggio, 1999; Schneiberg y Lounsbury, 2008; Hensmans, 2003).

Institucionalización de los movimientos sociales desde la noción de *campo*

Dado que los conceptos y argumentos de las perspectivas de los movimientos sociales en torno a la institucionalización resultan particularmente diversos, descansan en supuestos variados y presentan procesos diferenciados y limitados (como se ha apuntado en el capítulo anterior), la aproximación que en este capítulo se propone, tiene como finalidad poner orden —así como una mayor atención analítica con énfasis sociológico— en dicho proceso.

Se propone la idea de *campo de movimiento social*, el cual se enmarca en el diálogo recientemente sostenido entre la teoría organizacional —sobre todo en la perspectiva neoinstitucional— y la teoría de los movimientos sociales. Trabajar con la noción de *campo* ofrece las ventajas siguientes:

- 1) identificar los portadores de regularidades que permiten observar al movimiento como un *locus* institucional; y

- 2) abrir un espacio de análisis para reconocer a los actores en interacción con la finalidad de dar “sentido” intersubjetivamente a su comportamiento en el movimiento.

Con la finalidad de organizar la propuesta, se proponen cuatro subtemas. En primer lugar, es necesario establecer qué se entiende por “instituciones”: reconocer sus propiedades, sus elementos constitutivos, y niveles de análisis; ello permitirá comprender cómo aquello que socialmente se da por hecho, cruza por un proceso de institucionalización.

En segundo lugar, se retoma la noción de *campo* y se establecen las ventajas y opciones que este concepto ofrece para el tratamiento de los movimientos sociales.

Finalmente, se genera una propuesta analítica para comprender la institucionalización de un movimiento social.

INSTITUCIONES E INSTITUCIONALIZACIÓN

Las instituciones representan uno de esos insumos conceptuales mayormente utilizados en las ciencias sociales, muy a pesar de caracterizarse por una ambigüedad fundamental acerca de lo que son y la manera como operan en la explicación social (Martin, 2003; Clemens y Cook, 1999; DiMaggio y Powell, 1999).

Desde la ciencia política, las instituciones son representadas por los órganos y reglamentaciones del Estado; una institución clásica desde una mirada sociológica bien podría estar representada por la Iglesia; mientras que desde la antropología, una práctica de intercambio puede ser una institución.

Ámbitos, niveles, formalidad y órdenes sociales se entrecruzan, lo cual vuelve al concepto tan elástico según la palestra donde se enuncie.

Desde los estudios del nuevo institucionalismo, una de las definiciones más popularizadas en el ámbito académico —que logra aglutinar elementos constitutivos, órdenes diferenciados y niveles variados— es la propuesta de Richard Scott:

Las instituciones constan de estructuras cognitivas, normativas y reglamentarias, así como de actividades que dan estabilidad y significado al comportamiento social. Las instituciones son transmitidas por varios portadores —culturas, estructuras y rutinas— y operan en múltiples niveles de jurisdicción (2001: 56).

Con esta definición ampliada, Scott busca identificar los elementos analíticos clave implícitos en una variada gama de argumentos y debates al respecto: desde los planteamientos parsonianos que privilegian las normas sociales como elementos constitutivos del orden social hasta los argumentos del cognitivismo que explican el comportamiento social objetivado y dado por hecho.

Su propuesta tiene como interés identificar los diferentes basamentos de las instituciones, los cuales pueden funcionar de manera conjunta o alternativa para abordar el análisis institucional.

En el pilar regulativo, la acción se guía mediante la coerción y la amenaza de sanción formal. El orden de las instituciones regulativas empodera a los actores sociales, lo cual confiere capacidades, asigna recursos, y beneficios especiales bajo

un sistema de reglas que representa recompensas y castigos proporcionados y aplicados por una autoridad reconocida.¹

En su carácter normativo, las instituciones implican normas y valores. Las instituciones guían el comportamiento mediante normas de aceptabilidad, moralidad y ética. Los valores son concepciones conjuntas de lo preferible o lo deseable, acompañados de la construcción de estándares con los cuales los comportamientos pueden ser comparados y evaluados.²

En el pilar cognitivo, la acción es guiada mediante varias categorías y marcos por los cuales los actores interpretan el mundo. En el paradigma cognitivo, las respuestas y estímulos individuales constituyen una colección de representación simbólica internalizada del mundo. Las instituciones no son tratadas simplemente como creencias subjetivas, sino también como sistemas simbólicos objetivados y externos a los individuos. Cada institución humana es una cristalización de significados objetivados.³

Los actos son objetivos cuando otros actores pueden repetirlos potencialmente, sin cambiar el entendimiento común del acto; mientras que los actos son exteriores cuando el entendimiento subjetivo de los actos se reconstruye como entendimiento intersubjetivo, de manera que los actos se consideran

¹ La teoría de los procesos políticos conviene con este pilar institucional.

² Las teorías del comportamiento colectivo y los nuevos movimientos sociales podrían comprender su mayor inclinación en el entendimiento de instituciones en este pilar.

³ Una de las derivaciones de la perspectiva de los nuevos movimientos sociales, así como los enfoques provenientes de la década de los años noventa que tratan la explicación de construcción de identidad y marcos de sentido, se encontrarían más próximos a este pilar.

parte del mundo externo (Zucker, 1999: 129; Berger y Luckmann, 1967).

Es decir, las instituciones son internas o dadas por hecho por los actores en una dimensión cognitiva, y las instituciones son externas o aceptadas después de un proceso de construcción intersubjetiva que se sustenta en un proceso de interacciones, en sus dimensiones normativa y regulativa.

Los diferentes tratamientos que a nivel general han abordado las instituciones han hecho hincapié en su capacidad de restricción y control del comportamiento social. Las instituciones imponen limitantes legales, morales, y culturales, al deslindar los límites entre comportamiento aceptable e inaceptable.

Resulta clave reconocer que las instituciones apoyan y empoderan las actividades de los actores sociales. Las instituciones representan un marco de restricción, pero también de oportunidad. En dicho sentido, las instituciones se ven involucradas en la distribución de recursos materiales socialmente aceptados en las disposiciones del lugar que ocupan los actores sociales en la vida social. Ello trae consigo repercusiones mayormente provechosas para algunos, y perniciosas para otros (véase Sewell, 1992).

Por otra parte, uno de los atributos que se ha asignado a las instituciones radica en su resistencia al cambio o persistencia:

Las instituciones representan las características mayormente perdurables de la vida social [además] otorgan solidez [al sistema social] a través del tiempo y el espacio (Giddens, 1986: 24).

Sin embargo, es necesario destacar que las instituciones no son monolíticas: no tienen un carácter sustancial; mucho menos uno fatídico para la acción social. Mediante la inte-

racción entre instituciones y la acción social, tiene lugar su producción, permanencia, y estabilidad, así como sus modificaciones y cambio.

Las instituciones son “habitadas por personas y sus interacciones”, como destacan Hallett y Ventresca (2006, citado en Scott, 2014). En esa lógica, DiMaggio y Powell (1999) ponen el acento en el carácter que tienen los actores respecto de las instituciones al señalar que ellas forman parte de patrones de interacción que circunscriben la acción y definen sus oportunidades.

En diferentes órdenes y niveles sociales, las instituciones tienen un carácter dialéctico: ofrecen en sí mismas su contradicción tanto en el momento de su reproducción como en la interacción de los individuos e intereses en disputa que llevan a su alteración, modificación y cambio (Giddens, 2003; Sewell, 1992; Lourau y Fiorito de Lambrune, 2010; Bourdieu, 1983; Friedland y Alford, 1999).⁴

Las instituciones están disponibles para que los individuos construyan con base en ellas: pueden ser manipuladas como recursos por individuos, grupos y organizaciones, a modo de “cajas de herramientas culturales” (Swidler, 1986). Tales posibilidades de cambio en las instituciones —donde los movimientos plantean sus disputas— no dependen de la capacidad de movilizar y controlar recursos, sino de la naturaleza del poder y las reglas institucionales que especifican la manera como los recursos se asignan, producen y controlan.

⁴ Aunque situados en el orden de las reglas, más que en el de las rutinas, convenciones, normas, e ideaciones, se está de acuerdo con el planteamiento que hacen DiMaggio y Powell: “la creación y ejecución de acuerdos institucionales están plagadas de conflictos, contradicciones y ambigüedades” (1999: 68).

Las instituciones se construyen mediante un proceso de conflicto y prueba, donde la acción ejerce preponderancia; en ese sentido, la institucionalización representaba un proceso y un resultado. Una institución representa un orden o patrón social que ha alcanzado cierto estado o propiedad; la institucionalización indica el proceso para alcanzarlo. Ella produce expectativas entre los actores sobre las propiedades, orientaciones y comportamiento de los individuos (Jepperson, 1999: 197-204).

En términos generales, el proceso de institucionalización consiste en las actividades que van adquiriendo sentido para una colectividad; consiste en formas que mediante la interacción y reproducción a lo largo del tiempo se refuerzan y dejan de lado otras posibilidades.

Los procesos de institucionalización poseen un carácter relacional implícito. Durante ese proceso de construcción de sentido y negociación, se disputa la estabilización en la distribución de los recursos; se define qué curso tendrán las regularidades o patrones de acción; así como qué elementos se vuelven consistentes para su reproducción. Ello representa que su investigación se realice *a posteriori*: después de que ciertas regularidades se hayan hecho observables.

Parafraseando a Martin (2003), mientras la institucionalización consista en el proceso de conformación de un patrón regularizado, su estudio consistirá en la manera como las regularidades observables se concretan en procesos igualmente observables.

En su definición ampliada de “institución”, Richard Scott hace referencia a las instituciones que operan en múltiples niveles de jurisdicción. Resulta clave poner atención a este atri-

buto de las instituciones porque de ello dependerá también su nivel de operación.

Hay instituciones como la familia, la religión, o el Estado que operan a nivel macrosocial y cruzan otros niveles como el mesosocial y el microsocia. Asimismo, otras formas institucionales como la reciprocidad, el *potlatch*, la responsabilidad social, la asistencia privada, las marchas y mítines, la identidad de género, hacen sentido en niveles distintos y con implicaciones diferentes.

Los niveles societales recobran especial relevancia ya que las instituciones se conforman, reproducen y transforman de manera relativamente distinta, según el nivel al que se refieran. Se trata de un punto de partida de interés para pensar los movimientos sociales en su referencia al orden social.

En el tratamiento de la institucionalización de los movimientos sociales, se han considerado diferentes niveles de análisis. El comportamiento colectivo —por una parte— considera la institucionalización en un nivel macrosocial, con ciertas reservas en algunos planteamientos que Blumer realiza para el nivel mesosocial.

La teoría de la movilización de recursos desiste de la explicación y da por hecho las instituciones en todos los niveles: individual (organizaciones), sectores e industrias y sistema político. Mientras tanto, la institucionalización en la estructura de procesos políticos se centra en el nivel estructural de la política. Los planteamientos de la perspectiva de los nuevos movimientos sociales considera el carácter estatal y social como niveles donde se institucionalizan los movimientos.

Desde las diferentes perspectivas de la teoría de los movimientos sociales —al menos las aquí tratadas—, el entendimiento de la institucionalización se halla anclado en un nivel

de análisis macro donde lo estructural predomina.⁵ Según Jepperson (1999: 209), los análisis institucionales que hacen hincapié en el nivel estructural

[...] permiten efectos independientes e inmediatos de múltiples órdenes de organización y, a menudo, aunque no necesariamente, perciben los órdenes más altos como si tuvieran un mayor potencial causal que los órdenes más bajos.⁶

Es decir, el análisis de la institucionalización en la teoría de los movimientos sociales ha otorgado mayor importancia a la determinación del peso estructural: las instituciones en su relación con los movimientos. Por otro lado, se ha hecho poco hincapié en la manera como los movimientos se apropian de las instituciones para interpelarlas y las definen de manera intersubjetiva.

En tal sentido, para explicar ese proceso por lo regular se han soslayado los órdenes de construcción social de carácter cognitivo e interpretativo que tienen relación con el entorno

⁵ Con ciertas reservas en los planteamientos de Blumer (1946: 1971), quien considera el movimiento como una "sociedad en miniatura", es decir, el tratamiento del MS desde un nivel de análisis meso. Para él, un movimiento consta de elementos estables que dirigen la acción como una estructura, un programa, una cultura definida, tradiciones, reglas prescritas, y la conciencia de un "nosotros". Blumer no establece y tampoco insinúa la manera como estos elementos se conforman. En realidad, los plantea como dados por hecho; sin embargo, su planteamiento resulta una de las aproximaciones más cercanas a las que se elaboran en el presente documento.

⁶ Cuando Jepperson (1999: 208) se refiere a los "órdenes altos", está hablando de los argumentos fenomenológicos que en su consideración pueden ejercer dos efectos institucionales: 1) las instituciones pueden actuar como reglas o instrucciones que generan y definen objetos sociales; 2) pueden actuar de manera independiente como reguladores de los procesos sociales.

amplio.⁷ Asimismo, las explicaciones acerca de los elementos involucrados o portadores de institucionalización y los mecanismos que los definen suelen pasar inadvertidos.

Parafraseando a Zucker (1999), pionero en hacer hincapié en los niveles de análisis de la institucionalización, sin un fundamento sólido en los diferentes niveles, el riesgo consiste en considerar la institucionalización como una “caja negra” y en poner énfasis en el contenido y sus efectos, a costa de dejar de lado una aproximación sistemática del proceso.

LA NOCIÓN DE *CAMPO* PARA EL ANÁLISIS DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

El presente Cuaderno propone utilizar el concepto *campo* para observar la institucionalización de los movimientos sociales. La idea permite identificar a las instituciones operando en un nivel meso en interacción con un nivel macroinstitucional; ello permite —por otro lado— otorgar relevancia a los actores, quienes definen e interpretan las instituciones.⁸

⁷ A inicios de la década de los noventa, con el trabajo de Eyerman y Jamison (1991), cuando las explicaciones de orden microsocial y constructivista fueron introducidas para explicar los movimientos sociales, especialmente desde los argumentos del cognitivismo.

⁸ Después de realizar un análisis profundo sobre el uso de la idea de *campo* en diferentes disciplinas, Martin (2003) plantea que la noción de *campo* suele utilizarse en tres sentidos superpuestos o interrelacionados. El primero es el sentido puramente topológico, como un espacio de análisis de las dimensiones simplificadas en el que se ubican las posiciones de las personas o de las instituciones. En segundo lugar, el sentido de un *campo* como una organización de fuerzas. En tercer lugar, al *campo* se otorga un sentido de arena de pugna y enfrentamiento.

En años recientes se ha reconocido y profundizado el diálogo que la perspectiva neoinstitucional de la teoría organizacional sostiene con la teoría de los movimientos sociales.⁹ Entre las diversas preocupaciones de ambas teorías, se ha procurado articular el análisis de los movimientos con el concepto de *campo organizacional*.

La versatilidad del término ha permitido considerar el análisis de los movimientos, al menos de dos maneras: principalmente, inmersos en arenas contestatarias donde disputan los movimientos (McAdam y Scott, 2005; Rao, Monin, y Durand, 2003; Armstrong, 2002; Fligstein y McAdam, 2011; Fligstein y McAdam, 2012); y, más cerca en el tiempo, mediante el análisis de los movimientos considerándolos como “campo” (Bartley, 2007; Armstrong, 2005; Diani, 2013; Diani y Pilati, 2011; Tavera Fenollosa, 2013). Tal segundo conjunto de trabajos constituye la fuente de interés principal para la presente investigación.

Por una parte, la utilidad del concepto de *campo* ha permitido comprender la influencia de ciertos actores sociales en

⁹ Los trabajos han estudiado los MS y sus *outputs* organizacionales; por ejemplo, en las empresas de reciclaje y control ambiental (Lounsbury, Ventresca y Hirsh, 2003) o en organizaciones multinacionales para adoptar lógicas de derechos humanos y cambio climático (Zald, Morrill, y Rao, 2005). Otras investigaciones han considerado los MS como elementos detonantes del cambio y emergencia en instituciones culturales; por ejemplo, los cambios de un modelo clásico de cocina francesa a uno nuevo (Rao, Monin, y Durand, 2003). La influencia de los MS en cambios sociales de larga duración; por ejemplo, la institucionalización de los derechos civiles en Estados Unidos (McAdam y Scott, 2005). Otros casos que han aplicado la noción de *campo* en los movimientos sociales han sido desarrollados en los trabajos de Bartley (2007), Rojas (2010), Armstrong (2002; 2005). Este diálogo fructífero ha conducido a comprender mecanismos explicativos diversificados y paralelos en la tónica de las instituciones y los movimientos sociales (Campbell, 2005).

los cambios discursivos y organizacionales que se suscitan en un movimiento. Por ejemplo, los cambios en el movimiento campesino-ambientalista del Amazonas después de la intervención externa de una fundación transnacional (Bartley, 2007). Igualmente en el movimiento lésbico *gay* de la década de los años setenta en Estados Unidos, con la influencia de ciertos activistas para guiar las acciones de las organizaciones de los movimientos sociales en condiciones de incertidumbre política (Armstrong, 2005).

Otros autores han aplicado la idea de *campo* para subrayar el carácter relacional al interior de un movimiento y la asignación de posiciones dentro del mismo. Por ejemplo, en el Movimiento Urbano Popular mediante sus alianzas y coaliciones así como las interacciones que ciertos grupos sostienen con el gobierno (Tavera Fenollosa, 2013).

Mientras que Diani (2013) y Diani y Pilati (2011), utilizan la idea de *campo* para identificar las fronteras del conjunto de organizaciones de los movimientos étnico y ambientalista en el Reino Unido; para ello se apoyan en la identidad, las ideas y los intereses de las organizaciones.

Los diferentes usos de la noción de *campo* permiten identificar importantes implicaciones para el análisis de los movimientos sociales; al menos se pueden distinguir seis diferentes contribuciones. Por principio de cuentas,

- 1) El concepto de *campo* sugiere un modelo de movimiento por derecho propio. Esto es, se puede apreciar *qué* y *cómo* los movimientos llegan a convertirse en sitios de

- competencia interna y “juegos”, en la medida en que logran cierto tamaño y duración (Crossley, 2002).¹⁰
- 2) El campo invita a reflexionar de manera abierta sobre el tipo de los miembros de un movimiento específico; considera actores involucrados y capitales que el campo integra (véase Martínez Carmona, 2018a); ello tiene repercusiones en los límites de los campos de los movimientos que suelen ser flexibles e impermeables (Diani y Pilati, 2011; Diani, 2013).
 - 3) La idea de *campo* permite entender a los MS en su trayectoria temporal, su organización y definiciones; en este sentido, se diferencia de las masas, multitudes, y otras formas de respuesta reactiva de protesta social.
 - 4) El campo representa un insumo conceptual que permite observar las dinámicas y arreglos cognitivos entre los integrantes del movimiento social y reconocer las orientaciones de tal fenómeno —en un sentido de unidad— respecto de su entorno.

El campo deja observar los acomodados al interior del movimiento; es decir, las disputas entre actores para definir el sentido del movimiento, las posiciones que

¹⁰ De alguna manera estos planteamientos son próximos a diferentes tratamientos como los de industria y el sector de la teoría de movilización de recursos (McCarthy y Zald, 1977), a la idea de *sistema* de Blumer (1946), quien se preocupa por las configuraciones internas del movimiento, o a los campos multiorganizacionales (Klandermans, 2001), donde las interacciones entre organizaciones de diferentes sectores tienen repercusiones en el movimiento, así como con la idea de *comunidad de movimiento social* planteada por Buechler (1993). Aunque en el campo no se considera a los integrantes de los movimientos como “tontos culturales”, o individuos que persiguen fines racionales y estratégicos sin historia, o que descartan la posibilidad de comprender los procesos de su configuración.

ocupan ciertos actores tanto en el campo (líder, coordinador, ideólogo...), como respecto de su entorno, en su relación con adherentes, beneficiarios, opositores, medios de comunicación, partidos políticos, otros movimientos (véase Martínez Carmona, *Op. cit.*).

Por otro lado, es útil para observar los movimientos en contexto: no sólo en su contexto político o en un contexto inmerso de recursos escasos, sino en uno con el que se disputa, en el marco de lo simbólico-político y material. Ello representa considerar el movimiento orientado por metas comunes en su relación con el exterior, pero internamente definido por la interacción, el conflicto, y la ocupación de posiciones.

- 5) Los campos permiten abordar los movimientos en la medida en la que se encuentran conectados y embebidos en conflicto con otros sistemas institucionales (Seo y Creed, 2002); en esta lógica se ha considerado a los nuevos movimientos sociales en su disputa por elementos simbólicos y culturales en el nivel societal. Lo que permite la idea de *campo* es organizar las diferentes lógicas institucionales que incorporan los movimientos sociales para entrar en disputa con otros campos y definir su propio entramado interno de instituciones.
- 6) Los movimientos sociales en cierto momento de su trayectoria, al igual que los campos, se encuentran de manera latente ante procesos de institucionalización y desinstitucionalización, o cambio. Mientras podemos ver la acción en el campo, compuesta por esfuerzos a menudo en conflicto con un cierto sentido definido, no podemos prescindir de la idea central del *campo* como el cual conduce al movimiento o cambio (Martin, 2003: 30).

De tal modo, es posible pensar y tratar a un movimiento social como campo. En el presente libro se considerará al “campo de movimiento social” como una arena conformada por actores y organizaciones que se construye de manera sociopolítica y cultural. Actores que se reconocen mutuamente en términos de que poseen un entendimiento compartido en disputa o alternancia con ciertas lógicas institucionales y lo configuran.

El campo permite definir qué actores forman parte del MS, qué temas lo coordinan, y las formas de actuación y organización reconocidas por los actores, así como la definición de “adversarios” y “aliados potenciales”. Ello permite por un lado identificar un conjunto de factores constitutivos y estructurales de la acción colectiva; por otro, establecer cierta apertura o clausura en términos de las relaciones que establece con otros actores sociales, campos organizacionales o niveles societales.¹¹

LA INSTITUCIONALIZACIÓN DEL CAMPO DE MOVIMIENTO SOCIAL: PORTADORES Y MECANISMOS

Pierre Bourdieu (1990) emplea una concepción general de *campo social* para referirse a una arena gobernada por valores y regularidades que intervienen en la acción individual. De tal modo, desarrolla la idea de *juego* basado en reglas, normas y sentido que son asignadas a la acción social.

¹¹ Como DiMaggio evalúa: “El campo organizacional ha emergido como una unidad crítica, puenteando los niveles organizacionales y sociales en el estudio de la sociedad y el cambio comunitario” (1999: 337).

La comprensión de los campos como resultado de alineaciones entre actores relacionados y orientados a metas, aclara el estado de las reglas: no son limitaciones inalterables que canalizan la acción, o que hagan impensable la acción “ilegal”; tampoco meras descripciones de tendencia central (Martin, 2003: 32).

Cuando los patrones de conducta son reconocidos por los actores como las formas de regularidad, la conformidad o no conformidad a la pauta puede conducir a ventajas o desventajas en las posiciones y en el acceso a recursos (Sewell, 1992). La idea de *juego* es la forma más prometedora para entender la capacidad del campo en su promoción de metas comunes, sin dejar de constituir un lugar de disputa.

Los campos de los movimientos sociales en un estado de cristalización (como todo campo) son portadores de instituciones, modelos para hacer las cosas, conformados por rutinas y organizaciones definidas.

Un campo de movimiento social regularmente identificado con ese carácter suele ser el del movimiento sindical. Se reconoce por desarrollar acciones institucionalizadas de presión (como los paros o la huelga), mediante organizaciones (sindicatos) cuyo sentido claro es la defensa de los derechos laborales y la mejora en las condiciones de los trabajadores. Dichas asociaciones sindicales se encuentran legalmente reconocidas e identificadas como interlocutoras por sus contrapartes empresariales o estatales, o ambas.

En el marco de dicho campo del movimiento, se pueden encontrar distintas posturas ideológicas que lo gobiernan: radicales, reformistas, socialistas, antineoliberales; con diferentes características entre actores: centrales obreras, sindicatos blancos, pequeñas agrupaciones de trabajadores...

Los campos poseen cierta flexibilidad en cuanto a las instituciones que definen el juego. Lejos de ser asumidas como parte de una estructura “causal” de las fuerzas que deberán obligar a todas las personas que se involucran a actuar de modo similar, se trata de un conjunto de supuestos siempre vulnerables al malestar deliberado. Las instituciones existen como formas de alineamiento que orientan la acción en una manera integral intersubjetivamente (Powell y Colyvas, 2008).

En consecuencia, el campo del movimiento establece por un lado *por lo que se debe luchar* como parte del alineamiento orientado a metas; mientras que de manera interna establece *lo que debe hacerse y cómo debe hacerse*, tanto en relación con la disputa interna como en la manera como se dirige la acción, en la que se organiza el campo.

Los elementos institucionales que se desenvuelven en el campo del movimiento social no constituyen aspectos generales de la cultura ni mandatos externos, sino aspectos específicos del campo mismo. De hecho, cierto tipo de movimientos como los denominados “nuevos” son antitéticos a ciertas instituciones del orden social.

Como ya varios autores han reconocido (Eyerman y Jamison, 1991; Snow *et al.*, 1986; Benford y Snow, 2000), las instituciones pueden ser apropiadas y adaptadas; también, generadas internamente en el curso de la acción del movimiento.

Más adelante retomaremos esta discusión para observar la institucionalización ubicando la relación entre lógicas institucionales y marcos de acción colectiva. Antes, resulta necesario destacar que para identificar a las instituciones que predominan en el campo del MS y su institucionalización, se requiere reconocer los portadores o vehículos potenciales de regularidades, así como sus implicaciones.

Los “portadores de regularidades” permiten observar las definiciones de un campo como unidad al orientarse a metas, así como las diferentes lógicas internas que predominan en dicho campo; es decir, las pautas que todos los participantes en el juego comparten. En la literatura sobre los movimientos sociales se reconocen al menos tres portadores que potencialmente forman parte del proceso de institucionalización:

- 1) el conjunto de ideas que el movimiento genera o traduce;
- 2) el sistema de relaciones que establece tanto interna como externamente, y
- 3) el sistema de repertorios para la consecución de objetivos.

Cada uno de ellos puede ser considerado deliberadamente como vehículo o portador del proceso de conformación de regularidades en el comportamiento, las interacciones, y las definiciones respecto del entorno. Ideas, relaciones y repertorios han sido analizados desde los estudios de los movimientos sociales tomando como base sus efectos, dejando de lado el análisis de la insitucionalización del movimiento; sin embargo, su tratamiento es relevante para fundamentar la propuesta de análisis que aquí se desarrolla.

En términos generales, los portadores de regularidades son importantes para identificar las formas en las cuales las instituciones cambian hacia un tipo convergente o divergente en el campo. Por otro lado, apuntan a un conjunto de mecanismos fundamentales que nos permiten dar cuenta de cómo las ideas se desplazan a través del espacio y tiempo, quién y qué las transporta, y cómo ellas pueden ser transformadas en su transcurrir (Scott, 2014: 95).

Los portadores que aquí se señalan no deben ser considerados simples objetos o actividades, sino aquellos que conducen atributos de sentido, elementos que detrás de sí tienen acuerdos intersubjetivos que sucedieron mediante un proceso relacional, de tensión y conflicto. En virtud de ello, la institucionalización tiene que ver con la manera como las cosas son aceptadas y devienen permanentes.

Con la finalidad de organizar a los portadores de regularidades, se ha considerado tratarlos como portadores cognitivo-normativos, relacionales, y arquetípicos (véase el cuadro 1). Estos tres tipos de portadores representan el referente esencial de la institucionalización. El tratamiento de dichos portadores funciona como un marco analítico; ellos proveen las categorías dentro de las cuales la institucionalización puede ser conceptualizada.

Cuadro 1
Portadores y mecanismos
en el campo del movimiento social

Portadores de regularidades		
Cognitivo-normativos	Relacionales	Arquetípicos
Marcos	Identidad	Acción
Compromisos	Coordinación	Organización
Mecanismos para explicar la institucionalización		
Interacción del MS con lógicas institucionales (estructura-entorno)		
Procesos de enmarcamiento (cognitivo-interno)		

Fuente: Elaboración propia.

Tales elementos forman parte del esqueleto constitutivo del campo de movimiento social; su reconstrucción permite reconocer su institucionalización. Por ello, al tratarlos se requiere realizar un análisis en cierto lapso de tiempo que dé

cuenta de su coherencia con la manera como los activistas comprenden el campo del movimiento.

Portadores cognitivo-normativos

Los portadores cognitivo-normativos corresponden al sistema de símbolos, ideaciones, normas y valores que forman parte del campo del movimiento, los cuales pueden ser organizados comprensivamente mediante los conceptos de *marcos* y *compromisos*. Dichos portadores permiten ofrecer sentido a los actores que habitan el campo respecto de “por lo que se lucha” y “cómo es apropiado comportarse”.

De acuerdo con Erving Goffman (1986), los marcos son “esquemas de interpretación” que permite a los individuos localizar, percibir, identificar, y etiquetar los eventos dentro de su espacio de vida y su mundo ampliado.

En el contexto de los movimientos, los marcos de acción colectiva destacan ciertos aspectos de la realidad, así como la atribución y articulación de significados. Autores como Bartley (2007) y Fligstein y McAdam (2012) han utilizado el término “marcos de campo”, dado que permite reconocer las diferentes posiciones de significados que asignan orden y sentido en el campo.

Los actores en el campo se encuentran definiendo opciones: unas más apropiadas que otras, de acuerdo con su experiencia de vida y conocimiento. Los marcos funcionan como patrones colectivos de interpretación para explicar hechos, justificar la crítica y legitimar los reclamos, así como atribuir estabilidad y permanencia al movimiento.

De acuerdo con Hunt, Benford y Snow (2001), los movimientos desarrollan marcos con la finalidad de generar con-

sensos sociales sobre la demanda, así como guiar y generar apoyos en la movilización. Siguen un curso de diagnóstico, pronóstico y motivación.

Con el paso del tiempo, los marcos se convierten en los estabilizadores de las actividades entre actores y organizaciones de los movimientos, ya que dichos marcos proporcionan coherencia a un conjunto designado de elementos ideales (Rucht y Neidhardt, 2002).

En síntesis, los marcos facilitan la movilización delineando —mediante la identificación de sus actores— los temas que desarrollar, los discursos y su estructura, así como el reconocimiento de aquello que resulta agravante; y más aún, la idea de un futuro deseable.

Tales elementos simbólicos que contribuyen a delinear la acción en los movimientos sociales, se encuentran acompañados de elementos que la refuerzan mediante el sistema de compromisos que los actores en el campo del movimiento adquieren o reconocen. Los valores y normas son reconsiderados en su incursión del movimiento tanto para la interacción interna (es decir, entre miembros) como para la relación con el exterior respecto de sus metas y objetivos.

Los sistemas normativos definen metas u objetivos; pero también designan formas apropiadas para perseguirlos. Las normas especifican cómo las cosas deberían ser hechas; definen los medios legítimos para perseguir fines valiosos. Tales compromisos remiten a cómo se considera apropiado comportarse, y al modo como las acciones pueden ser evaluadas de manera mutua.

Los compromisos establecidos variarán según la posición que los actores adopten en el campo del movimiento. Partiendo del centro a la periferia, los actores incrementan y dismi-

nuyen la intensidad del compromiso, respectivamente. Los actores centrales se verán más forzados a cumplirlo, mientras que los periféricos tendrán motivaciones y posibilidades de incumplirlo; en cualquier caso, los dos deberán desarrollar y promover otro nuevo (Kondra y Hinings, 1998). Dichas posiciones reflejan el acuerdo y su tensión, así como la permanente voluntad de renegociación de los acuerdos.

Portadores relacionales

Los campos son reconocidos por su carácter relacional, por los elementos que se encuentran en disputa para la estabilización del juego y demarcación de intereses comunes. Sin embargo, las relaciones no parten de la nada o surgen como un acto racional; ellas se encuentran influidas por trayectorias de experiencias, por el sentido que se asigna a quienes pueden formar parte del movimiento, y a quienes no se considera, así como por los factores que permiten estructurar los comportamientos en el campo.

Al hacer referencia a portadores relacionales en este documento, nos referimos a la identidad y la coordinación. Se reconoce otro conjunto de factores que pueden darse por hecho en un sentido relacional, como son las posiciones sociales dentro del campo; sin embargo, se ha dado preferencia a estos dos conceptos ya que permiten dar luz sobre las fronteras del campo, y establecer un carácter diferenciador entre dos niveles distintos: el campo observado tanto hacia el interior como hacia el exterior.

De acuerdo con Johnston, Laraña Rodríguez-Cabello, y Gusfield (2001), la identidad está integrada por definiciones de la situación, compartidas por los miembros del gru-

po; ella es el resultado de un proceso de negociación y ajuste laborioso relacionado con los fines y medios de la acción colectiva y su relación con el entorno. Mediante ese proceso de interacción, negociación y conflicto sobre las distintas definiciones de la situación, los miembros de un grupo construyen un sentido de “nosotros” que impulsa a los movimientos sociales (*Op. cit.*: 17).

En el campo del movimiento, la identidad puede ser tratada de manera interna y externa. Como un producto de la interacción entre organizaciones y actores del campo (homodirigida), o el modo como se define al movimiento respecto de otras identidades que son concurrentes u opuestas, y en cuya definición intervienen los actores externos (heterodirigida).

En el campo del movimiento, una identidad homodirigida es coincidente con el sentido de un “nosotros”; mientras que una identidad heterodirigida refiere a la mirada externa del campo: un “ustedes” (Melucci, 1995).

El tipo de coincidencia entre ambas formas de identidad es importante porque repercute en diferentes niveles de institucionalización. Al ser simétricas, se considera que se han estado institucionalizando elementos de la identidad en diferentes niveles; se reconoce como una producción simbólica que habita diferentes campos sociales, comunidades, y posiblemente sistemas sociales más amplios.

Es decir, se trata de la definición conjunta de “un nosotros” y “un ustedes” que se plantea de manera común en diferentes escenarios de la vida social: entre agrupaciones del movimiento, respecto de adversarios, ante gobierno, y con otros sectores sociales relacionados. Las identidades resultan coincidentes tanto en autodefinition como en categorización externa. Tal entendimiento común “en el” y “del” campo del movimiento

suele llevar a la rutinización del movimiento en la vida social, al igual que a cierta estabilidad en el tiempo.

Por otra parte, una asimetría entre ambas definiciones de “identidad” plantea un carácter de autodefinición contrastante con las categorías externas o con la manera como se define institucionalmente al grupo considerado agraviado. Dicha diferencia por lo regular representa un factor de disputa del campo del movimiento con su entorno.

O sea, en realidad el objeto o razón de ser del movimiento puede ser éste: modificar las representaciones sociales sobre la categorización de cierta identidad social. Muchos de los llamados “nuevos movimientos sociales” utilizan las categorías impuestas revirtiendo su sentido y apropiándolo, como es el caso de lo *gay* y lo *queer* en el Movimiento Homosexual.

Por lo contrario, otros movimientos que hacen frente a categorías identitarias impuestas, mal definidas o sin especificidades definitorias, prefieren dedicar ciertos esfuerzos a fortalecer su identidad.

Es el caso específico de las políticas de etnicidad que tratan por igual a los grupos de movimientos negro, musulmán, o indio sin generar distinciones específicas a las problemáticas que aquejan a cada uno de dichos grupos, y ante las cuales los movimientos respectivos prefieren apuntar a las diferenciaciones, e impulsar y robustecer su identidad hacia el exterior.

Por otra parte, algunos autores quienes han retomado la discusión acerca de los movimientos sociales y los campos organizacionales —sobre todo aquellos quienes consideran los movimientos como parte de campos más amplios— consideran la gobernanza como uno de los sistemas de regulación y control en el campo (Fligstein y McAdam, 2011; Fligstein

y McAdam, 2012; McAdam y Scott, 2005; Schneiberg y Lounsbury, 2008).

Otros autores adoptan la posición contraria. De manera crítica, señalan:

El concepto de unidades de gobernanza interna, el que disciplina un campo y lo representa ante actores externos, aplica bien a las asociaciones comerciales industriales; empero, en realidad no hay equivalente para los movimientos sociales (Jasper, 2014: 2).

De acuerdo con lo apuntado por Jasper, en la presente investigación se prefiere pensar en términos de coordinación, dadas las condiciones que rigen regularmente en el campo de los movimientos sociales.

En los movimientos, las formas de coordinación refieren primordialmente a arreglos con estructuras flexibles y —en mayor medida— se definen por relaciones reticulares basadas en elementos de carácter cognitivo y normativo, cuyo imperativo no se basa en la sanción proveniente de un órgano regulador. En un campo de movimiento social, resulta complicado hablar en términos de control, dado que se dispone de mecanismos menos jerárquicos de relaciones o de autoridad.

El modo de coordinación del movimiento social puede organizar las relaciones entre una multiplicidad de actores. En términos de propiedades organizacionales, su heterogeneidad puede variar considerablemente según la fase y el contexto.

El surgimiento de un movimiento social puede conducir a la coordinación de acuerdos tácitos entre actores y organizaciones; por ejemplo, respecto de los agravios, lo cual puede constituir el detonante para generar agendas, tácticas y organizaciones nuevas (Tarrow, 1989). Aunque también los vínculos y solida-

ridades entre actores existentes permiten reconocer una unidad coherente de lo que antes parecía fragmentario (Kriesi, 1988).

Incluso, la novedad de un movimiento en realidad puede ser considerada como la medida en que éste reconoce sus límites de construcción; pero sobre todo las colaboraciones sostenidas que trascienden las divisiones establecidas de una sociedad determinada (Diani, 2003).

La coordinación en el campo de los movimientos hace sentido para los actores en la medida en que ella se desarrolla de manera continua y tácita, proceso que se encuentra sujeto al contexto social y político en el que dichos movimientos se despliegan.

Para el tratamiento de las relaciones entre organizaciones en las dinámicas de los movimientos sociales, Diani (2013) propone tres modelos de coordinación que confieren sentido al campo de movimiento social. El autor vincula recursos informales de intercambio, y definición de frontera basada en elementos normativos y de identidad. De tal modo reconoce una coordinación de coalición; otra, organizacional; y una tercera, comunitaria/subcultural.

Las “coaliciones” refieren a actores múltiples y heterogéneos que comparten recursos en busca de metas comunes. Sin embargo, ellas se caracterizan por identidades y marcos de sentido temporales y espacialmente circunscritos.

La coordinación “organizacional” sucede cuando la acción es promovida entre asociaciones de distinto tamaño o tipo por unidades que tienen una capacidad decisional autónoma entre líderes, o bien funcionarios designados formalmente o desde las bases por activistas en deliberación.

Dicho tipo está relacionado con una organización de organizaciones, la cual va desde formas jerarquizadas hasta ex-

tremadamente descentralizadas e informales. En dicha forma de coordinación, se definen y distribuyen tareas mediante decisiones por mandato.

Por último, una forma de coordinación basada en la comunidad (es decir, una coordinación subcultural) consiste en un proceso en el que los vínculos formales entre organizaciones son escasos; sin embargo, hay sentimientos generalizados de identificación con una colectividad mucho más amplios que los representados por organizaciones específicas, así como un conjunto de prácticas que la sustentan. Ellos incluyen múltiples afiliaciones de individuos en distintas maneras de vida comunitaria que potencian las actividades del movimiento.

Portadores arquetípicos

El quehacer de los movimientos sociales, donde las ideas y los referentes exógenos generan presión para definir las formas de actuación y organización, se anclan en los portadores arquetípicos. Los arquetipos que se delinean suelen ser coincidentes con el modo como se conduce la confrontación de agravios; además, ayudan a la identificación en el movimiento.

El tratamiento que ofrece Tilly (1978) y posteriormente Tarrow (2004), desde la teoría de los movimientos sociales, acerca de los repertorios de acción, está vinculado con modos de actuación social culturalmente reconocidos por los actores del movimiento.

Si el concepto *repertorio de acción* es considerado en el nivel de campo de movimiento, es de esperarse un proceso de construcción entre los repertorios de acción reconocidos social y culturalmente, aquellos que dentro del movimiento suceden, se construyen y se consideran efectivos, dada la expe-

riencia, así como la interpretación y adecuación que los actores aplican a las ideas que el movimiento promueve.

Al identificarse y reconocerse cierta efectividad cuya consistencia se prueba en referencia con el entorno, es probable que la continuidad de los repertorios de acción disponibles se detone en el tiempo hasta que sus alcances y atributos se pongan en cuestionamiento.

Su mantenimiento y reproducción en el tiempo pueden estar asignados a la experiencia del actor en el contexto del movimiento o movimientos próximos: al carácter simbólico asignado a la acción. En virtud de ello, se parte de la idea de que los repertorios de acción pueden volverse rutinarios; y —en ciertos momentos— poco eficaces, al aplicarse ante entornos cambiantes.

En los años noventa, Clemens (1993) planteó la idea de *repertorios organizacionales* para reconocer la manera como el movimiento de mujeres logró concretar un cambio institucional en las formas de participación política en la víspera del siglo XIX. Para la autora, las organizaciones son reconocidas como esquemas infundidos de significado, valor e identidad.

En la medida en que un grupo se organiza de manera particular, adopta un modelo específico de organización, deja patente su identidad entre sus participantes, al igual que hacia sus adversarios y públicos. Los modelos de organización son parte de la caja de herramientas culturales de cualquier sociedad y cumplen una función tanto expresiva como comunicativa; también para realizar funciones instrumentales (*Op. cit.*: 771).

El marco de posibilidades de los repertorios organizacionales de un movimiento, define en qué términos sucederán las alianzas, la interacciones con otros campos y con las esfe-

ras gubernamentales, así como la competencia con sus contendientes. Los repertorios organizacionales se encuentran socialmente disponibles y se establecen en el campo como maneras de hacer posible un conjunto de definiciones.

De acuerdo con Greenwood y Hinings (1993), un repertorio organizacional representa un conjunto de estructuras y sistemas que dan cuerpo a un grupo de creencias y valores: a un esquema interpretativo. Los repertorios implican un modo de clasificación que sucede de acuerdo con las diferencias y similitudes de los patrones en conjunto; es decir, con la gama de organizaciones en un campo.

El conjunto de portadores que aquí se abordan: cognitivo-normativo, relacionales y arquetípicos, se encuentran vinculados entre sí: se influyen unos a otros. Aunque cada uno de ellos conforma un sistema en sí mismo, es posible reconocer su interdependencia. Por ejemplo, un tipo de organización específico que se ha definido para el campo, interactúa con el sistema de ideas que posee un movimiento.

La identidad homodefinida permite establecer valores y normas que constituyen los compromisos de los actores: en tanto que los compromisos pueden establecer las regularidades en los repertorios de acción rutinizados. Es de esperarse que los marcos de acción colectiva sean consistentes con las acciones y las formas de organización. Ambos, repertorios y marcos, conforman el carácter normativo del campo de movimiento social.

Se ha señalado que la construcción intersubjetiva y simbólica de lo que regula el campo, sucede en la medida en la que el movimiento adecue, interpele, traslade o apropie las instituciones; para ello se requiere un proceso de enmarcamiento que configure —en sintonía con las instituciones dominantes— ciertos sentidos a los portadores de regularidades. A

continuación se presenta la relación entre enmarcamiento y lógicas institucionales: dos mecanismos que se articulan para configurar el sentido en el campo del movimiento.

UN ACERCAMIENTO CONSTRUCTIVISTA A LA INSTITUCIONALIZACIÓN DEL CAMPO DEL MOVIMIENTO SOCIAL

En el momento de pensar en la institucionalización de los movimientos, se requiere identificar dos niveles distintos donde las instituciones se encuentran presentes, interactuando e influyéndose mutuamente: uno en relación con el movimiento mismo; otro, con su entorno. El primero se relaciona con la posibilidad de estructuración de la acción colectiva; es decir, la generación de cierto orden o estabilidad en el movimiento.

Lo anterior lleva a definir los caminos que seguirán los actores involucrados en los procesos contenciosos, así como la prevalencia de ciertos grupos al interior del movimiento. Tanto las rutas que habrán de tomarse como los grupos que son más relevantes en el movimiento, se sostienen mediante los símbolos y las prácticas que se van regularizando.

Por otro lado, un nivel que remite al entorno del movimiento consiste en un conjunto de órdenes institucionales a los cuales el movimiento se refiere y del cual depende en sus definiciones de manera interpretativa. Es decir, la orientación enfocada a los fines del campo de un movimiento que es necesario identificar en el momento en que éste interactúa con su entorno.

En la práctica, tales niveles no son separables: uno depende del otro y se influyen mutuamente; pero resultan útiles en

el reconocimiento de los alcances de la institucionalización y la manera como ella ocurre.

En una de sus obras recientes, Richard Scott (2014: 223) señala: “En el corto plazo, los actores crean y modifican significados; en el largo plazo, los significados crean actores, e identidades”. El aforismo conduce a pensar en uno de los mecanismos que permiten explicar la institucionalización de los movimientos sociales: la producción de sentido. La creación, modificación y estabilización de significados entre actores representa un potente mecanismo que se aplica para explicar la institucionalización del campo de los movimientos sociales.

Los *marcos cognitivos* ofrecen diferentes entendimientos para subconjuntos de participantes en locaciones variadas y en competencia. En el contexto de los movimientos, los marcos de acción colectiva destacan —desde el movimiento y sus organizaciones— ciertos aspectos de la realidad, así como la atribución y articulación de significados.

Los “procesos de enmarcamiento”, los que remiten al proceso de construcción de marcos, representan una prueba activa sobre significados y recursos que prevalecen entre actores en el campo del movimiento. Dichos procesos permiten

- a) reconocer las diferentes posiciones de significado provenientes de los contendientes en la arena de disputa, así como
- b) proveer orden y sentido en las actividades de las organizaciones del movimiento.

De modo que (como plantean Hunt, Benford y Snow, 2001), para alcanzar consenso y movilización colectiva, las organizaciones del movimiento social deben cumplir con tres tareas:

- 1) diagnóstico: reconocer responsables, asignándoles categorías dañinas;
- 2) pronóstico: generar un plan para corregir el problema, estableciendo objetivos específicos, tácticas y estrategias; y
- 3) motivación: formular un discurso en favor de la causa.

Debemos señalar que los planteamientos realizados por Hunt y colegas, como muchos de los autores que retoman los procesos de enmarcamiento desde los movimientos sociales, están pensando en el carácter estratégico y pragmático de los movimientos en su proceso de conformación.

Tal conformación de movimientos sociales es dependiente de elementos simbólicos, los que al ponerse en marcha y ajustarse tanto a sus representaciones materiales (objetivarse) como a su entorno institucional (lógicas institucionales), permiten desatar procesos de regularidades en el movimiento.

En total acuerdo con Hunt, Benford y Snow,

El análisis de marcos refuerza el carácter dinámico de los sistemas de creencias que comparten los miembros de un [campo de] movimiento, al fijar su atención en la interacción dialéctica entre los procesos interpretativos y las estructuras cognitivas (*Op. cit.*: 230).

Como dichos autores concluirían, las identidades colectivas —por ejemplo— son producto de tal relación; pero también lo son las ideaciones, los intereses, al igual que los elementos que se materializan en estos procesos, como los repertorios y las formas de coordinación, lo cual permite dar estabilidad al campo de un movimiento social.

En correspondencia con el campo, el enmarcamiento puede construirse en un dominio específico o en un contexto interpretativo global. Es decir, puede variar y transformarse en el campo mismo en la interacción con otros marcos y lógicas institucionales; también puede presentar efectos en marcos globales o lógicas institucionales del entorno.

La idea de *marco* no excluye las lógicas institucionales, dado su carácter interpretativo. En el caso de los campos que refieren a la acción colectiva contenciosa, resulta fundamental considerar los procesos de enmarcamiento y su interacción con lógicas institucionales como factores principales en el proceso de institucionalización.

La construcción de marcos no hace caso omiso de la relación con el entorno; mediante su proceso, se reencuentra con las lógicas institucionales, adaptándolas a nuevas y distintas opciones. Tal proceso tiene lugar en los órdenes cognitivo-interpretativos, y se manifiesta en diferentes niveles institucionales.

Ya una gama importante de autores ha llamado la atención sobre los elementos explicativos macroinstitucionales al centrarse en las lógicas institucionales (Friedland y Alford, 1999; Scott, 2008; Thornton, Ocasio, y Lounsbury, 2012; Thornton y Ocasio, 2008).

De acuerdo con Friedland y Alford, dichos órdenes institucionales

[...] son patrones supraorganizacionales de la actividad humana por los cuales los individuos y las organizaciones producen y reproducen su subsistencia material y organizan el tiempo y el espacio. También son sistemas simbólicos, maneras de ordenar

la realidad y, por tanto, dan significado a la existencia de tiempo y espacio (*Op. cit.*: 307).

La sociedad está compuesta por instituciones múltiples que regularmente resultan contradictorias entre sí: la democracia, la religión, la familia, la educación... Algunas de las luchas más importantes que se libran entre grupos, organizaciones y clases sociales suceden en relación con dichas instituciones, con la finalidad de definir cuáles actividades son reguladas por las lógicas institucionales y a qué categorías de personas se aplican (*Op. cit.*).

En el tratamiento de los campos, las lógicas institucionales han desempeñado un papel preponderante a la hora de definir qué otorga orden, sentido y estabilidad tanto en el juego como en la disposición acorde con la orientación a metas del campo (Rao y Durand, 2003; McAdam y Scott, 2005; Martin, 2008). Están relacionadas con los procesos de adaptación que las organizaciones sostienen con los grandes referentes institucionales y que se producen, reproducen e interpelan en el campo.

Por lo regular, esas lógicas tienden a guiar la acción, la articulación y la readecuación en el sentido que los actores otorgan a su acción, lo cual a la postre se materializa en prácticas y formas organizacionales.

Es necesario destacar que las lógicas institucionales aportan las bases para la construcción de campos, lo cual permite un “entendimiento compartido de lo que está pasando”.¹²

¹² Por ejemplo, Scott (2014), McAdam y Scott (2005) ilustran cómo tres lógicas predominan en el sistema de salud estadounidense. La cohabitación de estas tres lógicas conforma un mismo campo organizacional. Ellas se sinteti-

A pesar de que las lógicas pueden ser elementos que cuando se contraponen generan posibilidades de emergencia de movimientos sociales (como han reconocido los neoinstitucionalistas; véase Schneiberg y Lounsbury, 2008), ellas tienen relación con dinámicas institucionales que los movimientos sociales procesan. Las lógicas institucionales suelen ser reinterpretadas, adecuadas o desechadas en un campo social por medio de sus actores.

Lo que queda claro es que las lógicas denotan un factor exógeno a un campo de movimiento social que se institucionaliza en la definición de qué lógicas pueden tener mayor relevancia, cuáles son las realmente contraproducentes o agravantes a cierto sector de la población y la manera como se construye un discurso en torno a ellas. El modo como se imputa, se critica y se apropia a las instituciones dominantes requiere de un proceso de construcción de sentido en el campo.

Los procesos de enmarcamiento en interacción con las lógicas institucionales permiten al menos tres factores relevantes para la institucionalización del movimiento:

- 1) acercamiento a los procesos de definiciones internas del campo;
- 2) reinterpretación de las lógicas institucionales dominantes en términos de agravio, solución y metas, y
- 3) establecimiento de un sistema de sentido congruente hacia el exterior e internamente que se estructura con-

zan en una lógica mercantil, otra lógica que se vincula con los profesionales de la medicina, y una última de carácter estatal. El campo del sistema de salud muestra las diferencias en la manera como se organizan los hospitales, los agentes dominantes, y la trayectoria del sistema de salud.

forme a la producción y reproducción simbólica, práctica y objetiva.

El trabajo de Eyerman y Jamison (1991) ilustra la manera como el movimiento ambientalista incorporó y reinterpretó una lógica institucional de las ciencias naturales en el sentido del movimiento.

En los años setenta se configuró una importante visión global ecológica que formó parte importante de los sistemas de creencias compartidos del movimiento ambientalista. Sirvió como un denominador común, pero fue sucesivamente discutido o articulado en el movimiento de manera sistemática.

Lo anterior fue dado por hecho como elemento característico de la identidad ambientalista; asimismo, proveyó de supuestos que sirvieron como ideales más que como ideología.¹³

Tanto las lógicas institucionales en su influencia externa como los procesos de enmarcamiento para interpretarlas, suelen ser los elementos en proceso que otorgan sentido al campo del movimiento. En el nivel de coherencia entre la construcción de sentido —donde intervienen las lógicas institucionales y los procesos de enmarcamiento— y el modo como se representan los diferentes tipos de portador cognitivo-normativo, relacional y arquetípico en el campo, es donde podrá reconocerse de manera integral la institucionalización del movimiento social.

¹³ Aunque los autores no se centran en el análisis de la objetivación de las definiciones simbólicas para el movimiento, queda claro que prevalecen variaciones sustanciales entre casos. Por ejemplo, en la dimensión arquetípica: en los tipos de repertorios de contención y organización desde el momento en el que se conforma como partido político (los verdes) o como asociación de contención (*Greenpeace*).

La institucionalización consiste en la estabilidad que se identifica en los portadores de regularidades, así como en la coherencia que se reconoce entre portadores y producción de sentido por parte de los actores del movimiento.

Los portadores deben ser pensados como instrumentos útiles en el análisis para llevar, transportar, o aun producir los significados del movimiento. Sin embargo, el significado no puede ser reducido al medio.

El significado es el espacio cognitivo que el movimiento crea, un espacio para un nuevo tipo de ideas y relaciones que habrán de desarrollarse. En el momento cuando ideaciones y medios son coherentes, es posible deducir que el movimiento se ha institucionalizado.

Como se ha señalado ya, dicha institucionalización ocurre en el nivel meso; pero tiene implicaciones en el nivel micro, en el comportamiento de los actores sociales que se involucran en la acción colectiva; asimismo, trae consigo efectos en las orientaciones hacia metas que se ubican en el nivel macro. Es decir, en los procesos de cambio institucional a nivel societal que se infieren, se imputan o se refuerzan.

COMENTARIOS FINALES

Incorporar el concepto de *campo* para analizar los movimientos sociales, permite identificar órdenes y niveles específicos de institucionalización. Mediante el estudio de los portadores de regularidades y su estabilización basada en la construcción de sentido, resulta posible identificar la institucionalización del movimiento. Mientras los procesos de construcción de sentido en el campo en su interacción in-

terna y externa permiten reconocer la manera como se desarrolla dicho proceso.

Se trata de la propuesta conceptual que guía la presente investigación y que se desarrolla de manera empírica para los casos del Movimiento Homosexual y el movimiento lésbico, *gay*, transexual, transgénero, travesti en la Ciudad de México.

A partir de los argumentos aquí esgrimidos, en los siguientes capítulos se presentan dos campos de movimientos sociales y se presta particular atención a su institucionalización; ello fue posible gracias a las observaciones aportadas y organizadas para esta investigación, lo cual permitió presentar una narrativa de manera intencionada.

El campo del movimiento de liberación homosexual y el campo del Movimiento LGBT en la Ciudad de México constituyen dos campos totalmente diferenciados, aunque ligados entre sí por elementos mínimos en su trayectoria, como podremos identificar después de transitar por la construcción narrativa longitudinal de ambos campos.

Lo anterior será importante en términos del entendimiento del Movimiento LGBT, así como de los elementos en la comprensión de la institucionalización de los movimientos en términos generales, como veremos en el capítulo dedicado a las conclusiones.

El campo del Movimiento Homosexual Emergencia, conflicto y contingencia

Es importante saber de Cálamo y sus personas que lo conformaron, que se sepa de Sexpol y su historia, que se estudie el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria; de Lambda, de Oikabeth y Guerrilla Gay, de todos los grupos que forman una familia, pero desgraciadamente una familia peleada, porque éstos no quieren a los otros, porque dijeron tal cosa; y éstos, a los otros. Es un verdadero desastre dentro de nuestras entrañas.

PERALTA, entrevista, 2001.

En este capítulo se estudia la conformación del conjunto de organizaciones del Movimiento Homosexual, sus antecesores, sus integrantes, el marco de sentido que guía su actuación, el instrumental heredado y aquel que genera innovación, y las relaciones con otros movimientos de la época. El capítulo refiere a las posibilidades que tuvo el movimiento homosexual para generar un proyecto de conformación de un campo de movimiento a partir de ciertas regularidades manifiestas en sus portadores de regularidades cognitivos, relacionales y arquetípicos. Ciertos elementos internos como el tipo de rela-

cionales conflictivas entre activistas y agrupaciones basadas en la construcción y definición de sentido diferenciado sobre el curso del movimiento, así como un evento contingente y sus implicaciones en el movimiento como lo fue la aparición del VIH, impidieron concretar tal punto. En este capítulo se narra la conformación temporal del campo de movimiento social homosexual, que puede describirse siguiendo a Braulio Peralta como señala en el acápite de este capítulo: “una familia de grupos”, y el desenlace de las relaciones internas: “una familia peleada”.

LOS ORÍGENES DE LAS ORGANIZACIONES Y EL MOVIMIENTO HOMOSEXUAL

El 26 de julio de 1978, un contingente muy particular se adhirió a la marcha conmemorativa de la revolución cubana, que tuvo lugar en la Ciudad de México. El acto reunió a diferentes sectores de la izquierda mexicana y algunos de los movimientos sociales de la época. De pronto, un grupo de jóvenes irrumpió portando una manta con el nombre de la agrupación: Frente Homosexual de Acción Revolucionaria. En sus pancartas y consignas proclamaban:

“Nadie es libre hasta que todos seamos libres”, y
“No hay libertad política si no hay libertad sexual”

Propios y extraños se sorprenden al observar por primera vez a una agrupación de homosexuales gritando y rechazando la opresión ejercida contra su preferencia sexual, como un acto público y político. De este modo se conoce al primer grupo

que de manera pública es identificado por tratar su carácter homosexual con un tinte político: “sexo-político”, de acuerdo con los activistas de la época.

La aparición pública de la primera agrupación y el rápido surgimiento de otras, las cuales marcan la apertura del Movimiento de Liberación Homosexual, no puede entenderse sin considerar las agrupaciones que le antecedieron, las condiciones políticas y sociales en las que se encontraban adscritas, así como el cambio suscitado en los movimientos sociales del momento. Tales factores permiten a su vez lograr un acercamiento a la construcción de sentido que fue sucediendo en el movimiento: su discurso, agenda, y la configuración de una identidad basada en su carácter fundamentalmente político.

Dichos elementos permiten identificar la emergencia del campo del movimiento social. Para reconocer el punto, es necesario abordar las agrupaciones que antecedieron y aportaron los elementos para su configuración, así como el escenario político que enmarcaba a los movimientos.

Las “sociedades secretas” homosexuales

El uso de la secrecía en las agrupaciones a lo largo de la historia de la humanidad ha obedecido a motivaciones de perversión social, confabulación de intereses ocultos, práctica de actos rituales. Una de las características de las sociedades secretas es la negación de la existencia de las agrupaciones, así como de la adscripción de la membresía por sus participantes.

De manera similar a las sociedades secretas, las primeras agrupaciones homosexuales que surgieron durante los años setenta solían ser excluyentes respecto de su membresía; por ejemplo, se requería la mayoría de edad para poder participar. Dado su carácter oculto, sólo se podía asistir a las reuniones

por recomendación. Mientras algunos de sus integrantes en el espacio público formaban parte de la elite social, del ámbito intelectual y cultural, otros participantes provenían regularmente de la clase media.

Las reuniones de dichas agrupaciones se efectuaban en espacios privados, y en ciertas ocasiones en espacios públicos como cafés o bares donde se reunía la intelectualidad. O bien simplemente en lugares en los que había una relativa tolerancia a la asistencia de personas homosexuales. Esas reuniones siempre se encontraban bajo la amenaza de ser descubiertas, intervenidas o reprimidas por la policía.

En el ámbito público, sus miembros negaban la existencia de las agrupaciones y —a pesar de discutir temas que alentaban el reconocimiento de “ser homosexual”— se conducían de un modo que buscaba ser bien recibido por la sociedad “decente”.

Braulio Peralta, miembro y organizador de una de estas primeras asociaciones, narra parte de su experiencia:

[...] nos prohibían la entrada, ya que un día nuestra edad sería pretexto de que los acusaran de perversión. Casi eran casas clandestinas donde se practicaba la conciencia de lo *gay*: eso era el movimiento. Hablaban de fuera del clóset; pero vivían y platicaban en una casa clandestina para trabajar el *awareness*, talleres de sexualidad, seminarios en torno a la sociedad *gay*; pero era un mundo oculto (Peralta, entrevista 2001).

Un elemento que discrepa de lo que se entiende por “sociedades secretas” fue el interés inicial de hacer públicas las actividades de estas asociaciones, así como la imposibilidad de hacerlo ante las condiciones sociopolíticas prevalecientes en el país. El conjunto de puntos que se criticaba y ponía en tela

de juicio en dichas agrupaciones se identificaba por el rechazo social que se ejercía a otros tipos de prácticas sexuales que no presentaban carácter reproductivo, en concordancia con los cimientos de la doctrina católica.

Además, se imputaba la manera como desde el campo de la medicina la homosexualidad era considerada una enfermedad psiquiátrica; asimismo, mediante una interpretación tergiversada de la legalidad, podía considerarse un delito.

Un aspecto notable de la situación prevaleciente fue la imposibilidad de que esas asociaciones lograran tener presencia pública; ello debido al fuerte control que el Estado ejercía sobre cualquier tipo de organizaciones que pudieran generar una crítica dirigida al orden social y político establecido. Durante los años setenta, la política de relaciones sociedad-Estado se enfocó a reprimir los movimientos sociales.

En ciertos momentos, la libertad de asociación era disuadida o reprimida, y tildada por la elite gobernante de “ilegítima” pues era interpretada en términos de seguridad nacional frente a las conjuras socialistas y los movimientos guerrilleros que se combatían ferozmente en América Latina (Pozas Horcasitas, 2014).

En 1971, la asociación antecedente y fundadora de este tipo de agrupaciones secretas, el Frente de Liberación Homosexual, tuvo intenciones de hacer su aparición pública después de que un empleado homosexual de una tienda departamental del corporativo Sears fuera despedido. Sin embargo, la represión estudiantil del 10 de junio del mismo año en la Ciudad de México, hizo que el proyecto se detuviera y que se buscaran otras estrategias desde la clandestinidad.

Juan Jacobo Hernández, fundador del Movimiento Homosexual, ilustra el sentido que tenían esas primeras agrupaciones:

Había reuniones muy clandestinas: las del Frente de Liberación *Gay* (Homosexual) de México. Había la consigna de que teníamos que ser clandestinos porque, si no, nos íbamos a ir a la cárcel por el hecho —según la interpretación de la ley— de hablar positivamente de la homosexualidad, de hacer apología de un “vicio”. Había todo un sentido de persecución fundado en la realidad, la cual era muy represiva (Hernández, entrevista, 2000).

Esa represión no sólo se basaba en los órdenes de lo político, sino también en los de lo privado. La policía regularmente extorsionaba a las personas homosexuales cuando eran descubiertas en lugares públicos como cines, bares o baños. A partir de su experiencia personal, Max Mejía narra su versión de las condiciones en las que en esa época se vivía el ser homosexual:

[...] un gran sector de la sociedad que vivía encerrado en la clandestinidad a piedra y lodo, cuyos únicos lugares de encuentro eran lugares también clandestinos, lugares prohibidos, lugares muy perseguidos por la policía, si es que había algunos lugares de reunión, [como] la mayoría de las fiestas particulares que se hacían (Mejía, entrevista, 2000).

La primera organización que se formaría de manera clandestina sería el Frente de Liberación Homosexual, la cual tomaba el nombre de una organización del Reino Unido donde —al igual que en Estados Unidos— ya habían sucedido las primeras revueltas homosexuales y se había desarrollado un movimiento social cuestionador del sistema tanto político como económico y social (véase Adam, Duyvendak, y Krouwel, 1999; y Richardson y Seidman, 2002).

Esa primera asociación se mantuvo vigente más o menos durante dos años; ella generó el primer contacto con los futuros activistas de sucesivas agrupaciones, así como de los participantes en la fundación del Movimiento Homosexual. Tanto el nombre como las motivaciones que condujeron a la formación de la agrupación tenían influencia del movimiento en el extranjero, desde donde vía comunicación epistolar —por medio de Carlos Monsiváis— se hacía llegar información a Nancy Cárdenas, quien fuera promotora cultural y una de las principales articuladoras de este tipo de asociaciones.

Ante la definición del deseo y la orientación homoerótica —pero teniendo frente a sí la opresión que significaba manifiestarlas y hacerlas evidentes—, las primeras agrupaciones retomaron la propuesta del *awareness* o autoconsciencia, la cual formaba parte de una lectura sobre la homosexualidad desde la psicología crítica. Consistía en un proceso terapéutico que rechazaba la clásica visión de pensar la homosexualidad como enfermedad, y promovía un acto tanto de conciencia como de autoaceptación respecto del placer y el deseo por el mismo sexo.

Dentro de las agrupaciones, ese era el eje principal que iba acompañado de otro tipo de actividades de integración, socialización e información para los participantes. El *awareness* fue una opción y un aprendizaje para quienes encontraron resonancia con otras personas que no identificaban en la homosexualidad atributos de perversión o enfermedad, como sancionaba esa sociedad.¹

¹ Estas organizaciones comenzaron a desarrollar actividades privadas, pero también a respaldar actos públicos de sus miembros, siempre a título personal. Por ejemplo, el apoyo que recibió por diferentes frentes la puesta en

A pesar de tener en México un régimen político cerrado a la participación de la sociedad civil, la imagen que se intentó dar al mundo fue de apertura y progreso. En tal contexto se realizó en 1975 la Primera Conferencia Internacional de la Mujer, evento que influyó en la creación de las primeras agrupaciones lésbicas.

En la Conferencia se organizaron protestas y se plantearon reclamos por parte de la incorporación de lesbianas dentro del movimiento feminista a nivel internacional. Ello estimuló la conformación de las primeras agrupaciones lésbicas en el país que tuvieron la intención de incorporarse al movimiento feminista; aunque, a fin de cuentas, encontraron una respuesta negativa.

La nula aceptación social del lesbianismo y la posibilidad de que el movimiento fuera blanco de ataques, condujeron a una breve exclusión. Ante la falta de apoyo dentro del feminismo, las lesbianas agrupadas prefirieron establecerse en la clandestinidad.²

Pese a discutir los planteamientos identitarios y estratégicos de los movimientos homosexuales occidentales con categorías como “salir del clóset”, la lógica de las agrupaciones “secretas” trajo consigo la formación de una identidad sexual basada en la secrecía, la moralidad y la decencia. Sobre todo porque entrañaba un proceso de reconocimiento personal y privado, que se adecuaba a las condiciones sociales y políticas represivas a las que las agrupaciones se encontraban sujetas.

escena de la obra de teatro *Los chicos de la banda*, la cual había sido clausurada dado su contenido homosexual.

² Para un acercamiento a mayor profundidad del evento y el proceso de conformación de las primeras agrupaciones lésbicas, véase Mogrovejo (2000).

En este apartado, denominar “sociedades secretas” a las agrupaciones que forzosamente tuvieron que establecerse en la semiclandestinidad tiene la intención de llamar la atención del lector; pero también de volcarlo hacia la manera como tales agrupaciones lograron sobrevivir pese a que sus integrantes consideraban que sobre ellos se cernían condiciones de opresión.³ No obstante, al final del día deseaban fervientemente cambiar el estado de cosas en el que se encontraban envueltos.

*Movimientos populares e izquierda mexicana
Hacia la presencia pública homosexual*

En la segunda mitad de la década de los setenta abundaron los movimientos populares y sociales; asimismo, se aprobó una reforma constitucional en el sistema político mexicano posrevolucionario que reconoció la participación de organizaciones políticas que disientían del gobierno. A ello se suma el hecho de que en la Ciudad de México surgieron movimientos sindicales independientes, como el movimiento feminista, y los movimientos populares. Es decir, se trata de movimientos sociales que plantean demandas desde la sociedad civil y en su favor.

³ En Estados Unidos y en Europa, las asociaciones homófilas desplegaron un conjunto de valores similares a las asociaciones mexicanas, aquí denominadas “secretas”. En aquellos países, las asociaciones homófilas realizaron trabajo público, abierto y visible. Sin embargo, en nuestro país —a diferencia de sus homólogas norteamericanas y europeas— las asociaciones se encontraban frente a condiciones políticas donde predominaron gobiernos autoritarios. Por ello la necesidad de ser grupos promotores de la identidad homosexual de manera discreta o disimulada: no pública, y dirigidos sólo a sus participantes, dada la amenaza latente de represión.

En 1977 se aprobó una reforma política que resultaba expresión de las resistencias y los mecanismos de contención de un régimen de partido único que comenzaba a manifestar una crisis de sostenibilidad en la representación social. La reforma representó la apertura a la participación de otros actores sociales en los procesos electorales del ámbito federal. Particularmente a las agrupaciones de izquierda, las cuales desde ese momento podían obtener recursos económicos para la promoción de campañas así como la posibilidad de ganar acceso a un cargo de representación popular.

El hecho generó un replanteamiento en las estructuras de los partidos de izquierda que tendría repercusiones en el régimen político, pero también en los movimientos sociales y su relación con dichas asociaciones políticas.

El contexto de los movimientos populares, el inicio de la crisis de la izquierda mexicana o su replanteamiento, la fragmentación entre ella y los movimientos sociales, así como las oportunidades políticas de apertura a la participación política mediante los partidos políticos, trajeron consigo un entorno facilitador para el surgimiento del Movimiento Homosexual y sus agrupaciones.

LA EMERGENCIA DEL CAMPO DEL MOVIMIENTO HOMOSEXUAL ARQUETIPOS, RELACIONES E IDEACIONES

Es común que en los trabajos que han tratado el Movimiento Homosexual en México se haga referencia a las asociaciones, aunque dichos estudios no abordan las motivaciones de la conformación organizacional, los intentos marginales de

construcción de alianzas o relaciones entre organizaciones, así como los experimentos organizativos; tampoco la disolución de las agrupaciones y los motivos para hacerlo (con excepción del trabajo de Mogrovejo, 2000).

Lo anterior es relevante ya que implica un conjunto de puntos de interés. Primero: qué elementos se encontraban disponibles para los actores organizacionales y del movimiento para poder echar mano de ellos. Cuáles otros resonaban en su entorno o consideraron que podían implicar definición y beneficios a sus objetivos e intereses, así como imprimir rasgos identitarios propios al movimiento.

El Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (FHAR), la primera organización del Movimiento Homosexual, destaca en su denominación rasgos reconocibles del movimiento. Por un lado, llevaba implícitos los sujetos focales de su interés: los homosexuales varones (aunque “lo homosexual” podía entenderse de manera genérica). Se trataba de una organización que agrupaba a otras asociaciones o colectivos de carácter homosexual (la representación lésbica resultó prácticamente imposible) y que se enfocaba en un proyecto con actividades que impulsaban el cambio social revolucionario.

La idea de conformarse como un Frente correspondía con las formas de coordinación prevaletentes entre los grupos de izquierda de la época que intentaban interpelar al régimen político. Tal tipo de organización respondía a diferentes grupos que se asociaban en coalición para incrementar su representatividad; pero sobre todo con el propósito de acrecentar su capacidad de acción, presión y visibilidad pública.

Los movimientos sociales de la época disponían de limitadas formas conocidas o reconocibles de conformación y coordinación para interpelar a la política y la sociedad. Las

que estaban disponibles provenían de movimientos contestatarios y contenciosos que consideraban al Estado como adversario. Ello representaba un repertorio de acción y organización sumamente acotado.

De hecho no había otras formas burocráticas de organización, como los grupos de interés o las hoy denominadas “asociaciones civiles”. Pese a la apertura política, el modelo de partidos políticos (como opción organizativa para los movimientos sociales) tampoco produjo respuesta alguna ante un movimiento social emergente que se debatía en un escenario contenido de agrupaciones e identidades que hasta ese momento se hallaban enraizadas en el ocultamiento y la secrecía.

Las agrupaciones del Movimiento Homosexual presentaban un carácter totalmente informal; es decir, no contaban con personal que recibiera un salario por su trabajo: la participación era voluntaria y se definía en términos de militancia, como era el caso de las agrupaciones de izquierda.

Las ideas socialistas, combinadas con la liberación sexual, definían a todas las organizaciones que pertenecieron al movimiento en sus primeros años. En palabras del activista Arturo Vázquez,

[...] la gente le daba el tiempo que más o menos podía. Todos trabajábamos en otras cosas; es decir, no había militantes de tiempo completo. Siempre era por el trabajo voluntario de los militantes. Si bien esto no se veía como un defecto, más bien se veía como una característica muy positiva. Un poco nuestra idea era ésta: el ideal socialista; era algo muy ingenuo. Eso vimos después, pero en ese momento no (Vázquez, entrevista, 2000).

El que un grupo limitado de personas se conformara como Frente, atrajo rápidamente la salida a la luz pública de agrupaciones y colectivos, grupos de base homosexuales como formas reconocibles para la participación política y organizada de la sociedad.

Por ejemplo, las mujeres que conformaron Oikabeth representaban una escisión de Lesbos (grupo oculto); tenían su antecedente en Ácratas, aquel primer grupo que surgió en la clandestinidad después de la Conferencia Internacional de la Mujer. De igual manera, un conjunto importante de activistas que formaban parte de SexPol crearon el Grupo Lambda de Liberación Homosexual.

Las experiencias de surgimiento de las organizaciones fueron disímiles; empero, lo cierto es que todas ellas coincidieron en que después de haber logrado apropiarse de un discurso acerca de “el ser homosexual”, reconocerse e identificarse entre sí en las agrupaciones clandestinas, consideraron que ya era tiempo de emprender la presencia pública ante la sociedad. Max Mejía, uno de los participantes en SexPol y fundador de Lambda, describe su experiencia en la emergencia de esta agrupación pública:

En el momento en que acudes a esta reunión a Sex Pol, en el momento en que se va formando ese grupo, nace ya con una ideología, con un lema, con un tinte: una cosa de química. Nos empezamos a oír con un lenguaje completamente coincidente y completamente favorable, sin ninguna duda sobre la necesidad de hacer una organización de liberación *gay*, de romper el silencio de hablar y de plantear las reivindicaciones de la gente *gay* y darle una dimensión social a la lucha de los *gays* y lesbianas en el país (Mejía, entrevista, 2000).

Los tres primeros grupos públicos (Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, Oikabeth y Lamda) se organizaron rápidamente y participaron de manera conjunta como Consejo General Homosexual; una vez más, otra forma reconocible de organización informal y flexible de los movimientos de la época, similar a los Consejos de Huelga. El Consejo se encargó de organizar para julio de 1979 la primera Marcha Nacional Homosexual, antecedente de la hoy conocida Marcha del Orgullo LGBT (Lesbianas, *Gays*, Bisexuales y Transgénero).

La marcha era utilizada como repertorio de acción, socialización, encuentro, negociación e interpelación al poder. Asimismo, como medio para visibilizar un movimiento emergente, hacía resonancia con los mecanismos utilizados en un régimen que brindaba pocas vías para negociar y atender los problemas sociales.

Un atributo de esos actos de protesta en la Ciudad de México correspondía con autodenominarse el “epicentro de la protesta”, aunque lo cierto era que lo que se denominaba “Marcha Nacional” se refería exclusivamente a la presencia de grupos y adherentes de la Ciudad de México, aunque con el paso del tiempo fueron sumándose otras agrupaciones y activistas de otras latitudes del país.

Las definiciones y demandas del Movimiento de Liberación Homosexual se referían al toque personalizado del movimiento y sus agrupaciones:

“Socialismo sin sexismo”
“No hay libertad política hasta que no haya libertad sexual”
“Fin a las *razzias*”

Ello hacía eco y diferencia al mismo tiempo con los movimientos de izquierda de la época.

En el primer acto de protesta organizado en la Dirección General de Policía (la cual se encontraba bajo el mando de Arturo Durazo, conocido por su mano dura, represiva y corrupta), uno de los entonces oradores señaló en una entrevista que después de ser recibidos por granaderos armados que cortaban cartucho, lograron que un funcionario hablara con ellos, pero no entendía a ciencia cierta a qué se referían cuando le planteaban las demandas homosexuales.

Nos recibió un segundo de a bordo [...]: no nos entendimos. Él decía que nos entendía, pero no nos entendía. Nosotros tampoco lo entendíamos... (Mejía, entrevista, 2001).

A pesar de la rápida adopción y apropiación de prácticas, estrategias y formas de organizar que replicaban las de los movimientos de la época de la izquierda, las exigencias y demandas aún no resultaban comprensibles para los funcionarios públicos; sin duda tampoco para la sociedad en general.⁴

¿Qué demandaban las agrupaciones homosexuales y qué acciones llevaban a cabo para concretarlo? En su línea programática, las organizaciones coincidían con el ideal de la liberación homosexual o *gay*, que correspondía con el gran marco cultural o marco maestro de los movimientos estadounidense

⁴ El hecho de poder interpelar a la autoridad bajo la amenaza de la represión —aunque en ese momento ésta no llegó a ejercerse—, puede dejar constancia de que comenzaba a haber cierta apertura para la negociación, aunque ella no tuviera alcance alguno; y que en realidad ante la confusión del tipo de movimiento, consignas y demandas que se formularan, no se decidiera aplicar la acción policiaca como respuesta.

y europeo, e implicaba un gran acuerdo entre los activistas. Más adelante se abordarán los elementos que este marco incorpora, así como la construcción de uno propio.

Tres elementos prácticos sobresalen entre los entrevistados para arribar a la liberación sexual: visibilización de un problema social, modificación de las categorías sociales correspondientes a la homosexualidad, y promoción de la socialización entre los homosexuales.

Tales prácticas desarrolladas por las agrupaciones correspondían con las Marchas Nacionales Homosexuales, las cuales durante los primeros años —a diferencia de sus homólogas estadounidenses— no alentaban la promoción de una identidad de orgullo homosexual, sino una protesta política y demandas sociales relacionadas con el sistema tanto social como político prevaleciente.

Algunas de las consignas de la época vociferaban:

“Gobierno de chacales que mata homosexuales”

“¡Erradicación de *razzias!*”

“No hay libertad política si no hay libertad sexual”

“Socialismo sin sexismo”

“Lucha, lucha, lucha, no dejes de luchar,
por un gobierno obrero, democrático y homosexual”

Tales consignas eran expresiones de la opresión de que eran sujetos los homosexuales desde el ejercicio del poder; también de la ideación de liberación sexual, al igual que la inclusión en el proyecto político de la izquierda y los movimientos sociales de la época.

La definición del marco de acción del Movimiento Homosexual se anclaba en una transformación política del ré-

gimen, la cual iba a acarrear efectos en la transformación de los valores sociales. En la misma época en otras partes del mundo occidental, los grupos con posturas radicales comenzaban a ocupar una posición periférica en los movimientos sexuales (véase Armstrong, 2002), mientras que en México —como en muchas partes de América Latina— ocupaban una posición nodal.

Con la intención de generar visibilización y modificar las categorías acerca de la homosexualidad, las principales acciones que se desarrollaron en los primeros años del movimiento fueron el seguimiento a los medios de comunicación, al igual que el envío de misivas a los periódicos nacionales, líderes eclesiales y al jefe del Departamento de Policía del Distrito Federal, así como la producción de información de carácter político mediante publicaciones *ad hoc*. Constancia de ello son las más de 30 cartas enviadas a diferentes actores, principalmente medios impresos. Al respecto, en su primer comunicado el Frente señala:

Uno de los considerandos que nos llevó a un grupo de homosexuales conscientes a organizarnos en un Frente Homosexual de Acción Revolucionaria es: “que existe una campaña permanente de los medios de comunicación contra nosotros los homosexuales y las lesbianas, producto de situaciones de desconocimiento y prejuicio arraigado”. En consecuencia, el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria ha decidido iniciar a su vez una campaña de contra-información, que en su primera etapa tiene como meta empezar a aclarar malos entendidos respecto a la homosexualidad y los homosexuales, así como hacer frente a los ataques (directos o indirectos) que por mala fe, ignorancia o prejuicios se hagan contra nosotros, sin otro motivo

que el de nuestra preferencia sexual (Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, 1978).

Para los miembros del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, el uso de las categorías sociales que definían a los homosexuales y sus prácticas sexuales por el propio movimiento, tenía la intención de revertir su sentido y significado mediante su uso y apropiación. Arturo Vázquez lo ilustra de la siguiente manera:

Un arma política que usaba el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria era reivindicar palabras como “joto”, “machorra”...; darles la connotación peyorativa que normalmente les daba la sociedad, para a partir de allí resemantizar el término, darle un valoración positiva, y usarlo como punta de lanza política para reivindicar sobre todo sus propuestas (Vázquez, entrevista, 2000).

Por otro lado, el grupo Lambda consideraba que era necesario manejar un discurso que señalara la presencia de los homosexuales en todo espacio de la vida social, a quienes por el ocultamiento a que habían estado socialmente destinados era necesario identificar y reconocer en sus capacidades, habilidades, así como relaciones familiares y amistosas. De tal modo, la consigna era: “Estamos en todas partes”. Era una forma de reconocimiento y subjetivación que pretendía sacar al homosexual de la exclusión social en la que había sido arrojado al catalogarlo como “perverso”, “criminal”, o “enfermo”.

Era entonces muy fuerte salir cara a cara con la sociedad y decirles: “Yo soy lesbiana; él es homosexual y somos de lo más co-

mún que hay. Si te atraviesas con nosotros y no te lo decimos, es muy probable que no te des cuenta”. La cuestión era decirle a la gente: “Date cuenta de que no todos somos el estereotipo que tú traes en la cabeza: que no somos monstruos” [...]. Uno de los macro-objetivos de la mayoría de los grupos era la visibilización: hacernos visibles primero que nada, hacernos reconocidos como sujetos de derecho (Olson, entrevista, 2000).

Esas dos formas de pensar las categorías sociales por parte de las agrupaciones comenzaban a cimbrar las diferencias desde la construcción de una identidad política que cada asociación iba desarrollando. Lo que tenían en común era generar una traducción de categorías provenientes de lógicas dominantes y discriminatorias para revertirlas y apropiarlas.

Las agrupaciones estaban de acuerdo en que un primer punto al que había que hacer frente era las extorsiones que efectuaban los policías, las aprensiones injustificadas y la represión de la que el movimiento estaba siendo presa. De ahí las consignas que se lanzaban en los eventos públicos como mítines y marchas: “Gobierno de chacales que mata homosexuales”, “¡Erradicación de *razzias!*”.

Ello llevó al seguimiento de las aprensiones y a hacer presencia en los ministerios públicos como estrategia de visibilización ante las vejaciones que padecían las personas homosexuales, pero principalmente los travestis: “vestidas” o “más locas”, como se les conocía. Dada la modificación intencionada de su imagen y su visibilidad, eran presa favorita de extorsiones y persecución policiaca.

El activista Jorge Mondragón destaca:

[...] después de que había redadas, íbamos a la delegación donde estaban. [...] Por ejemplo, a la gente que agarraban en las redadas los rapaban, los encontrabas con ropa de dos, tres días. Imagínate el susto: los compañeros travestis ya con las barbas crecidas y con el maquillaje corrido. Era de verdad un espectáculo muy grueso, porque eran las condiciones de la cárcel (Mondragón, entrevista, 2000).

Las *razzias*, vejaciones, ataques y extorsiones contra homosexuales —dirigidos principalmente contra travestis— resonaron en la lucha contra la represión y su alianza en el Frente Nacional Contra la Represión de Rosario Ibarra, así como en las diferentes actividades de denuncia y protesta que dicho movimiento llevaba a cabo.⁵

Uno de sus éxitos fue justamente la visibilización de la problemática que vivían los homosexuales y que los activistas ajustaron con las causas sociales del momento. De hecho, entre los entrevistados se considera que las coincidencias y apoyos por parte de la sociedad, los homosexuales adherentes, y los grupos de otros movimientos sociales así como los partidos de izquierda, coincidían con la vulnerabilidad ante la extorsión, la segregación de la población homosexual, al igual que la represión de la que eran víctimas los grupos y activistas.

Coinciden en que esos grupos externos difícilmente comprendían el discurso. Dado que las agrupaciones se mimetizaron con los movimientos de la época tras la construcción de una identidad política —y no necesariamente una identidad

⁵ Ya en diciembre de 1979, los grupos homosexuales convocaban a participar en la Marcha Nacional Contra la Represión.

homosexual o *gay*—, esto dificultó avanzar o promover una lógica en dicha dirección.

El apoyo de la gente fue por nuestra denuncia dramática de la violencia contra los *gays*, del silencio que provocaba toda esta clandestinidad; las vidas tan afectadas por esas situaciones sociales de represión y de intolerancia. Abrieron los oídos y causaron una impresión y apoyo por parte de la sociedad civil, y hubo una reacción de apoyo. ¿Por qué? Porque estábamos hablando un lenguaje que al ser explicado volvía muy injusto todo lo que ocurría a la gente *gay* como sector y al conocer a la gente (Mejía, entrevista, 2000).

Entre las principales actividades de las organizaciones, se consideró la necesidad de generar adherentes y hacerse de recursos mediante la socialización. En los estudios del Movimiento Homosexual se ha dedicado escasa atención al carácter lúdico-político desarrollado por las asociaciones como un acto de “dar la cara” y atraer adherentes.

Ya se apuntó anteriormente la intención de las agrupaciones ocultas; entre otros puntos, se enfocaba en generar sociabilidad entre sus miembros. Ello se realizaba desde dichas organizaciones mediante fiestas privadas, principalmente. En pocos casos hubo salidas grupales y eventos culturales, aunque cuando así ocurrió siempre se desarrolló con la lógica de proyectar una imagen de decencia y de observancia a las restricciones normativas del grupo hacia los comportamientos públicos de una identidad homosexual abierta.

De manera totalmente opuesta, se desarrollaron las actividades de socialización de las organizaciones del Movimiento Homosexual: fiestas masivas, actos culturales, venta de

libros, talleres de sexualidad, exposiciones de artistas homosexuales, obras de teatro, y excursiones a espacios públicos como balnearios. Tales actividades lúdicas tenían dos propósitos: atraer adherentes y obtener recursos para financiar las actividades.

Sin embargo, la veta política de izquierda no podía desprenderse de dichos eventos. Ello estuvo siempre latente.

Las actividades lúdicas desarrolladas por ciertas asociaciones emergentes comenzaron a dar un viraje. En vista del desinterés político de *gays* y lesbianas, se privilegiaba la auto-identificación y por ende la necesidad de contar con espacios de sociabilidad para ejercerla.

En 1982 se creó el Grupo B de México, cuyas actividades principales se enfocaban a realizar eventos recreativos, excursiones y fiestas. En el mismo año surgió la Iglesia Metropolitana en México, secta religiosa estadounidense que sería promovida por dos mexicanos con la finalidad de ofrecer servicios espirituales a las personas homosexuales y lesbianas.

La primera organización civil de corte homosexual con registro legal fue el Grupo Cálamo, el cual se formó en 1985. Además de llevar a cabo funciones como atención legal y gestión de asuntos ante el gobierno, en él se organizaban actividades como campismo y tejido, promovidas por los comités de la asociación.

En los primeros años del Movimiento de Liberación Homosexual, otro elemento que merece mención fueron los proyectos político-culturales que desarrollaron las organizaciones mediante la creación de medios informativos como las revistas *Política Sexual*, *Nuestro Cuerpo* y el periódico *Nuevo Ambiente*. La presentación pública de estos medios en 1980 mereció el llamado a una conferencia de prensa y la búsqueda

da incesante de sus promotores para obtener registro legal y financiamiento. Varios intentos resultaron fallidos a causa de la censura prevaleciente en la época.

Imagen 1

FHAR INVITA

★
CINE: "El miedo devora el alma" film de Fassbinder
lunes 8 7pm

★
teatro: "tres pelones con machete"
grupo cueuhtémoc martes 9 7pm

música:
* jueves 11 7pm

AMPARO OCHOA ★

MARIO EDUARDO RIVAS ★

entrada libre

auditorio de la EDA, Ciudadela. Metro Balderas

dic 14 *
gran baile de clausura congreso con el ffaabuloso grupo

SABOR
informas y boletos
553 25 20
672 38 87

rest. Los Arcos, Xochimilco

Cartel de invitación a un evento lúdico político organizado por el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria.

Fuente: Centro de Información y Documentación de las Homosexualidades de México, Escuela Nacional de Antropología e Historia-Colectivo Sol.

Muy pocos números fueron publicados; sin embargo, constituyen un valioso referente de la estructuración del movimiento. En estos medios de comunicación se promovía la

cultura *gay* estadounidense y latinoamericana; se publicaron documentos de Salvador Novo; información sobre sexualidad: todo ello acompañado del tinte político que tenía el movimiento.

Un ejemplo es la poética política de Leobardo Álvarez en su “Ensayo de Manifiesto”, en el primer número de *Nuestro Cuerpo*, el cual se reproduce parcialmente a continuación con la finalidad de reconocer la identidad homosexual y las demandas del momento desde un pensamiento de izquierda.

“Ensayo de Manifiesto”

... ¿Qué es la normalidad?	Rechazamos al mismo tiempo
Sino el arma misma de los	La dominación
opresores	La esclavitud
Preocupados por conservar	El encierro
Sus privilegios	La enfermedad
Esclavos ellos mismos	La represión
De sus armas	El <i>ghetto</i>
Esclavos del dinero	La doble vida
Esclavos del objeto	La vergüenza
Prisioneros de los determinismos	El orgullo
Absolutizados	La moral
Pertenecientes a un grupo cuyos	Las leyes
deseos están condenados	La heterosexualidad
Nosotros, homosexuales	La homosexualidad
Deseando la liberación de	Para la aceptación consciente
Todas las formas del deseo	De todos los deseos
Profundamente en armonía	En la libertad...
Con el cambio	

Fuente: *Nuestro Cuerpo* (1979).

Las revistas de la época tenían la intención de dejar constancia y construir una manera de entender el movimiento; planteaban procesos de debate y discusión, así como la generación o difusión (o ambas) de una identidad libertaria sexo-política.

El interés por desarrollar socialización entre los miembros del movimiento y sus posibles adherentes traía consigo repercusiones en la conformación de una identidad que se sobreponía al elemento meramente político de izquierda del movimiento. Dicha identidad ciertamente entraba en una situación crítica ya que poseía algunos rasgos que iban a volverse problemáticos para la continuidad del movimiento.

LIBERACIÓN HOMOSEXUAL DE IZQUIERDA APROPIACIÓN DE UN MARCO DE SENTIDO

En los años cuando surgieron las organizaciones homosexuales, se retomaron las discusiones traídas a México desde el extranjero, principalmente de Estados Unidos, donde el movimiento ya se había desarrollado, y con el cual diversos activistas mantenían contacto.⁶

La rápida vinculación con organizaciones que operaban en la Unión Americana permite reconocer que el referente para las asociaciones mexicanas eran las que mantenían en sus discursos la liberación homosexual y un proyecto de izquierda.⁷ Ello ocurrió así pese a que para finales de los años setenta

⁶ Desde los años setenta, varios activistas hacían visitas a las agrupaciones del movimiento en San Francisco y Nueva York, como se descubrió en la narrativa de varios de ellos. Se prefirió mantener relaciones con asociaciones que adoptaran posiciones más radicales, con las cuales podían establecer vínculos y coincidencias, dado el sistema de cosas que prevalecía en México y la lectura que hicieron los activistas acerca del tipo de movimiento que deseaban construir.

⁷ Se estrecharon lazos con asociaciones como COHLA de Nueva York; Paz y Liberación de Hollywood, California; Third World Gay Caucus, de San Francisco, California; así como la Liga Revolucionaria Socialista de Estados Unidos, entre otras.

en Estados Unidos ya se había propagado una idea de *diversidad sexual* como una lógica identitaria en medio de una heterogeneidad de organizaciones *gay*.

En la producción intelectual anglosajona en la que se funda el movimiento social en Estados Unidos y al cual se ancló el ideario de la liberación homosexual en México, se considera que las instituciones sociales están vinculadas con la coacción y el control que se ejerce sobre la vida sexual de las personas. Por esa razón, algunos escritores plantean que la sexualidad tiene el poder de transformar la sociedad.

En virtud de ello, liberacionistas como Marcuse (1970) y Reich (1974), utilizan el marxismo y el trabajo de psicoanálisis realizado por Sigmund Freud, para argumentar la necesidad de disponer de una gran libertad y expresión sexual como prerrequisito para llevar a cabo una reforma social radical (Richardson y Seidman, 2002: 6).

En términos generales, el planteamiento tenía que ver con generar un cambio social en las conciencias acerca de la sexualidad, que diera libertad a la humanidad (véase Giddens, 1995).

En México resultó particularmente notable cómo un proyecto de cambio operado en las instituciones que regulaban la sexualidad, se vinculaba con la crítica a las instituciones políticas. Por ende se produjo un encuentro casi natural con los movimientos sociales de la época, así como con los principales promotores del socialismo. Es decir, grupos y partidos políticos de izquierda mexicanos, lo cual confirió al Movimiento Homosexual una identidad colectiva particular.

Las organizaciones contaban entre sus filas con activistas provenientes de otros movimientos sociales y de la izquierda mexicana. Se trataba de actores cuyos orígenes provenían del

movimiento estudiantil, quienes habían participado en las manifestaciones de 1968, el movimiento universitario sindical de la Universidad Autónoma Metropolitana, el movimiento urbano-popular de agrupaciones de Netzahualcóyotl, el Partido Comunista Mexicano, el Partido Revolucionario de los Trabajadores, así como el movimiento feminista.

La acogida que recibió el Movimiento Homosexual sólo podía ocurrir en los movimientos de izquierda, pese a que desde algunos de sus sectores se llegara a considerar la homosexualidad como un “acto burgués”.⁸ El antecedente de participación en ciertos espacios comunes permitió reconocimiento y apertura de las organizaciones homosexuales en la izquierda mexicana de la época.

Entre las organizaciones homosexuales era común el adoctrinamiento mediante literatura marxista. Los activistas que se consideraban con mayor legitimidad eran quienes conocían la literatura, y se habían apropiado en su discurso del pensamiento socialista. Los recién llegados a las asociaciones tenían que pasar por este proceso de adoctrinamiento, mientras los círculos de estudio como práctica organizacional era algo que se normalizaba. Todo ello —entre otros elementos— reforzaba una identidad política.

Los planteamientos de crítica a las instituciones de la sociedad encargadas de regular la sexualidad hacían eco con el feminismo de la época. Ambos movimientos, homosexual y feminista, estaban de acuerdo en que mediante un cambio

⁸ Era una realidad discursiva que se traducía en hechos represivos en la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas y en Cuba. No era casualidad que Lambda demandara un “socialismo sin sexismo”, además de que este reclamo se relacionaba con el programa que impulsaba la izquierda mexicana.

de concepción en el ámbito sexual tradicional, podría generarse una revolución social. La narrativa de “lo personal es político”, como versaba una de las máximas del feminismo, era utilizada por el Movimiento Homosexual en México.

Dicho movimiento también se apropiaría de la frase “dar la cara”, que obedecía a un principio de mostrar públicamente su orientación sexual y hacer frente a la crítica del medio social donde se encontraban los miembros de las asociaciones y adherentes.

La categoría “dar la cara” implicaba el reforzamiento de una identidad que tenía un carácter político: por una parte, permitía distinguirse de las organizaciones del *awareness* —que promovía una identidad de secrecía y decencia—, en contraste con las nuevas agrupaciones que pensaban la homosexualidad como un acto político. Se trataba de pensar dicha categoría como un modo de vida en sus respectivos espacios sociales: hacer de lo “personal, algo político” de manera contestataria.

Por otro lado, los activistas mismos reconstruyeron la categoría “homosexual”. De tal modo, fue posible reconocer varios elementos necesarios que habrían de ser revisados. Primero, la construcción de una categoría sexo-política, la capacidad de aglutinamiento de lo homosexual respecto de otras categorías, y por ende el carácter dominante de la misma.

La categoría “homosexual” tenía una amplia carga simbólica que refería a perversión, delito y enfermedad, con sus implicaciones en distintos ámbitos sociales, jurídicos y médicos. Aunque en México no había una ley que prohibiera la homosexualidad o las prácticas sodomitas (como sí ocurría en otros países anglosajones), la interpretación jurídica de la ley era utilizada para sancionar la homosexualidad al considerar-

la promoción de un vicio, o bien ubicarla dentro del renglón “faltas a la moral pública”.

En los años setenta, en el plano internacional, la homosexualidad dejó de clasificarse en la lista de enfermedades psiquiátricas; sin embargo, socialmente aún se le condenaba como una enfermedad mental, una anormalidad, o antinatura desde la visión católica.

La categoría “homosexual” tenía un carácter simbólico dentro del movimiento social que era el reducto de la conjunción de los elementos que han venido tratándose: autonombrarse con un carácter político y social de enfrentamiento, y una identidad promotora de cambio social y revolucionario. “Lo homosexual” fue una categoría que pretendió aglutinar al conjunto de orientaciones sexuales.

En lo referente al lesbianismo —que, como ya se indicó, había surgido en condiciones particulares dentro del feminismo—, puso un mayor peso en la lógica política; es decir, en los ideales de cambio social, en contribuir a un proyecto socialista más que en construir una identidad propia. Al respecto, tales asociaciones se encontraron mayormente identificadas con el feminismo, aunque participaban en ambos movimientos.

Por otra parte, las llamadas “vestidas” —dado el acento en la visibilidad de lo homosexual como preferencia sexual—, es decir: las personas transgénero y travesti, se adecuaron con facilidad a la lógica homosexual ya que ciertamente provenían de los grupos sociales más marginados y se trataba de las personas que padecían en mayor grado la discriminación social.

Desde una ideología socialista, dicha situación social implicaba que las “vestidas” fueran consideradas grupos lumpen; además, que —cuando se hacía necesario— eran utilizados

estratégicamente como grupos de enfrentamiento, o así se suponía —al menos soterradamente— que debían actuar.

Los bisexuales estaban incorporados en asociaciones como Lambda, pero en realidad se consideraba que esta orientación sexual era “indefinida”, o bien un pretexto para mantenerse en el clóset... y no “dar la cara”.

En suma, la categoría “homosexualidad” estaba cargada de valores masculinos, lo que generó repercusiones en las relaciones entre los activistas. El rompimiento entre el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria y Oikabeth se reflejó en una discusión que tuvieron los activistas, cuando en una ocasión un miembro del primer grupo señaló: “Nosotros no las necesitamos; los heterosexuales sí”. Del mismo modo, después de transcurridos algunos años, los activistas reconocieron ese desfase:

Nunca logramos atraer a más mujeres porque éramos hombres muy agresivos, emprendedores, boquiflojos. Había un gran elemento, de lo que ahora llaman “masculinidad homosexual”, en esta promoción. Fue lo que inhibió la participación de las lesbianas. No habíamos hecho trabajo de género, de exploración de la misoginia. Éramos un grupo muy masculinista: nos tachaban de machistas, falocéntricos, patriarcales (Hernández, entrevista, 2000).

Ese fue quizá también otro factor que deberíamos de tomar en cuenta en el momento de crisis del movimiento, porque las mujeres lesbianas no se sentían tan representadas; porque siempre la figura masculina era la que dominaba: la del *gay*, y en la palabra “homosexual” siempre se pensaba en “hombre”. Por eso ellas reivindicaron la palabra “lesbianismo” y se asumieron como lesbianas. Querían tener su propia identidad: ya no relacionar su

identidad con los hombres. Entonces se separaron (Brito, entrevista, 2014).

La idea de *liberación sexual* había tenido efectos en el proyecto social del movimiento; por ello sus aspiraciones eran muy amplias:

“No hay libertad política si no hay libertad sexual”
“Socialismo sin sexismo”
“Contra la represión”

Las metas del movimiento tenían que ver con hacer caja de resonancia con el gran proyecto de cambio social del momento. Ello implicaba ejercer efectos en los grupos sociales de la época; es decir, incluir sus demandas y su aceptación tanto en las agrupaciones políticas de izquierda como en las feministas.

CRÍTICA AL RÉGIMEN POLÍTICO DESDE LA IZQUIERDA UNA LÓGICA INSTITUCIONAL EN LOS MOVIMIENTOS DE LA ÉPOCA

Como ya se apuntó, la aparición del movimiento social ocurrió en el contexto de las movilizaciones realizadas en conmemoración de la Revolución Cubana y la masacre estudiantil de 1968, pese a que el régimen socialista perseguía la homosexualidad en Cuba. El discurso coincidía con la revolución socialista, pero el proyecto socialista debía incluir a los homosexuales en su agenda. Se coincidía con las transformaciones políticas del país; empero, ellas debían incluir el contenido de la liberación homosexual.

El mismo año en el que surgió el movimiento, las organizaciones se aliaron al Frente Nacional Contra la Represión, que ante los crímenes de Estado demandaba respuesta a los gobernantes; de igual manera se aliaron al Frente Nacional de Lucha por los Derechos de la Mujer, promovido obviamente desde el movimiento feminista.

La vinculación con el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y el Partido Comunista Mexicano (PCM) sucedió rápidamente; ambos partidos generarían modificaciones en sus discursos para incluir el tema de la no exclusión por orientación sexual.⁹

A pesar del acercamiento con ambos partidos de izquierda, las mayores alianzas se realizan con el PRT, el cual proporcionó recursos para realizar actividades de los grupos, lanzó manifiestos, y promovió la participación en las Marchas Nacionales Homosexuales. En 1980, el PRT conminaba a apoyar la movi-
lización de los homosexuales:

El PRT, solidario desde el principio con la lucha que libran los compañeros (as) homosexuales y lesbianas, estará presente con otras asociaciones políticas y sindicales en este acto e invita a todas las organizaciones y personas a manifestarse conjuntamente en esta misma lucha: La Segunda Marcha Nacional del Orgullo Homosexual [...] (Partido Revolucionario de los Trabajadores, 1980).

⁹ Ello resultó de tal modo a partir del efecto que tuvieron los contactos de activistas con las estructuras partidistas, así como debido a las estrategias que dichas agrupaciones políticas aplicaron para generar alianzas y encontrar oportunidades para atraer votos o adherentes de este sector político en emergencia (véase Mogrovejo, *Op. cit.*).

El acercamiento con el PRT sucedería básicamente desde Lambda, lo que para 1982 llevaría a tres candidatos y tres suplentes homosexuales, respectivamente, a contender por escaños en la Cámara de Diputados. El PRT adoptó como estrategia su participación en las elecciones para difundir y promover sus ideales, a sabiendas de las nulas posibilidades de triunfo y de la desconfianza que las instituciones políticas le causaban.

De manera similar, en 1982 el Comité Lésbico Homosexual de Apoyo a Rosario Ibarra (CLHARI) utilizaría la promoción de los candidatos homosexuales alrededor de la República Mexicana para expandir el movimiento mediante el establecimiento de alianzas con potenciales activistas en diferentes partes del país. Al respecto, en uno de los objetivos del Comité se puntualiza:

Promover la autoorganización consciente de las mujeres lesbianas y hombres homosexuales, para seguir avanzando en la creación de un fuerte movimiento nacional que, junto con los explotados y oprimidos, sacuda los cimientos de dominación del sistema capitalista (Comité Lésbico Homosexual de Apoyo a Rosario Ibarra, 1982).

Por otra parte, las lesbianas feministas libraron una lucha importante en la Conferencia Internacional de la Mujer y en las sucesivas Conferencias Nacionales para poder lograr su incorporación en el movimiento feminista de manera reconocida. Mogrovejo (2000) describe la manera como se aprobaba el lesbianismo al interior del movimiento —mas no en su carácter programático—, con el argumento de que las “iban a tildar de machorras”. Sin embargo, poco a poco se

consiguió mayor apertura, acercamiento y promoción, conforme el Movimiento Homosexual iba creciendo, como lo narra Eugenia Olson:

Hubo toda una temporada en que todas las mujeres de Lambda se acercaron al Movimiento Feminista en una actitud confrontativa [*sic*] tipo: “Aquí estamos, existimos, somos feministas y queremos formar parte del Movimiento Feminista y no estamos dispuestas a ser rechazadas, porque si nos rechazan, tenemos muchas respuestas que darles”. Uno de nuestros primeros cuestionamientos era: ¿Por qué son heterosexuales? ¿Alguna vez se han cuestionado por qué lo son? ¿Por qué, en todo caso, se supone que nosotras las lesbianas estamos mal? En ese camino se fueron afinando cuestiones como la heterosexualidad obligatoria. [...] Creo que el Movimiento Feminista en México fue tocado por nuestro discurso; eso fue básicamente el trabajo de dos grupos y de algunas personas en lo individual: de Oikabeth, de Lambda y de Yan María Castro (Olson, entrevista, 2000).

Con el paso del tiempo y las discusiones que sostuvo el movimiento feminista internacional, así como la participación de las agrupaciones de manera activa, la categoría lésbica fue aceptada e incorporada para los primeros años de la década de los ochenta.

Una lucha paralela que libraron las organizaciones homosexuales y lésbicas fue conseguir la aceptación al interior de los movimientos-incubadoras de sus activistas, así como generar conciencia de sus posibles aliados. Las relaciones cruzadas de activistas provenientes de diferentes movimientos sociales de la época y de la izquierda partidista ejercieron una impor-

tante influencia en el discurso, el proyecto político, las formas organizacionales; incluso en las relaciones que se entablaban entre activistas.

Los actores que conformaron esas organizaciones dieron un toque particular y una impronta al campo del Movimiento Homosexual mediante marcos de izquierda ideologizados, organizaciones adecuadas a los movimientos de la época, y una identidad híbrida entre homosexualidad e izquierda, donde imperaba la masculinidad. Tales elementos permiten vislumbrar un movimiento social que se estaba institucionalizando, y reconocía sus patrones de regularidades en el lapso que se extiende de 1978 (el surgimiento del movimiento) a 1984.

La construcción social misma del movimiento pondría en evidencia la fragilidad de las relaciones entre actores y agrupaciones, dada la centralidad que tomaría la conformación del liderazgo de izquierda en el movimiento, al igual que la falta de articulación con la población homosexual. Dichos elementos que estructuraban el movimiento, influirían de manera relevante en su propia crisis.

DESENCUENTROS Y CRISIS EN EL CAMPO DEL MOVIMIENTO HOMOSEXUAL

La idea de *movimiento social* lleva implícita una idea de solidaridad que conjunta a los miembros y los integra en un constructo que puede ser considerado de manera objetual unitaria. Sin embargo, entre los actores del movimiento sucede un conjunto de interacciones que requieren ser reconocidas para identificar el curso y trayectoria del mismo.

En el Movimiento de Liberación Homosexual se reconoce la existencia de una forma de coordinación basada en coaliciones entre grupos para conseguir diferentes propósitos: el Consejo General Homosexual que se encarga de coordinar la Marcha, las adhesiones a diferentes movimientos como los Frentes, acciones conjuntas de protesta.

Sin embargo, internamente el factor que condujo las relaciones fue la interacción conflictiva, la cual se manifiesta a partir de dos elementos interrelacionados: el acentuado carácter ideológico, y las diferencias en la conducción del movimiento; es decir: el sentido que debía seguir.

Carácter ideológico en las agrupaciones

En los grupos comienza a imperar la lógica relacional de rasgos similares a los que padecen las agrupaciones de izquierda, pues siguen el lineamiento que dicta el precepto ideológico. En la configuración de las relaciones entre agrupaciones, en lo referente a la definición de las identidades diversificadas ejerció mayor peso la definición de la postura política que las diferencias existentes.

Lo anterior debido a que las identidades sexuales se encontraban en construcción; por ello el mayor punto de desencuentro se relacionó con la definición de estrategias respecto de los objetivos de liberación homosexual, en combinación con un proyecto de cambio social más amplio.

De tal modo, el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria siempre se había autodefinido como radical; mientras que se consideraba que Lambda tenía un carácter reformista. Ambas categorías eran el extremo de la calificación al interior del discurso de izquierda. En esa lógica, un activista señaló:

A Lambda se le acusaba de no ser realmente revolucionario, sino más bien de ser un grupo reformista y de ir persiguiendo una lucha de liberación progresiva, no confrontativa; o no tan confrontativa como la del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, y que establecía una estrategia de socialización. Es decir: dar la cara en el trabajo, dar la cara en la familia, con los amigos, etcétera. Un tanto de manera progresiva (Vázquez, entrevista, 2000).

Esas dos categorizaciones trastocaban las relaciones. Después de su disolución, las organizaciones escindidas del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria se consideraban anarquistas, mientras que Lambda se consideraba progresista. Las agrupaciones que aparecieron a partir de 1982 con fines de socialización y que eran menos radicales, decían haber surgido para atender las necesidades de la población homosexual; en tanto los otros grupos las consideraban conservadoras y alineadas al sistema.

Una de las críticas más fuertes que recibió Lambda fue la participación con candidaturas por medio del PRT, pese a que esta forma de participación tenía la intención de generar una mayor promoción del movimiento y no se interesaba tanto por acceder al poder político.

Además, el PRT coincidió con las agrupaciones que fueron más críticas a la adaptación del sistema de partidos políticos, y —en comparación con otras organizaciones homólogas— dicho partido fue la más cercana a diferentes movimientos sociales de la época (Modonesi, 2003).

En un campo organizacional, las formas de proceder no necesariamente tienen que ser homogéneas; en realidad nunca lo son. Si ellas traen consigo conflicto y desarticulación

constante, cabe la posibilidad de plantear una nueva lógica, o posibles lógicas en conflicto (Scott, 2014). En el documento de disolución del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, redactado en 1982, al hacer un balance del movimiento se menciona en dos ocasiones en diferentes partes las dificultades de acuerdos entre agrupaciones y los efectos que ello produjo,

Se ahonda en la división con los demás grupos, al grado de hacer aparecer como irresolubles las diferencias. Esta situación deteriora al máximo las relaciones intergrupales y produce fricciones que al agravarse inmovilizan la cooperación en el seno del Movimiento de Liberación Homosexual (Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, 1982).

Ante la visión de su ineficacia, las formas organizacionales del movimiento —por otra parte— comenzaron a ser sometidas a la crítica, lo cual repercutía en el marco de sentido que provenía desde la izquierda mexicana. Por ejemplo, dentro de las agrupaciones la toma de decisiones se realizaba a partir de asambleas, las que inicialmente se consideraban un método consensual y democrático. A la postre comenzó a reconocerse que se trataba de un método paralizante, poco efectivo y desalentador de la participación.

En el balance del Frente se apuntaba: “Las reuniones semanales devienen en un asambleísmo tedioso e improductivo” (Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, 1982). La crítica realizada por parte de Xabier Lizarraga a Lambda y las motivaciones para su salida en 1983, coincidían con esa evaluación:

Siempre me desesperaba este mal de la izquierda nacional o internacional, donde no se puede tomar una decisión porque la tiene que tomar la asamblea. Y se te iba el camión, se te iba el mundo. De aquí a que reunías a todos y había quórum, y debatían y aceptaban..., ya para qué. Ya pasó la fecha, ya pasó el momento, ya mataron a fulano. Es por eso que yo decidí salirme del grupo (Lizarraga, entrevista, 2000).

Otro factor que se interponía en las relaciones de los grupos se vinculaba con el “mesianismo”: exacerbación del liderazgo individual que se relacionaba con el conocimiento de la teoría y con la figura de líder carismático, así como la confianza en sí mismo de demandar y lograr “lo imposible”.

No podemos negar nuestras influencias de la época. Porque había mucho mesianismo. Esa es de factura izquierdista. El mesianismo en el movimiento *gay* y ese mesianismo donde pedíamos todo. Inclusive había gritos en el movimiento *gay* tipo “No queremos tolerancia”, que ese era el extremo. “No queremos tolerancia, queremos liberación”. O también “No queremos tolerancia, queremos revolución”, “Socialismo sin sexismo”. Había una serie de construcciones mágicas en nuestras cabezas, porque llevábamos un empuje y teníamos una fuerza, una representatividad dentro del sector *gay*, muy alta. Pero por lo que nos seguía la gente *gay* no era [por] el mesianismo: eso era lo que terminó por apartarnos de ellos (Mejía, entrevista, 2000).

Lo expuesto quería decir que —en términos de relaciones eróticas y emocionales— los líderes eran quienes contaban con mayores seguidores o seguidoras, lo que también trajo consigo competencia y pugnas entre ellos. A decir de Max Mejía,

Se agudizan las diferencias de carácter táctico y personal con militantes de otros grupos del Movimiento de Liberación Homosexual. Diferencias que nunca se ventilan, conducen a una profunda desunión y al activismo competitivo, con resultados desastrosos para el movimiento (Mejía, entrevista, 2000).

Sin embargo, tal competencia se medía más en términos políticos tanto al interior de las asociaciones como en términos de las relaciones grupales. El mesianismo tenía que ver con establecer la posesión de la representatividad de la población homosexual: dirigir una población que se encontraba en el ostracismo de los derechos y de la vida pública.

Siguiendo tal planteamiento, era de esperarse un distanciamiento con la población homosexual: la manera de relacionarse con los adherentes no coincidía con sus necesidades. Así lo planteaba el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria tras su cierre: “La inclusión de muchos de los militantes al Frente Homosexual de Acción Revolucionaria obedecía, más que a motivos intelectuales, a necesidades personales”. Muchas de las personas que se vinculaban con las agrupaciones, en realidad buscaban un espacio de encuentro y sociabilidad donde poder identificar a sus pares.

Las estrategias de adoctrinamiento, por ejemplo, terminaron por desincentivar la participación; en contraste, la realización de actividades lúdicas tuvo mayor éxito. Lo mismo sucedió con las organizaciones que habían surgido con dichos propósitos. Desde el mismo Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, el fracaso se enunciaba como “la ausencia de alternativas concretas para el *ghetto*” (Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, 1982).

Diferencias en el sentido del movimiento

En los campos no se requiere que haya un nivel de interacciones constantes entre organizaciones e involucrados. Tampoco que ellas sucedan en términos de solidaridad. De hecho, en los campos vinculados con el mercado, la posibilidad de patrones relacionales está más cercana a la competencia.

De tal modo, lo que da sentido al campo es un acuerdo de vida institucional, un proyecto común, un sentido compartido, un marco común, o una lógica que guíe al campo. En el caso del Movimiento Homosexual, la posibilidad de preservar el acuerdo se sostenía en un andamiaje endeble.

De este modo lo evidenció el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria tras su desaparición (1982), el cual basó su argumento en una lógica política acorde tanto con su configuración organizacional como con su actuación. La agrupación expuso, también, las posibles opciones para hacer frente a las vicisitudes de un futuro cercano: una nueva etapa del movimiento.

El Frente Homosexual de Acción Revolucionaria se disuelve por una crisis político-organizativa, cuya única salida será una reestructuración radical que afecte nuestras vidas, exponga las diversas formas opresivas que llevamos dentro, nos conduzca a formar una organización sexo-política capaz de reorientar el trabajo militante con fundamentos realistas, elabore documentos teóricos originales sobre la cuestión homosexual en México y funde formas organizativas acordes con nuestros objetivos (Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, 1982).

A cuatro años de su primera manifestación pública, los miembros del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria deciden disolver la organización. Dos años después, en 1984, el Grupo Lambda, igualmente, acuerda su cierre; sin embargo, otras nuevas formas organizacionales surgen, y las que tienen propósitos menos radicales o que se encuentran menos cercanas a la ideología de izquierda, se mantienen. De hecho tres de dichas asociaciones continúan en funciones en la actualidad.¹⁰

El cambio sucede en contraposición a las formas organizacionales que habían sido adoptadas desde las agrupaciones de izquierda. El elemento principal era la reformulación de una identidad que no se concentraba en la política como eje, sino en la sexualidad. De hecho las organizaciones lésbicas —aunque reciclan las discusiones marxistas para sus organizaciones— se concentran en definir una identidad propia, separada de los homosexuales, y abrazan un proyecto revolucionario.

En el caso de las organizaciones homosexuales, surge el Grupo Guerrilla *Gay* como parte de un grupo escindido de Lambda. Guerrilla se conforma como un grupo pequeño de sociabilidad que pretende “dar la cara”. Se reconoce por su carácter no programático, no asambleario, y estratégico en sus acciones; no violento, pero sí enfático y táctico en su manejo discursivo.

Guerrilla incorpora la identidad *gay*, que ya se incluía socialmente para nombrar a los homosexuales desde una mirada

¹⁰ Una de ellas es la Iglesia Metropolitana; otra, el Grupo Guerrilla *Gay*; y una tercera que para la segunda mitad deja de lado su radicalidad y se enfoca a tratar temas de VIH: El Colectivo Sol.

menos estigmatizada. En ese momento ya contaba con reconocimiento internacional (Laguada, 2009).

En 1985 surge el Grupo Cálamo. De acuerdo con la narrativa de sus fundadores, el grupo decidió conformarse como asociación civil, dado que observaron que el sistema de cosas no iba a cambiar mediante los partidos políticos y que cabía la posibilidad de configurarse como una asociación que podía captar recursos y ser reconocida como interlocutora del gobierno.

Para el campo del movimiento, esa asociación planteó una lógica cívica que vinculaba la interacción con el Estado mediante la promoción de una identidad *gay*.¹¹ Vázquez narra aquí la manera como algunos activistas la replanteaban:

Algunos militantes de Lambda (entre los que estaba yo), nos dimos cuenta de que era necesario plantear una lucha desde una perspectiva diferente; o la misma lucha, pero desde una perspectiva diferente. No sé cómo se pueda decir mejor; por eso hablo de una nueva subcultura. La primera imposición que tuvimos hacia nosotros mismos, fue despolitizar al movimiento. Es decir, había que crear grupos nuevos que aglutinaran gente; pero era necesario que —dada la experiencia anterior— los grupos que surgieran o que queríamos hacer, no [tuvieran] características ni partidistas, ni políticas: que estuvieran más bien orientados hacia la sociedad civil (Vázquez, entrevista, 2000).

¹¹ La lógica de las asociaciones civiles con cierto reconocimiento legal fue un cuestionamiento que se suscitó en muchas agrupaciones de los movimientos de la época; aunque siempre considerando que la cooptación y la moderación en las demandas eran riesgos latentes.

En términos de las primeras organizaciones del movimiento, esta posición se presenta como un salto cualitativo, no sólo en términos organizativos sino también en las posibilidades que había de definir una nueva identidad que no estuviera ideologizada, que no sucumbiera a la adhesión y participación de los miembros ante la perversión de la lucha política, sino con elementos que comenzaban a ser comunes ante la heterogeneidad de proveniencia de potenciales miembros; ante la definición misma de “homosexualidad”. La respuesta fue la siguiente:

Cálamo surge como un aglutinamiento de individuos que tenían como único rasgo común su preferencia sexual, su orientación sexual. Nosotros analizábamos de esta manera las cosas: hay una enorme diversidad entre la comunidad lésbica *gay*, y lo único que tenemos en común (o una de las únicas cosas que tenemos como rasgo común) es nuestra preferencia; pero podemos tener intereses de lo más diverso: somos distintos. Tenemos que aprender a negociar nuestras diferencias, y tratar de encontrar, juntos, acuerdos para poder elaborar una estrategia común que nos lleve hacia adelante. Si esto no se hace, nunca vamos a avanzar. Ese era el planteamiento inicial (Vázquez, entrevista, 2000).

Cálamo sugería un modelo incipiente de organización no gubernamental independiente que aspiraba a profesionalizar e institucionalizar sus servicios; además, intentaba proponer un modo diferente de interacción entre activistas, que llevara a reducir la confrontación y promover el acuerdo entre sí y para con el Estado. Era una tarea nada fácil, cuando una lógica en el campo animaba el sentido contrapuesto: el contexto y la forma de conformación alimentaba la interlocución competitiva.

Imagen 2

TALLER DE REFLEXION SOBRE LA PAREJA GAY

INFORMES E INSCRIPCIONES: Culiacán 118 - 301 tercer piso, Colonia Hipódromo Condesa, Tel.574 7495, lunes a viernes de 17 a 21 hrs.

CONTENIDO:

- * Experiencias de pareja
- * Cómo elijo a mi pareja
- * Roles que desempeño con mi pareja
- * Nuestra sexualidad
- * La comunicación entre nosotros
- * Cómo enfrento la separación
- * Qué tipo de conflictos tenemos
- * Cuánto tiempo y en qué condiciones mantengo mi relación de pareja
- * Cómo me relaciono con los demás

FECHA DE INICIO: 1 DICIEMBRE de 20 a 22 horas DURACION: 12 sesiones (una sesión por semana) CUPO LIMITADO: Es precisa la previa entrevista con el coordinador. Descuento a estudiantes.

calamo espacios y alternativas comunitarias

Cálamo, "Taller de reflexión sobre la pareja gay" expresa actividades de carácter menos político y más enfocadas a la atención de la población gay.

Fuente: Archivo Sida Studi.

Los planteamientos que establece Vázquez no se esgrimieron durante la creación de la asociación, sino *a posteriori*: después de la experiencia vivida y la reconstrucción de los hechos tres lustros después. Sin embargo, son argumentos de la pesadumbre que cargaba un movimiento que parecía haber perdido la brújula frente a sus logros, frente a sus potenciales adherentes, frente al cambio social y de valores que demandaban.

DECLIVE EN EL CAMPO DEL MOVIMIENTO HOMOSEXUAL

El surgimiento de nuevas organizaciones que pertenecían al movimiento y que presentaban una crítica a las formas ante-

riores de organizarlo, comenzaba a presentar tintes de reestructuración del campo del movimiento; sin embargo, ante el surgimiento de la pandemia del VIH en México y la necesidad apremiante que planteaba la enfermedad, diversos actores se enfocaron en la atención de la problemática. Ello propició la emergencia del movimiento que atendió a los enfermos; es decir: un movimiento ajeno a las demandas homosexuales.

Ante la enfermedad del VIH, los activistas del Movimiento Homosexual no pudieron quedarse cruzados de brazos. Los homosexuales resultaron el sector más vulnerable; vulnerable a los efectos de la enfermedad y a la construcción discursiva conservadora, ya que el VIH se achacaba a la población *gay*. Se intensificaron las posiciones de los grupos conservadores que ya habían surgido años atrás como respuesta a los movimientos de izquierda, feminista, pro-aborto y homosexual.

Se desató la propagación del miedo, la desinformación, y el linchamiento hacia la población *gay* bajo una construcción moralista. El discurso rápidamente ocupó el espacio público por vía de los medios impresos que suelen manejar información amarillista y moralista: *Alarma*, *Alerta*, *Ovaciones*, entre otros.

Los manifiestos públicos en esa misma dirección no se hicieron esperar. Sus promotores fueron la jerarquía eclesiástica católica y agrupaciones conservadoras como la Asociación de Padres de Familia, acompañados de algunas declaraciones de médicos y —al principio— autoridades de salud. Desde la aparición de la enfermedad hasta entrada la década de los años noventa, en los diarios la lista de ejemplos resulta interminable:

“Los mujercitos esparcen la peste”
“La plaga bíblica sobre los afeminados”
“Dios sacude Sodoma”

La producción de carteles y volantes anónimos se esparcía por toda la ciudad:

“Cúidese de contraer el mal (SIDA). El que lo transmite y contagia en un 100% es todo hombre homosexual, operados, maricones o bisexuales. ¡Aíslese de estas personas!” (Monsiváis, 1988).¹²

La respuesta de brindar atención a los enfermos y hacer frente al despliegue discursivo conservador no podría haber surgido de otro lado más que de los activistas de las agrupaciones escindidas: de las personas vinculadas con el Movimiento Homosexual. Aunque también los familiares de los enfermos se organizaron con gran rapidez, al igual que las asociaciones que surgían con propuestas nuevas para fortalecer la identidad homosexual y las que buscaban reducir la carga ideológica en la reconstrucción del movimiento.

En ese punto, ante la lenta respuesta de las autoridades sanitarias y el embate conservador, el conjunto de asociaciones tendieron a dirigir sus actividades a promover acciones de atención, cuidados, y promoción de información sexual tanto para evitar el contagio como para explicar que la pandemia no era exclusiva de un grupo social, sino un problema público.

¹² Los sismos de septiembre de 1985 en la capital del país y su magnitud destructora acalló momentáneamente la tendencia difamatoria de los sectores conservadores, aunque en años posteriores sería retomada.

Tanto el despliegue de acciones enfocadas a la atención sanitaria como el manejo de un discurso que difuminara la construcción social que estaba erigiendo el contramovimiento, tuvieron efectos importantes en el Movimiento Homosexual: lo condujeron a su declive.

Una de las primeras tareas a las que se entregaron los activistas *gay* fue “deshomosexualizar” la enfermedad, factor que buscaba eliminar la estigmatización de los homosexuales relacionada con la enfermedad; reconocer que se trataba de una pandemia que atacaba a todos los sectores de la población, lo cual representaba también una respuesta a los grupos conservadores.

Esa decisión sería vista a la distancia como equivocada, pues difuminó tanto la presencia de los homosexuales como la agenda de liberación en los espacios públicos. Por otra parte, el hecho de que las organizaciones y activistas *gay* tuvieran que dedicarse por necesidad o por solidaridad a atender la pandemia, trajo consigo que fueran aislándose de las demandas de liberación homosexual. Pasaron de plantear la denuncia, la demanda, la autoidentificación, así como de organizar actividades de autoidentificación, a la asistencia de enfermos y familiares, al igual que a promover información y difundir lo que estaba disponible en lo referente a educación para prevenir la enfermedad.

Relacionado con lo anterior, uno de los miembros del Grupo Homosexual de Acción Revolucionaria (surgido a partir de la crisis del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria) señalaba, en 1987 —desde una postura crítica y radical— lo que estaba ocurriendo tanto en las asociaciones del momento como en el movimiento de liberación homosexual:

[...] la pérdida de una perspectiva real y clara, por parte de amplios núcleos de los grupos organizados y de las consideradas “personalidades” del movimiento de liberación homosexual —quienes dicen haber tomado en sus manos el problema del SIDA, ostentándose como redentores y realizando actividades equiparables a las del “comité de damas voluntarias del DIF” o a la de las “hermanas de la caridad en pos de un orfanato” o de un “asilo para leprosos”— se ha traducido en el descuido de la creación de una política general como respuesta probable a todo lo que implica la problemática del SIDA (Ortega, 1988: 290).

Esta fuerte crítica ilustra lo ocurrido: un desvanecimiento de la agenda de liberación homosexual. Al encarar un problema inmediato de magnitudes insospechadas como fue el VIH, la fórmula lógica utilizada por los activistas en términos discursivos es reveladora: “deshomosexualizar” a la enfermedad, “sidificar” a las organizaciones. Luego entonces, deshomosexualizar a las organizaciones, y por ende el declive del discurso de liberación homosexual.

El cambio de rumbo se reflejó en la desaparición de las asociaciones que abordaban el tema homosexual, o bien en la renuncia a tratar temas prioritarios. De tal modo pasaron a un segundo plano o —en el mejor de los casos— los eliminó de sus agendas. Por ejemplo, Cálamo —que comenzaba a representar una posible opción de reestructuración del movimiento— rápidamente se dedicó a la procuración de fondos, la difusión de información sobre la enfermedad y la creación de la primera clínica para enfermos de VIH. La agenda lésbico-*gay* quedaba de lado.

El Colectivo Sol, agrupación escindida del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria y que se había mantenido

en pie promoviendo la liberación homosexual, al transcurrir algunos años, enfocó todos sus esfuerzos en el tema del VIH. En la actualidad, el Colectivo Sol es una agrupación con amplio reconocimiento nacional e internacional, en virtud de su trayectoria en el movimiento de atención a enfermos del VIH.

Fueron pocos los grupos que subsistieron con una agenda de trabajo doble: promover una identidad homosexual y apoyar el movimiento para la asistencia a los enfermos, como Grupo Guerrilla *Gay*, y el Grupo Cultural *Gay*. Esta última agrupación celebraría en 1987 un acuerdo con los sectores más progresistas de la Universidad Nacional Autónoma de México para la realización de la Semana Cultural *Gay* en el Museo Universitario del Chopo.

En tal contexto, uno de los principales logros del Movimiento Homosexual se vería opacado: la estigmatización trajo consigo que el tema de la sexualidad distinta de la heterosexual volviera al ámbito de lo oculto y lo privado. Lo anterior se mostró con claridad en la reducción de las participaciones en las Marchas del Orgullo *Gay*.

El cambio radical en el marco al que actores y organizaciones tuvieron que hacer ajustes drásticos, dejó congelada la agenda homosexual; ello no causó su desaparición, dado que un grupo reservado de activistas mantuvo al movimiento en un estado de hibernación, hasta que pudieron encontrar una nueva oportunidad de conformar un campo de movimiento social que se enfocara en tratar un marco de sentido, identidades, demandas y organizaciones que tuvieran como propósito cambios en el sistema de cosas para entender la sexualidad distinta de la heterosexual: el combate a la heteronormatividad.

En otras palabras: la regulación de las relaciones sociales basadas en normas heterosexuales y excluyentes de otras formas de entender tanto la sexualidad como sus identidades.

INSTITUCIONALIZACIÓN Y DESINSTITUCIONALIZACIÓN DEL CAMPO DEL MOVIMIENTO HOMOSEXUAL

De acuerdo con el modelo teórico planteado en el segundo capítulo de este libro, la institucionalización ocurre en diferentes niveles del campo: en sus integrantes, en el campo mismo, y hacia el exterior. La institucionalización del Movimiento Homosexual tiene sus referentes empíricos en la actuación y conformación organizacional y de sus activistas. También en los procesos de interacciones acordes con la construcción de sentido, donde entran en juego tanto los procesos de enmarcamiento como las lógicas institucionales ceñidos a los argumentos de izquierda, la homosexualidad y la crítica al régimen político.

Retomando el ámbito interno de la institucionalización del Movimiento Homosexual, la ideología de izquierda desempeñó un papel notable para conjugar las demandas y las ideaciones de la liberación sexual. Ellas se articularon con críticas al régimen político en lo referente a su carácter autoritario y antiprogresista en el aquel entonces “Distrito Federal”.

Más aún, el programa ideológico tomó su propia identidad al incorporarse el carácter homosexual como dominante, encabezado por los varones. Esto último generó otro conjunto de exclusiones internas hacia el resto de potenciales identidades sexuales y de género.

Las organizaciones del movimiento se conformaron como grupos politizados con formas de coordinación de coaliciones manifiestas en el Frente o en el Consejo General Homosexual. Mientras tanto, los repertorios de acción quedaban restringidos a los resquicios que el régimen político comenzaba a ceder.

En este capítulo se ha planteado la manera como el movimiento adecuó sus repertorios de acción y sus formas organizacionales a una lógica de ideología de izquierda. Tal clave de desempeño condujo a que la institucionalización —además de constituir un proceso interno entre los partícipes del movimiento— se situara hacia el exterior con un alcance o meta definida en el escenario de los movimientos sociales de la época. Ello se tradujo —por ejemplo— en la celebración de importantes alianzas con otros activistas y organizaciones, así como en las modificaciones de los estatutos de los partidos políticos, con la finalidad de evitar la exclusión basada en el carácter sexo-político.

Después de un momento de visibilización, se presentó un vacío de participación, fruto de una desarticulación ante los potenciales adherentes. La disyuntiva se sostenía entre lo político del movimiento y lo identitario de las personas deseosas de salir del clóset.

Al basar las interacciones en una lógica adecuada o acondicionada a los planteamientos de las ideas y demandas de izquierda (las cuales estaban tatuadas en la piel de los principales activistas del movimiento), se diseñaron y erigieron las regularidades relacionales, las formas de actuación y organización arquetípicas del movimiento.

La virtud de la emergencia del campo del Movimiento Homosexual con tales atributos ante las circunstancias de la

época, ofreció apertura al tema de la homosexualidad en el espacio público, y lo alejó del mundo de lo privado. No obstante, su propio nicho de surgimiento cercenaría las posibilidades de continuidad.

Un evento crítico que trajo consigo definitivamente el declive del movimiento fue la aparición del VIH y las consecuencias de exclusión a los homosexuales en el espacio público; el marco de sentido, de lo relacional y lo arquetípico del movimiento se vio limitado para responder a las consecuencias sociales, políticas y de salubridad de la pandemia. Dicha respuesta tuvo efectos en la clausura del campo del Movimiento Homosexual.

En el momento cuando se constituyó el movimiento de atención al VIH, el enfoque se centró en difuminar el discurso de liberación, desintegrar las organizaciones o modificar sus objetivos, cambiar los repertorios de acción, así como rediseñar las lógicas institucionales con las que se combatió.

Habría de transcurrir más de una década para que se reconfigurara un movimiento que interpelara el modo como se comprende la sexualidad distinta de la heterosexual, enriquecido con otros elementos basados en la concreción y exposición de las identidades sexo-genéricas. Este Movimiento LGBT concretaría su propio campo, como veremos en el próximo capítulo del presente Cuaderno.



El campo del Movimiento LGBT Institucionalización a partir de identidades y derechos

[...]yo creo que es como una necesidad identitaria. Antes era más una necesidad política; ahora yo creo es más una necesidad de comunidad, ¿no? Identitaria de semejantes, de organizarse los semejantes, y hacer actividades culturales. Sobre todo, reforzar su identidad.

BRITO, entrevista, 2014.

Este capítulo tiene como finalidad reconstruir la narrativa que guió al surgimiento del movimiento lésbico, *gay*, bisexual, y transexual, transgénero y travesti en la Ciudad de México, así como los procesos sociopolíticos que han llevado a estabilizar y regularizar la interacción social entre grupos y activistas del movimiento: su institucionalización en el campo del movimiento. Tales elementos, como se mostrará en este capítulo, parten de la producción y reproducción de identidades grupales y posteriormente colectivas que se alinean inicialmente a la categoría de diversidad sexual para después reconfigurarse en una identidad LGBT. La construcción de un

marco de movimiento social basado en la lógica institucional de los derechos humanos y la ciudadanía permite interpelar elementos normativos de otras lógicas institucionales. Este proceso de construcción de campo y conformación de un movimiento inclusivo de las sexualidades e identidades genéricas no podría ser entendido sin los esfuerzos por reforzar las identidades mediante diferentes arquetipos de acción desarrollados durante la década de los noventa y que en la actualidad son parte de la misma reproducción de la identidad colectiva, mecanismos considerados útiles para interpelar a la sociedad y al poder político.

HACIA LA DEFINICIÓN DE IDENTIDADES EN LAS ASOCIACIONES LÉSBICAS Y GAYS

Ante la crisis del Movimiento Homosexual a mediados de los años ochenta y la llegada de la pandemia del virus de inmunodeficiencia humana: VIH (temas que se trataron en el capítulo anterior), resulta indispensable señalar dos rutas identitarias que las organizaciones y activistas del movimiento de liberación homosexual trazaron como efecto y continuidad ante la crisis: una lesbica y otra *gay*.

Los caminos que tomaron tales identidades se conformaron en movimientos por derecho propio, con agendas diferenciadas y formas de organizarse y asociarse de manera separada. Algunos años más tarde, sendas versiones de las identidades lograrían reencontrarse.

Después del declive del Movimiento Homosexual,¹ las agrupaciones *gay* se volcaron a las causas de atención, tratamiento y apoyo a los enfermos de VIH, así como a difundir información sexual y medidas de prevención. Dichas acciones aportaron experiencia en el tema e hicieron surgir nuevas disputas entre asociaciones, principalmente por recursos y legitimidad. Sin embargo, ello ya sucedía en un escenario distinto del movimiento de liberación; es decir, en el campo del movimiento de atención a los enfermos de VIH.

Agrupaciones como Cálamo, la cual comenzaba a generar una opción a la agenda homosexual en la segunda mitad de la década de los ochenta, dedicaron todos sus esfuerzos a la atención de la enfermedad, con lo cual difuminaban por completo la intencionalidad primaria enfocada a la liberación sexual.

Es importante señalar la tarea que cumplieron tres agrupaciones a partir de la construcción de una identidad *gay*, las cuales aseguraron la latencia del Movimiento Homosexual: Grupo Guerrilla *Gay*, Círculo Cultural *Gay*, y Colectivo Sol. Destacan dos tipos de acciones de estos grupos: las referentes al apoyo a las agrupaciones para el tratamiento del VIH y la difusión en el terreno de la conformación de una identidad *gay*.

Los miembros de las agrupaciones promotoras de identidad estaban conscientes de las deficiencias de las que adolecía el movimiento, y frente a las condiciones prevalecientes —que ofrecían un panorama en verdad adverso—, la estrategia consistió en volcarse hacia el interior. Es decir, redefinir, promo-

¹ Véase el capítulo previo, donde se explica ese declive.

ver, defender y fortalecer una identidad *gay* permanentemente ante sí mismos; es decir, una identidad homodirigida.²

Más tarde, una identidad enfocada a la población o sector *gay* ajeno a las agrupaciones, pero identificada y reconocida como población objetivo: aquella a la que había que referir en términos de la actuación de las asociaciones. Uno de los informantes clave apunta esta intencionalidad de las agrupaciones en la emergencia del Movimiento LGBT en los años noventa:

[...] la visión principal era aglutinar a las poblaciones por identidad. Por ello nace, por ejemplo: Grupo Palomilla *Gay*, Unigay, porque la intención era darle un espacio a jóvenes que buscaban tener su propio discurso, tener lazos de unión, lazos de fraternización. Y lo que vamos a ver en los noventa con los grupos, es más la visibilización, van a retomar la visibilización que se pierde en los ochentas por el VIH-sida (Hernández, entrevista, 2014).

Simultáneamente, las agrupaciones lésbicas realizaron un trabajo aparte y se enfocaron tanto en reforzar su propia identidad como en establecer su autonomía política del Movimiento Homosexual y feminista. El hecho de que este sector no fuera blanco de los ataques de los grupos conservadores que definieron en sus discursos a los *gays* como generadores, portadores y transmisores de la enfermedad VIH, les permitió un escenario diferente de actuación.

² En el apartado teórico conceptual se ha tratado este término, el cual remite a una identificación generada por el propio grupo; en contraste con una identidad heterodirigida, que es una identificación elaborada por agentes externos al grupo en cuestión.

En el caso de la Ciudad de México, las tensiones entre agrupaciones lésbicas y *gays* de años previos —así como el predominio de lo homosexual masculinizado³ en el Movimiento Homosexual— condujo a que en la respuesta a la pandemia, las asociaciones lésbicas evitaran su involucramiento y colaboración con los activistas *gay*.⁴

Entre las décadas de los ochenta y noventa del siglo pasado, se produjeron dos proyectos lésbicos diferenciados entre sí: las agrupaciones que eran críticas de la predominancia de lo homosexual y mantenían la lucha por concretar una revolución sexual,⁵ así como los grupos proclives a defender una identidad feminista y cercana a un discurso *gay* internacional.

Después de la segunda mitad de la década de los ochenta, una buena parte de las agrupaciones lésbicas conservaron un discurso basado en el cambio social vinculado con la revolución sexual y el marxismo. Lograron tender lazos y establecer conexiones entre agrupaciones a nivel nacional.

Para 1988, las lesbianas organizaron en la Ciudad de México la primera Conferencia Nacional Lésbica, donde se

³ En el campo del Movimiento Homosexual, un factor clave consistió en la posición que decidieron adoptar los homosexuales varones en el movimiento, lo cual generó un conjunto de posiciones adyacentes de otras identidades, de otras posturas políticas articuladas con la sexualidad.

⁴ En total contraste con lo que ocurría en otras latitudes de América Latina, como en Brasil, donde la colaboración entre los sectores mencionados permitió brindar una respuesta pronta y enérgica ante las dificultades que planteaba la enfermedad. En el país sudamericano, la alianza de dichos sectores permitió una eficaz circulación de información, presiones a las agencias gubernamentales y atracción rápida de recursos del exterior; a la postre, ello condujo a una importante definición para el Movimiento LGBT brasileño (De la Dehesa, 2010).

⁵ Estas organizaciones eran críticas sobre la manera como se iba conformando a nivel internacional la categoría *gay*. Según las activistas, preocupaba la articulación de tal identidad con el mercado.

encontraron más de una docena de agrupaciones provenientes de distintas partes del país (Mogrovejo, 2000).

Por otra parte, las reminiscencias de los años de la crisis del movimiento de liberación homosexual influyeron en la conformación de agrupaciones lésbicas que habían desistido del contenido altamente ideológico y promovían la sociabilidad entre mujeres. Dichas asociaciones coincidieron con el movimiento lésbico-*gay* a nivel internacional y con el movimiento de mujeres.

Entre otros frutos de su labor, tales asociaciones desarrollaron planteamientos más estratégicos para promover una identidad separada de la ideología de izquierda. El modelo apropiado por esas asociaciones lésbicas consistía en una lógica desarrollada a todo lo largo de América Latina en torno a la emergencia de la sociedad civil, promovida a partir de financiamientos de ciertos organismos internacionales para la participación en políticas de desarrollo.

Una activista de las organizaciones lésbicas más críticas al respecto, planteaba lo siguiente:

Los financiamientos empezaron a llegar con el movimiento feminista [...] que se convirtió en generista. Empezaron a llegar al movimiento generista por medio de la cooperación internacional. Empezaron a caer los financiamientos. Y nosotras estábamos en contra de eso. Porque nosotros éramos grupos autónomos. Entonces aquí ya empiezas a diferenciar a las ONGs de los grupos autónomos (Castro, entrevista, 2014).

Las agrupaciones objeto de la crítica de Castro constituían asociaciones que buscaban cauces institucionales —de la política formal—; de tal modo, retomaban un discurso de movi-

miento internacional LGBT que iba aparejándose con el tema de los derechos humanos.

Al pasar del tiempo, las agrupaciones lésbicas de carácter “generista” —como las denomina Castro—, comenzaron a tener mayores coincidencias y acercamiento en relación con las actuaciones y discursos del agregado *gay*; además, empezaron a distanciarse de un sector de agrupaciones lésbicas que conservaron un marco vinculado tanto con la liberación sexual como con un proyecto de sociedad amplio de enfoque marxista.

Esas organizaciones lésbicas fueron las principales promotoras de la agenda *gay* de los discursos internacionales. Las agrupaciones buscaban la sociabilidad entre pares, el apoyo entre mujeres, la generación de nuevos proyectos de información y difusión, relacionados con la formación de una identidad basada en la orientación sexual. Uno de los experimentos organizativos que se narran en las entrevistas ilustra dicho objetivo:

Este proyecto del clóset de Sor Juana, originalmente era un proyecto editorial. Nos habíamos reunido y queríamos hacer una revista, pero no vimos la posibilidad de publicarla por falta de recursos; pero en el 92 nos dimos cuenta de que estaba haciendo falta una organización que le diera cumplimiento a las aspiraciones, anhelos o necesidades de las diferentes mujeres de las comunidades de la diversidad sexual, porque hacía rato que las organizaciones no tenían una continuidad y se estaba perdiendo mucho: lo que nosotros llamamos “potencial” de las mujeres en cuanto a darse algún tipo de organización (El Clóset de Sor Juana, entrevista, 2005).

Tales asociaciones lésbicas que estaban teniendo un conjunto de definiciones diferenciadas en sus planteamientos, demandas y formas de definir los problemas a los que habría que hacer frente, a inicios de los años noventa se encontraron —al igual que en el caso de las asociaciones *gays*— con una nueva ola de jóvenes que se incorporaron a los movimientos, y quienes influirían en el replanteamiento de la articulación de las diferentes identidades.

EL SURGIMIENTO DE LAS ASOCIACIONES DEL MOVIMIENTO LGBT EL REFRESCO GENERACIONAL

Un conjunto de factores que fueron transformando el sistema de cosas —en contraste con los años que precedieron al surgimiento del Movimiento Homosexual y su punto crítico—, consistió en reducir la radicalización de las posturas, la poca o escasa demanda de un perfil estructurado de militantes, al igual que un diluido discurso de izquierda.

Los nuevos activistas o interesados en participar en las asociaciones, provenían en buena medida del movimiento estudiantil universitario de finales de la década de los años ochenta. Llegaron con discursos vinculados con la democracia, así como con experiencias de participación en los procesos electorales de la época que pusieron en cuestionamiento al régimen político priista.

La participación de los jóvenes en grupos *gay* y lésbicos ocurrió al mismo tiempo que los embates difamatorios provenientes de los grupos conservadores contra ellos, disminuían de manera notable. Un cambio de tono en el discurso de los

médicos y del gobierno ocurrió a partir de que se obtuviera mayor conocimiento sobre la transmisión, causas y consecuencias del VIH. Ello redujo de manera parcial los argumentos que incriminaban falsamente a los “portadores de la enfermedad” (véase Szasz y Salas, 2008); asimismo, representó una oportunidad para que una ola de jóvenes pudiera “salir del clóset”.

Entrada la década de los noventa, se reconoce un contraste generacional dentro del Movimiento Homosexual que fue acompañado por la necesidad que experimentó un grupo importante de jóvenes animados por redefinir su identidad sexual. Vieron la necesidad y la oportunidad de pugnar por un discurso y el replanteamiento del problema. Paulina Martínez —quien participó en diferentes proyectos y decidió fundar su propia organización— narra su experiencia en el momento de su inserción en el movimiento lésbico:

[...] en general como que mi idea era que las compañeras eran muy formales, muy serias, y que no se les podía hacer ni un chiste ni de broma. O sea, todo tiene que ser muy estructurado; que leyeron a no sé cuánta y [...] no sé, como que siempre hay un marco teórico así y de luchas de años. Aparte a mí me cuestionaron mucho la parte feminista, y yo dije: “Pero yo no soy feminista”, porque no venía conmigo el asunto del feminismo; y conforme las fui tratando, pues menos. Entonces, fue un choque muy fuerte (Martínez, entrevista, 2014).

Martínez señala dos puntos de interés que se encontraban en juego, acerca de la manera de entender el movimiento: uno lúdico, en contraste con otro teórico. Además, plantea un cuestionamiento a la construcción de legitimidad de las activistas,

basado en su trayectoria y su conocimiento teórico. Tales elementos característicos del Movimiento Homosexual contrastaban con los activistas de reciente ingreso que empezaban a articular lógicas nuevas.

El surgimiento de nuevos activistas en la integración de los movimientos lésbico y *gay*, brindaba la oportunidad de inserción de nuevas posibilidades de configuración de sus participantes y del movimiento mismo. Es decir, ante una institucionalización entredicha como la del Movimiento Homosexual (véase el capítulo 3), las opciones que se abrían resultaban diversas.

En este periodo posterior a la crisis del Movimiento Homosexual, destaca el trabajo desplegado por agrupaciones *gay* como Grupo Guerrilla *Gay*, el cual promovía el reforzamiento de la identidad entre un sector de activistas jóvenes quienes se encontraban en busca de espacios para trabajar su proceso de auto-aceptación y socialización.

Guerrilla [Grupo Guerrilla *Gay*] tenían un lema [...]: “Somos pocas pero muy mamonas”. Si quieren, les ayudamos a formar su grupo; pero para entrar a Guerrilla, es por invitación. No en balde, ¿eh? Guerrilla tiene que ver con los inicios del grupo EON “Inteligencia Transgénica”. Tiene que ver con inicios del grupo Palomilla *Gay*. Con el grupo eh..., con el grupo Generación *Gay*; con el grupo eh..., eh... Musas de Metal; con el Club Leather de México. Entre otros grupos que reconocen y no reconocen la influencia de Guerrilla *Gay* en sus, este..., en su nacimiento, sus orígenes (Hernández, entrevista, 2014).

La contribución de Guerrilla *Gay* en la conformación de asociaciones sucede a partir de los diferentes activistas que van

formándose en sus sesiones de los “Martes de *El Taller*” (espacio de reunión que se desarrollaba cada martes en el bar *El Taller*, y ofrecía diferentes servicios a la población *gay*), así como en las actividades que desarrollan miembros como Tito Vasconcelos, con su programa de radio “Medianoche en Babilonia”.

La labor más notable que esas agrupaciones realizaron —y que tuvieron a *Guerrilla Gay* como su antecedente más inmediato— se concentró en las generaciones nuevas. Tales agrupaciones abrevaron de una renovación discursiva, actividades diferenciadas, y formas de organización basada en las identidades, en comparación con las organizaciones del Movimiento Homosexual.

Guerrilla también se centró en una población renovada, emergente, de jóvenes que comenzaban a sobrepasar los efectos de la pandemia, dado el descubrimiento de los retrovirales. Es decir, en virtud de que la política pública de atención a los enfermos de VIH se extendió en colaboración con las organizaciones dedicadas a tal propósito, así como con jóvenes que socialmente se encontraban frente a una relativa apertura en los temas de la sexualidad: una consecuencia del acceso a la información que desató la pandemia misma.

A la distancia, un participante en el Movimiento Homosexual y activista del movimiento de atención a enfermos de VIH, reflexiona sobre las asociaciones que surgieron en la segunda mitad de los años noventa:

[...] empieza a haber surgimiento de retrovirales, y todo esto implica que obviamente desaparezcan las organizaciones de VIH; aunque actualmente todavía es un problema. Sin embargo, empiezan a surgir otras organizaciones que exigen más temas

vinculados con la identidad; o empieza a haber como grupos más de identidad, de autoaceptación, de reconocimiento (Brito, entrevista, 2014).

Dichas agrupaciones establecieron una diferencia claramente discursiva de base generacional, en comparación con las agrupaciones del Movimiento Homosexual, así como con sus activistas denominados “históricos”. Era evidente la necesidad prevaleciente de espacios de encuentro, no sólo de antros y bares —que en ese tiempo ya comenzaban a expandirse en lugares como la Zona Rosa o en ciertos bares de la zona conurbada de la ciudad—, sino también (en un carácter de autoaceptación) de grupos de convivencia, de actividades de carácter público.

De acuerdo con las narrativas de los entrevistados, las nuevas asociaciones que se conformarían a mediados de los años noventa, se reconocen por la atracción de una gran cantidad de asistentes o participantes en sus reuniones. Por ejemplo, Palomilla *Gay* llega a congregar a cerca de 300 personas provenientes de los Martes de *El Taller*; la agrupación Musas de Metal consigue reunir en sus convocatorias en la radio hasta a 120 mujeres; Unigay tiene una asistencia de cerca de 200 personas en sus reuniones, las cuales se realizaban en el Parque Hundido.

CONTINUIDAD DE LOS REPERTORIOS
DE ACCIÓN Y RESIGNIFICACIÓN
HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE SENTIDO
EN EL MOVIMIENTO LGBT

Tanto la creación de nuevas organizaciones como su rápida visibilización no pueden ser comprendidas sin las actividades que promovieron y reforzaron la identidad dentro de las asociaciones del movimiento y entre sí, al igual que hacia el exterior. Por ello resulta necesario valorar y establecer la influencia de diferentes estrategias que impulsaron la participación, la conformación de las agrupaciones, así como la difusión de un movimiento social.

Es necesario revisar al menos cuatro actividades que resultan importantes en ese sentido: la Semana Cultural *Gay*, los Martes de *El Taller*, las publicaciones desarrolladas por las asociaciones del movimiento, al igual que la Marcha del Orgullo.

La Semana Cultural Gay
un espacio de encuentros

La disputa por la titularidad de la Semana Cultural entre los activistas del Movimiento LGBT, da cuenta en la actualidad de un repertorio de acción de amplios significados para el movimiento.

Los miembros del extinto Sexpol (una de las organizaciones ocultas, antecedente del Movimiento Homosexual) han señalado que desde 1977 ya se realizaban eventos culturales dirigidos a las personas cercanas a la agrupación y al público en general.

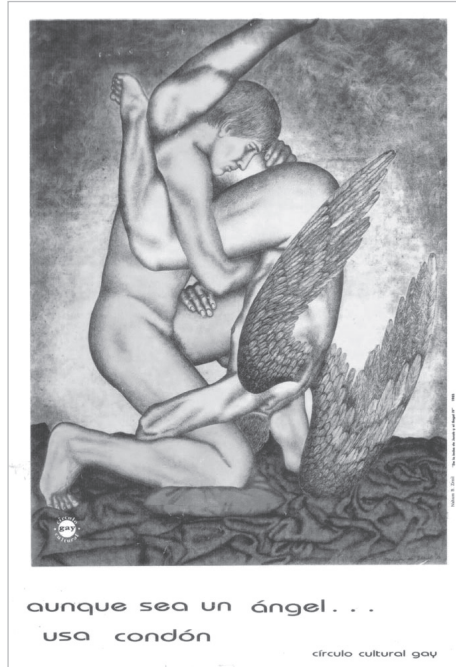
Los activistas pertenecientes a las agrupaciones homosexuales públicas como Lambda y el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, las cuales realizaron con cierta frecuencia varios eventos lúdico-culturales para informar y atraer a potenciales adherentes, también se han atribuido el antecedente de los eventos culturales del movimiento. Lo cierto es que la difusión cultural *gay* se encuentra en el corazón del Movimiento LGBT de la Ciudad de México como estandarte.

La estrategia de promoción de eventos culturales fue, es y ha sido una de las herramientas más utilizadas por las agrupaciones *gay*, lésbicas y transgénero. Hoy, la Semana Cultural constituye el evento más representativo. El hecho de que se dispute a qué actor deba adjudicarse el surgimiento o antecedente de este evento, remite a la importancia y trascendencia del mismo en la trayectoria de la historia del Movimiento LGBT, y en su identidad misma.

La Semana Cultural *Gay* fue organizada de manera regular por José Covarrubias, uno de los activistas fundadores del Movimiento Homosexual. *La Pepa* (como se conocía a Covarrubias) se había desempeñado profesionalmente en el ámbito de la cultura. Fue fundador del *Círculo Cultural Gay* en 1985, justo en el momento cuando la crisis del Movimiento Homosexual se presentaba y la aparición del VIH comenzaba a resignificar el movimiento.

Desde el *Círculo Cultural Gay* se promovieron diversos eventos culturales para apoyar a los enfermos y víctimas de la pandemia mediante acercamientos con las asociaciones de VIH. También y de manera similar a *Guerrilla Gay* y el *Colectivo Sol*, esta asociación no dejó de promover una identidad *gay*. La Semana Cultural sería uno de los pocos eventos públicos con mayor visibilidad que hacía referencia desde la cultura al fenómeno social *gay*.

Imagen 1



Cartel del Círculo Cultural Gay, 1985, VIH y homosexualidad.

Fuente: Sida Studi.

Durante la década de los noventa, las actividades llevadas a cabo en la Semana Cultural no sólo se circunscribieron a las de tipo artístico (exposiciones, teatro y cine), sino que también se realizaron conferencias y encuentros entre activistas de las agrupaciones emergentes.

Con el paso del tiempo, en la segunda mitad de los años noventa la Semana anticipaba la preparación y organización de la Marcha del Orgullo. En ese espacio se acordaban previamente las demandas y logística que conformarían la marcha.

Al respecto, Jorge Yáñez, del grupo Opción Bi, señala la manera como se desarrollaban las Semanas Culturales, en términos de la interacción entre agrupaciones y activistas:

Había debates más fuertes porque existían previo a la Marcha, o previo a procesos electorales, la Semana Cultural del Chopo, del Museo del Chopo; del que dirigía precisamente Covarrubias, José María Covarrubias, y allí se daban los debates más fuertes que después se discutían en los procesos electorales: si se iba a respaldar a alguien, cuál iba ser la demanda. [...] Allí se dirimían todos los liderazgos, allí sacaban sus quejas, sus reclamos; se increpaban; pero allí se llegaba a consenso... allí en donde está la sala del Chopo (Yáñez, entrevista, 2014).

Además de permitir un diálogo y encuentro entre activistas, el recinto de la Semana Cultural también funcionó como espacio para la configuración de un discurso colectivo, la definición de un marco para los activistas del cual no dispondrían de manera colectiva sino hasta entrada la segunda mitad de la década de los años noventa.

A lo anterior se suma la Marcha del Orgullo, importante acontecimiento que también fue configurando una identidad colectiva que se iría esbozando en la diversidad sexual. De este modo lo narra Patria Jiménez, de El Clóset de Sor Juana:

Y otra cosa que fue importante fue la culturización, las Semanas de la Diversidad, las Semanas Culturales. También fueron muy importantes en el momento que constituyó los graneros de donde salió la mayor cantidad de personas preparadas para hacer frente a todo y avanzar, porque eran lugares en donde no solamente nos reuníamos para ver arte [...] sino donde discutíamos

social, política y culturalmente, un número importante de personas. Y duraba toda la semana, y [...] otros quince días. Entonces teníamos ese tiempo de intercambiar y teníamos ese público demandante y que preguntaba y que demanda: “¿Qué vamos a hacer?”. “Y ¿cómo le vamos a hacer?” [...] nos dimos chance y construimos todo un andamiaje que después nos permitió —aunque no sea visible—, nos permitió, pues, tener esta extensión de movimiento que tenemos (Jiménez, entrevista, 2014).

En la segunda mitad de la década de los noventa, las agrupaciones emergentes comenzaron a reproducir la estrategia de los eventos culturales similares a la Semana Cultural. Ello permitió que en diferentes épocas del año hubiera eventos en diferentes partes de la ciudad.

En la actualidad, además de que la Semana Cultural sigue organizándose en El Chopo, resulta común que los colectivos de diferentes universidades organicen eventos cuya denominación de origen sea las Semanas Culturales (de la diversidad sexual o LGBT) con estructura y propósitos similares a los del evento sostenido por Covarrubias durante más de una década.

Además de ser un espacio ampliamente concurrido por activistas *gay* y lesbianas, la Semana Cultural generó identidad y encuentro entre activistas. Fue un espacio reproductor de estrategias de acción, un conjunto de repertorios de acción que con el paso del tiempo se fueron regularizando, tanto al interior como al exterior del movimiento.

A decir de uno de los activistas entrevistados, la Semana Cultural

[...] es el crisol de muchas organizaciones que, hoy por hoy, hacemos actividades culturales. ¿Dónde lo vimos, dónde lo apren-

dimos, dónde nos nació la idea de hacer un espacio de reflexión? En el espacio de la Semana Cultural Lésbico-*Gay* (Hernández, entrevista, 2014).

La importancia que cobró la Semana Cultural para la conformación y estabilización del Movimiento LGBT puede reseñarse en los siguientes puntos:

1. En sus inicios se convirtió en un evento que permitió el encuentro de un sector de la población *gay*, el cual fue respaldado por diferentes aliados del movimiento y las agrupaciones.
2. Desde mediados de los años ochenta, fue el primer evento *gay* cuya realización anual tuvo recepción en una institución pública: el Museo Universitario del Chopo de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), después de establecer una búsqueda en diferentes espacios, como el Club de Periodistas y algunas librerías que en varias ocasiones cedieron sus instalaciones para su realización.
3. La legitimidad que fue adquiriendo la Semana Cultural, implicó el reclamo de las agrupaciones lésbicas para turnar el sentido de excesivamente “falocéntrico” en las obras artísticas, y la exclusión de las mujeres, lo que a la postre permitiría su cambio de nombre a la Semana Cultural Lésbica-*Gay*, y la inclusión de mujeres en la realización del evento.
4. A finales de la década de los noventa, la Semana logró constituirse en un espacio de encuentro entre lesbianas, *gays* y trans de diferentes agrupaciones, para definir la

- organización y discusión de las diferentes actividades que se realizaban.
5. La Semana logró constituirse en un espacio para la formación discursiva y la preparación de activistas.
 6. Conforme logró aceptación, acuerdo, y formó parte de la identidad del movimiento social, las demás agrupaciones decidieron apropiarla como un recurso y estrategia para atraer adherentes.

La Semana Cultural dejó una importante huella en el movimiento al vincular las identidades con la cultura y el arte. Al promover las identidades sexuales, se fortaleció el carácter político del movimiento y de sus participantes. En la actualidad, la Semana Cultural constituye un arquetipo de acción del movimiento.

Se trata de una actividad que los universitarios reproducen en las instalaciones de sus escuelas; en muchos de los casos, con invitados y asistentes externos. Es auspiciada por las autoridades universitarias mismas, que motivan y promueven las identidades entre jóvenes que abren espacios cada vez más amplios para la autoexpresión.

Más adelante abordaremos con mayor detalle cómo se reproducen en el presente las semanas culturales.

Los Martes de El Taller

Ha sido considerado entre los activistas como uno de los espacios que forman parte ya de la identidad del activismo, al igual que un antecedente del surgimiento del Movimiento LGBT, aunque de manera particular del activismo *gay*. En 1987, el Grupo Guerrilla *Gay* logró acordar con el propietario del bar

El Taller, Luis González de Alba (activista del movimiento estudiantil de 1968), organizar cada martes eventos que igualmente eran musicales, teatrales, de reflexión, discusión, teorización, y “adoctrinamiento”.

La intención de realizar tales actividades en un bar se enmarcaba en las acciones de información que otros activistas en paralelo habían desarrollado en los bares *gay* para llevar información sobre VIH (Medina, 2010). La diferencia consistía en llevar información directamente a la población *gay* que no estaba del todo interesada en buscarla, o no podía hallarla en otros espacios.

Aunque el impulso inicial de sus promotores era desarrollar actividades sólo durante un corto lapso de tiempo, ellas se prolongaron durante diez años. Xabier Lizarraga, uno de sus fundadores, describe la experiencia vivida en los Martes:

A los Martes, al bar *El Taller* iban cinco personas. Eso te lo puede contar Luis González de Alba. A los dos meses ya teníamos como 15. No pasó mucho tiempo en que no cabía ni un alfiler. ¡Nos cimbramos! Hasta la economía de la gente la cimbramos. Surgió gente que quería poner una obra de teatro, decir su poema. ¡Cuántos no salieron del clóset con sus padres por oír a *Guerrilla Gay*! Y conseguimos lo que nos habíamos propuesto. Primero, para empezar, iba a ser una actividad de un mes... y fueron diez años. Nuestro pensamiento era: “El joto de bar no va a las conferencias, no va a los congresos. Entonces la conferencia va al joto” (Lizarraga, entrevista, 2000).

El acercamiento que lograron Los Martes de *El Taller* a cierto conjunto de poblaciones animó a que este modelo lúdico-político-cultural se duplicara para ofrecer información sobre

VIIH en los lugares de divertimento y reunión. Al respecto, en otra oportunidad que se tuvo de entrevistar a Lizarraga, narró lo siguiente:

[...] lo que quisieron los de Cálamo es hacer algo semejante a los Martes de *Taller*, pero con un propósito muy definido: que era la lucha contra el Sida, conseguir recursos para hacer tratamientos, para dar consultorías, etcétera, y entonces primero lo hicieron en *Le Barón*, en el bar *Le Barón*, que no funcionó; y luego se pasaron a *El 9*. Sin embargo, en las dos ocasiones, los otros de Cálamo y los bares querían que fuera los martes; y Alejandro se opuso. Dijo: “No vamos hacerle la competencia a *Guerrilla Gay*, ni al *Taller*, ¿no? Entonces se hicieron en lunes (Lizarraga, entrevista, 2014).

El éxito del evento en *continuum* se reflejó en los activistas, quienes se interesarían en crear nuevas agrupaciones, conformadas sobre todo por jóvenes. Los Martes de *El Taller* se convertirían en un semillero de activistas *gays* —así como de otras identidades sexuales y de género— de los años noventa.

Al igual que la Semana Cultural, el Martes sería puesto en tela de juicio por las lesbianas, debido a que el evento estaba cerrado a la asistencia de mujeres, y aunque las resistencias no permitieron sumar a las lesbianas, el Martes implicó un espacio de reforzamiento de la identidad y formación de activistas *gays* de las nuevas generaciones.

Después de diez años de actividades continuas (1987-1997) en manos de *Guerrilla*, el Martes de *El Taller* pasó a ser organizado por el relevo generacional en diferentes momentos y en distintos espacios.

En la actualidad, continúa su organización por agrupaciones como Ikatiani, y Archivos y Memorias. Se trata de un espacio de discusión, crítica, reforzamiento de identidad y socialización *gay*. En los últimos años, los Martes del *Taller* han tenido lugar en la librería *Voces en Tinta*, espacio especializado en temas de la diversidad sexual.

Medianoche en Babilonia

Otro evento de gran importancia desarrollado durante las décadas de los ochenta y noventa fue el programa radiofónico transmitido en Radio UNAM: *Medianoche en Babilonia*, que duró siete años al aire (1987-1994). Reconocido como el primer espacio radiofónico público para la población LGBT en América Latina, el programa tenía todo el discurso de *Guerrilla Gay*. Su titular: Tito Vasconcelos, fue uno de los miembros selectos de la agrupación.

Ese primer espacio ganado en los medios de comunicación masiva abriría las puertas a la participación de un grupo de mujeres jóvenes para hablar de temas lésbicos. Primero con una cápsula; posteriormente como parte del programa. El espacio lésbico fue titulado “De Mujer a Mujer: Pregúntale a Pantaleona Levis”.

Desde dicho programa radiofónico, las mujeres convocaron a formar la agrupación *Musas de Metal*, la cual en el presente se mantiene desarrollando actividades. De tal modo, desde el espacio radiofónico también se convocaba a las reuniones, que se caracterizaron por convocar una amplia asistencia.

Difusión impresa

La difusión de información con contenido socio-político entre *gays* y lesbianas era nula en la víspera de la década de los noventa. Fue una de las actividades que las agrupaciones desarrollaron, dado el desconocimiento de la temática sexual específica para *gays* y lesbianas. Asimismo, se abordaban temas relacionados con la generación de una comunidad mediante la difusión de espacios de cultura y bares, y por medio de las agrupaciones se defendían los derechos de las personas *gay*.

Las propuestas editoriales creadas por las agrupaciones del movimiento en formación compitieron con las revistas de corte comercial. Según Braulio Peralta, fundador del Movimiento Homosexual y literato, algunas sólo “vulgarizaban” el tema a partir de imágenes sexuales de mala calidad, pues incluían escasa información sobre la autoaceptación o estrategias de socialización; o bien definían la idea de una comunidad *gay* en términos meramente comerciales (Peralta, 2006).

De acuerdo con lo anterior, dos proyectos editoriales fueron impulsados desde la agrupación Colectivo Sol: *Del Otro Lado*, y *41 Soñar Fantasmas*. Estos proyectos editoriales contaban con información de los grupos y sus actividades, fotografías de tipo erótico, cartelera de bares *gay*, artículos sobre VIH-sida y otros eventos relacionados con la cultura *gay* (Sánchez, s/f).

Por una parte, las agrupaciones lésbicas realizaron diferentes experimentos para promover sus espacios editoriales respectivos; por ejemplo, a la asociación El Clóset de Sor Juana le precede un proyecto editorial. Por otra, la agrupación Lesbos crearía la revista con nombre homónimo: *Lesvoz*, de corte político cultural, con apoyo y financiamiento gubernamental.

Otro proyecto editorial de mediados de la década de los noventa fue *La Gaceta Gay*, la cual amalgamó a un conjunto de activistas que se incorporaron al Grupo Generación *Gay*. *La Gaceta* lograría constituirse en un espacio de discusión donde los autores de sus artículos declaraban abiertamente su preferencia sexual y lograban generar un aprendizaje a partir del hecho de compartir experiencias y temáticas que se discutían desde el proyecto editorial. Posteriormente, los colaboradores en la revista formarían otro conjunto de asociaciones al experimentar con diferentes formas organizativas y se articularon con diferentes proyectos a partir de las redes que lograron construir.

En tal línea de difusión impresa se encuentra un importante proyecto editorial que articuló temas de VIH-sida y sexualidad diversa: *Letra S*. Inicialmente, apareció como suplemento en un periódico de circulación nacional: primero en el diario *Excelsior* y después en *La Jornada*.

Dicho proyecto sería el antecedente de la hoy vigente revista electrónica *NotieSe*. Alejandro Brito, activista del Movimiento Homosexual, ha sido el director de ese conjunto de medios de comunicación. Aunque la propuesta surgió con la intención de ofrecer información en temas de VIH-sida y sexualidad, rápidamente integró la temática LGBT a inicios del siglo XXI.

La Marcha del Orgullo LGBT

Las marchas anuales fueron el evento que logró conjuntar a las organizaciones del Movimiento Homosexual en los años ochenta, con la asistencia de las agrupaciones de izquierda y las consignas de la época mencionadas en el capítulo anterior.

Aunque su convocatoria y realización anual no ha sido interrumpida, durante los años de aparición de la pandemia VIH la asistencia se vio drásticamente mermada debido a la crisis del movimiento y la agresiva campaña en su contra montada por el sector conservador.

Así lo narra el activista Hernández:

[...] con el VIH-sida, la Marcha cae en picada, porque, eh... porque ante el embate del VIH, no quieren, no quiere la gente, eh [...] que se le ponga el San Benito de..., de ser “sidoso”. ¡Tal cual la palabra! (Hernández, entrevista, 2014).

La Marcha recuperaría su fuerza después de la segunda mitad de los años noventa, debido al fuerte impulso que recibió por parte del movimiento mismo y el reforzamiento de la identidad, así como una fuerte y rápida incorporación de agrupaciones universitarias que a su denominación agregaban “de la diversidad sexual”.

El conjunto de asistentes estuvo vinculado con la amplitud que fueron ganando otros espacios de socialización del ámbito comercial como bares, antros, revistas, y espacios culturales. En los años noventa comenzó a reconocerse la participación de un amplio conjunto de personas que encontraron en la marcha un espacio para poder manifestar su identidad: el único día del año en el que les fue posible “salir del clóset” o mostrar públicamente su orientación sexual e identidad.

La Marcha comenzó a adquirir visos de una combinación entre festividad de estilo carnavalesco con cierto contenido político que iba amalgamándose con la exigencia de derechos civiles.

A finales de los años noventa, la Marcha sería el espacio idóneo para interpelar la inclusión de las identidades sexo-genéricas excluidas, las cuales en teoría se consideraban parte del movimiento, aunque no fuera así en la práctica. Al respecto, Natalia Anaya, activista bisexual y transexual, relata la manera como negociaron su inclusión en la organización de la Marcha en 1998:

[...] éramos cinco o seis personas bisexuales de nuestro grupo: hombres y mujeres. Y entonces estaba ya Yan María; estaban otros jóvenes: gente muy joven, nuevas generaciones. Y entonces dijeron: “Vamos a hacer la Marcha lésbico *gay* y nos vamos a organizar las comisiones y recursos” y todo lo decían. Levantamos la mano: “Oye, queremos decirte algo y les queremos decir a todos: somos un grupo de personas bisexuales y queremos que se incluya la B. No somos lesbianas-*gays* sino bisexuales”. “Pero ésos no existen”. Y entonces dijimos: “Qué poca madre. Te estamos diciendo que nosotros estamos aquí. ¿Qué no nos ves? Estamos aquí parados y paradas: somos bisexuales y sí existimos”. “Tiene razón”. En esa mentalidad joven, dijeron: “Va. Vamos a incluirlos”. Y al fondo había un grupo de [...] yo vi que eran más bien hombres travestis, más que mujeres transexuales. No había hombres trans: eran hombres travestis, que es diferente. Y también se voltean y alguien dice: “Oigan, pero también nuestras compañeras travestis deberían de incluirse, y dicen: “¿Ustedes qué opinan?” “Pues sí, ¿no?” “Entonces vamos a ponerle como ya en otros países se pone: LGBT”. Y fue la primera vez que salimos como LGBT (Anaya, entrevista, 2014).

La realización de la Marcha desde finales de la década de los noventa, recupera una importancia notable en cuanto a

temas y presencia política. La Marcha atrae a una cantidad considerable de asistentes y logra ser reconocida por el gobierno local.

De acuerdo con Alejandro Brito, lo anterior se reconoce

[...] porque es la primera vez que la marcha llega al Zócalo, ya con una presencia masiva. Antes del 1999 habían sido marchas muy poco numerosas y siempre llegaban al Hemiciclo a Juárez. Esta vez, en 1999, llega hasta el Zócalo ya masiva. Ahí es cuando te das cuenta de que hay un nuevo *boom* ya visible, de reivindicaciones. Ya de otra índole (Brito, entrevista, 2014).

En los últimos años, la Marcha ha implicado un espacio de organización, discusión, encuentro y disputa entre los participantes del movimiento, con actores externos: partidos políticos, empresarios y autoridades del gobierno local. Desde 1999, la Marcha ha requerido de diferentes estrategias de organización; para ello, ha experimentado con diferentes formas de coordinación: desde la centralización en una asociación con las tareas específicas de promoción y organización, hasta la descentralización y la búsqueda de transparencia.

Una integrante del Grupo de Madres Lesbianas describe cómo ha evolucionado el proceso de organización (como ha sido instrumentado en los últimos años):

[...] se empieza a invitar para reuniones. Se suma quien quiera. Se traen propuestas; se discuten por qué sí, por qué no. Desde el tema que se va a exigir en esta Marcha, el lema que se va a buscar; este..., de dónde a dónde sale. Se empiezan a hacer las comisiones. Quién va a conseguir los permisos, quién va a buscar los apoyos económicos, quién va a ser de vigilancia; o

sea, se empieza a hacer. Finalmente, socializamos una necesidad que traemos en ese momento. Así lo vamos haciendo en todo (Ortiz, entrevista, 2014).

La Marcha del Orgullo constituye un excelente termómetro del movimiento. En ella se reconocen las singularidades articuladas en diferentes momentos como un todo. En la Marcha se conjugan las diferentes expresiones de los participantes, así como las demandas sociales.

Se trata de un espacio de encuentro y disputa, de difusión y definición política. Aunque la Marcha ha sido dada por hecho por las poblaciones LGBT y algunos sectores partidistas, gubernamentales y agrupaciones aliadas a ella, resulta un espacio de interacción y disputa anual entre los integrantes del movimiento.

Por otro lado, debido a su relevancia pública, los partidos políticos, el gobierno local, y ciertos sectores empresariales han influido de diferentes maneras, y han intentado imponer un cierto control y visibilidad de sus agendas e intereses.

FORMALIZACIÓN Y SURGIMIENTO DE NUEVAS ORGANIZACIONES

Las agrupaciones lésbicas, coincidentes con el movimiento de mujeres, fueron las primeras en acceder a recursos económicos provenientes de fuentes instituidas de corte nacional e internacional. Ejemplo de ello fueron los recursos que recibieron Lesbos, El Clóset de Sor Juana y Musas de Metal, en el mismo periodo. Tal proximidad hacia las instituciones públicas planteó un nuevo escenario para las asociaciones;

asimismo, ocurre en el momento cuando sus aliadas fueron flexibles al incorporar el lesbianismo como parte de la agenda del movimiento de mujeres más cercano a la vía institucional.

Las posibilidades de acceso se presentaron en el momento cuando las organizaciones se adecuaron al movimiento de mujeres que había abierto una línea de negociación con el Estado. Fue el punto cuando las agrupaciones lésbicas y de mujeres decidieron formalizarse y —de manera legal— registrarse; dicho proceso coincidió con el fortalecimiento de la identidad en las agrupaciones lésbicas.

La lógica que había venido evolucionando al interior del movimiento de mujeres entre género y feminismo, funcionó de manera paralela con las agrupaciones lésbicas de la época. Cierta sector del feminismo fue (y ha sido) más reacio a recibir financiamiento del Estado y alinearse a las políticas internacionales impulsadas por organismos como el Banco Mundial o el Banco Interamericano de Desarrollo.

De manera similar, el sector lésbico más próximo al feminismo fue igualmente renuente a seguir dicha vía para sus agrupaciones (Espinoza Damián y Castañeda Pérez, 2011). Los grupos lésbicos que se acogieron al movimiento de mujeres en los temas de género, encontraron aliadas en las agrupaciones internacionales; ello facilitó que se canalizaran los primeros financiamientos.

Al implantarse políticas gubernamentales con perspectiva de género, efecto de la lucha de las asociaciones y el movimiento de mujeres, las asociaciones lésbicas empezaron a solicitar financiamientos en este ámbito.

Los proyectos de coinversión para las organizaciones de la sociedad civil comenzaron a ser promovidos a finales de la década de los años noventa como un proceso de involucramien-

to de la sociedad en la atención a temas a los que el Estado difícilmente podía dar cobertura; además —en coincidencia con los proyectos internacionales de involucramiento de las asociaciones no gubernamentales— se promueven alianzas sociedad-gobierno para abordar problemáticas específicas.

Al desarrollarse una política de Estado articulada con los temas de género, ciertas agrupaciones lésbicas buscaron este esquema de participación. Ante los limitados estímulos para las agrupaciones, dichos esquemas promueven la conformación legal. De tal modo, ante el primer proyecto de coinversión que lanzó el Instituto de las Mujeres del Distrito Federal, algunos grupos lésbicos participaron sobre todo porque las posibilidades de acceder a los recursos ofrecían oportunidades para desarrollar las actividades que coincidían con sus intereses en la promoción y fortalecimiento de las identidades sexo-genéricas.

Un activista bisexual perteneciente al movimiento de mujeres, narra la participación de las organizaciones lésbicas con el interés resaltado,

Bueno, se lanza un primer apoyo de proyectos de conversión y algunas organizaciones obtienen ese apoyo; como Lesbos, por ejemplo, para su revista. Y eh [...] después se hacen unos que comparten como tres organizaciones formales: el Grupo de Madres de Lesbianas, las Musas de Metal, y [...] las Amanteras de la Luna. Ya no existe el grupo. Entre las tres, sacan tres materiales de educación sexual. Porque había doctoras y había sexólogas; era un grupo [...] más mujeres lesbianas y homosexuales; y yo por eso los cito en la cronología, porque los materiales fueron pioneros, fueron del fondo del InMujeres DF (Yáñez, entrevista, 2014).

Por otro lado, diversas asociaciones de carácter *gay* comenzaron a solicitar financiamientos mediante la promoción de temas relacionados con la salud sexual y reproductiva, en concordancia con los proyectos de otras asociaciones aliadas como las de VIH. Sin embargo, los estímulos en la materia resultaron escasos; pese a ello, lo cierto es que al descubrirse esta veta de financiamiento para actividades sociales, una variada cantidad de asociaciones comenzó a optar por formalizarse.

Dicho salto ocurre de tal modo debido a que se comenzó a pensar en la posibilidad de influir en la política pública local, que —además— para 1997 coincidía con la llegada de un partido de izquierda, así como con la promoción de un proyecto incipiente de proximidad con los sectores minoritarios de la ciudad.

La circunstancia ciertamente coyuntural y de oportunidad organizativa y política, quedó influida por la capacidad de ciertos grupos identitarios que comenzaron a establecer una diferencia con las primeras agrupaciones de los años ochenta: pasaron de la militancia o el trabajo voluntario a las posibilidades de remuneración y estabilidad laboral.

Permite también establecer cierta legitimidad de las agrupaciones frente al Estado, ya no sólo en términos políticos para la interlocución (lo cual puede ser efímero), sino ya en el orden de las reglas que establece el gobierno, al reconocerles su legitimidad, sobre todo para la formulación de políticas públicas.

La construcción narrativa de Martínez recoge los elementos señalados:

[...] yo misma me avalo con mi acta constitutiva, y entonces eso también fue haciendo otro tipo de diálogo. O sea que nosotras

y otros grupos empezaron a tener su registro como asociaciones civiles y ya también ahí yo lo veo más como un trabajo serio. Claro, también hay quien no hace nada, pero como que la mayoría sí va tomando ese giro formal (Martínez, entrevista, 2014).

Al respecto, en las entrevistas algunas agrupaciones reconocieron las potencialidades de su registro legal dado el giro que la política gubernamental local estaba tomando, aunque también comenzó a surgir de manera paralela otro tipo de agrupaciones, particularmente en el espacio universitario.

En la trayectoria del movimiento se observa que hay agrupaciones cuyos integrantes provienen de las aulas universitarias: desde los que encontraron un nicho en la Facultad de Filosofía y Letras para conformarse como agrupación oculta (como SexPol), hasta los que dieron origen a las organizaciones de las nuevas generaciones, donde algunos integrantes provenían del movimiento estudiantil de la Universidad Nacional Autónoma de México que surgió en los últimos años de la década de los ochenta.

Sin embargo, a finales de la década de los noventa comenzaron a surgir agrupaciones cuya motivación era promover una identidad sexual o genérica: grupos de sociabilidad y convivencia al interior de las universidades públicas, tanto de nivel bachillerato como universitario. De tal modo, comenzaron a surgir en un marco de condiciones menos adversas y más propiciatorias de las agrupaciones identitarias, como fue una apertura en el tratamiento de los temas de sexualidad.

El surgimiento de dichas asociaciones tuvo lugar mediante distintos experimentos que trataban de organizar actividades recreativas, principalmente; aunque los grupos más consolidados comenzaron a organizar actividades de difusión en las

comunidades universitarias de manera endogámica. Es decir, su repercusión se promueve en el nivel de su propio centro escolar.

Acerca de tales asociaciones estudiantiles, Alejandro Brito señala lo siguiente:

[...] yo creo que es como una necesidad identitaria. Antes era más una necesidad política; ahora yo creo es más una necesidad de comunidad, ¿no? Identitaria de semejantes, de organizarse los semejantes, y hacer actividades culturales. Sobre todo, reforzar su identidad. Es esa necesidad de reforzar la identidad. Por eso se hace mucho a ese nivel de Prepa y Universidad. Y yo creo que eso está muy bien: enriquece muchísimo porque muchos de estos grupos son muy cuestionadores por su naturaleza de trabajo, de reflexión intelectual, pues todo lo cuestionan, y eso me parece muy sano; mientras no caigan en los ataques (Brito, entrevista, 2014).

Dichas agrupaciones comienzan a movilizar una comunidad de jóvenes en los temas que difícilmente le podrían ser comunes o cercanos. Mediante la discusión de temas desde diferentes perspectivas académicas y la difusión de las mismas, se fomentó el orgullo identitario y la visibilización frente a las comunidades de proximidad.

Las agrupaciones universitarias retomaron el modelo de actuación de la Semana Cultural para promover, difundir y discutir los temas de la diversidad sexual; para generar encuentros entre adherentes y potenciales activistas. El tipo de actividades que las asociaciones universitarias promovieron fue dejando como impronta un activismo académico universitario que en la actualidad ejerce efectos en la genera-

ción de programas de estudio, en la apertura de asignaturas, al igual que en la influencia de programas de investigación en las universidades.

DIVERSIDAD SEXUAL Y DERECHOS HUMANOS LA CONSTRUCCIÓN DE UN MARCO AMPLIO

Para la conformación de un movimiento con características distintas de las del pasado, esta vez las organizaciones encontraron distintas oportunidades que resultaron coincidentes con los repertorios tanto de organización como de acción, aprendidos y difundidos entre activistas, y que coincidían con los fines que el movimiento perseguía.

Sin embargo, no se identificaba con tanta claridad cómo definir el movimiento; menos aún reconocer su corporeidad en un marco común. Ello iba sucediendo al mismo tiempo que se conformaba identidad en los objetivos y temas que atender; pero también en la manera como se producía una identidad a nivel grupal, colectivo.

En este punto, la idea de *diversidad sexual* resultó la categoría que logró aglutinar a las agrupaciones. Se convirtió en un término “sombrilla”, que además abría otras posibilidades de identidades sexuales, dada la preponderancia de lo lésbico y lo *gay* dentro del movimiento.⁶

⁶ Desde la sociología de la sexualidad, la diversidad sexual consiste en un constructo social basado en la autodefinición de las personas en el contexto socio-histórico contemporáneo caracterizado por sociedades civiles diferenciadas y plurales (Weeks, 1990). De acuerdo con Jeffrey Weeks (1998: 46), en las sociedades contemporáneas tres ejes fundamentales definen la sexua-

A ese respecto, un activista fundador del Movimiento Homosexual identificó en el año 2000 las posibilidades que ofrecía definir el movimiento desde la diversidad sexual:

Hemos llegado ahora a la cuestión de la diversidad. Es decir, es algo muy interesante. Ya por último, llegamos a una etapa en que nos quedaron chicas las etiquetas, que nos habíamos impuesto como etiquetas liberadoras. Nos dimos cuenta con el tiempo [...]. Entonces, bueno, ya hemos hablado sobre la cuestión incluyente y esto es importante, porque por fin empezamos a vernos unos a otros como el aliado y no como el enemigo a vencer, para seguir más adelante en una lucha por el reconocimiento por una sociedad más tolerante. En fin, esta sociedad es un poco más consciente de su propia diversidad. Por ahí va un poco (Vázquez, entrevista, 2000).

De tal modo, la idea *diversidad sexual* fue vista en un momento clave cuando hacía falta ser consecuentes con un proyecto político desde las agrupaciones identitarias; identificarse como una población minoritaria (hablando en términos de derechos). Asimismo, sobreponerse a un movimiento proveniente de una crisis que estaba instalada en el imaginario de los activistas, al menos en los denominados “históricos”.

En otras palabras, el marco de sentido del movimiento, que se basaba en la diversidad, permitiría superar las diferencias entre grupos. Frente a la sociedad, facilitaría anteponer un proyecto político basado en las identidades sexo-genéricas.

lidad: la clase, la raza y el género. La pluralidad de esas articulaciones obliga a reconocer las diversas formas de la sexualidad en las políticas, la cultura, el mercado: en cada espacio de vida social.

El tema de la diversidad sexual se proyectó en el marco cultural más próximo, evidente y oportuno; es decir, dicho marco fue difundido a nivel internacional mediante la serie de derechos que el movimiento *gay* transnacional había promovido, aunque de manera fundamental en el desarrollo que tenían las agrupaciones aliadas en este discurso: de mujeres y de VIH.⁷

A finales de los años noventa, la diversidad sexual coincidía con la difusión de la identidad en los diferentes grupos lésbicos y *gay*, así como en los emergentes grupos trans y bisexuales. Aunque desde un punto de vista crítico —desde una relativa distancia— también coincidía con el proyecto internacional de conjuntar a las “minorías sexuales” en un mismo paquete para la promoción de financiamientos coincidentes con las agendas internacionales desde las organizaciones civiles (Mogrovejo, 2008).

A pesar de lo anterior, el tema pareció compatible con las agrupaciones que se estructuraban a partir de una identidad colectiva, las que no habían establecido un proyecto político del todo claro, y comenzaban a concretar cierto campo de interacciones.

Por otro lado, se estructuraban de conformidad con el marco maestro de los derechos humanos, el cual tenía puntos de coincidencia con los movimientos que surgían en el país y que contaban con referentes internacionales. Aunado a lo

⁷ En México —como en toda América Latina—, los derechos humanos ocupaban lugar preponderante en los movimientos sociales que reclamaban al Estado los daños que había causado en sus años de autoritarismo. La disputa en la lógica de derechos para grupos minoritarios resultaba novedosa. Dada su cercanía relacional, el Movimiento LGBT aprendió de sus aliados la introducción de tales discursos y acciones (véase Martínez Carmona, en prensa).

anterior, no puede dejar de señalarse la ola de organización y participación que desde la sociedad civil estaba ocurriendo en México. De tal modo, Alejandro Brito reconoce que a partir de finales de los años noventa, las agrupaciones

Empezaron a accionar y empezaron a crear ya una agenda del movimiento, cosa que no había antes. Antes era cosa muy reactiva contra la represión, contra las redadas; y ahora era una demanda ya de reivindicación de derechos, y tiene que ver con el *boom* de los Derechos Humanos. También con todo este movimiento a nivel internacional. En México, pues, también en los noventas, [...] es el *boom*. No solamente [...] si tú ves, si tú revisas la lista [...], el movimiento de la Sociedad Civil, vas a ver que en los noventas fue cuando se crean muchas organizaciones civiles: con feministas, con ecologistas, de otros movimientos, de educación sexual. Vas a ver que ese es el gran momento, por esta visión nueva. Es un nuevo paradigma lo que te permite, ya muy alejado de estas ideologías socialistas, marxistas, de transformación social, de cambio radical. Ahora, un nuevo paradigma en donde era un paraguas que nos cobijaba a todos: los derechos humanos (Brito, entrevista, 2014).

Desde las instituciones públicas, con el Foro de la Diversidad Sexual y Derechos Humanos realizado en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal en 1998, se buscó reforzar dicha idea. El mismo título que llevaría el Foro habla de la manera como se definía el problema.

Ello ocurrió así debido a la congruencia que comenzaba a desplegar el proyecto político del partido en el poder local: el Partido de la Revolución Democrática, el cual intentó generar rápidamente una política que lo diferenciara de las

maneras como se había gobernado la ciudad. No obstante, también procuró aglutinar a los grupos minoritarios, con ciertos tintes de corporativismo.

El Foro representó un espacio donde se congregaron diferentes activistas que contaban con una notable trayectoria en el movimiento y que se habían destacado en sus diferentes sectores de influencia, así como con la posibilidad de ser escuchados en términos de las leyes que debían ser modificadas y aquellas propuestas de iniciativa de ley.

La realización del Foro dejaba clara la patente que comenzaría a tomar el gobierno de la ciudad respecto del movimiento y las organizaciones que así lo conformaban.

Jordi Díez (2011) señala que la creación de una identidad del movimiento lésbico-*gay* en México se concretó en términos de la diversidad sexual, dada la influencia de los planteamientos del movimiento zapatista, la propuesta teórica de lo *queer*, así como las discusiones en el mundo respecto de la construcción de ciudadanía para las minorías.

Lo cierto es que en términos de un marco maestro de acción para el momento en el que se encontraban las asociaciones LGBT, los derechos humanos y la diversidad sexual generaban resonancia para el campo que surgía. El movimiento que hasta el momento era lésbico-*gay* pudo dar cabida a otras identidades sexuales y de género; logró además establecer un marco de acción, lo que otorgaría una identidad al movimiento de la diversidad sexual.

Sin embargo, dicho marco y el contexto en el que se desarrollaron los hechos, presentarían elementos problemáticos que fueron puestos en disputa por los activistas mismos. A continuación veremos cómo ocurrió ello.

READECUANDO EL MARCO DE LA DIVERSIDAD A LA IDENTIDAD

En el apartado anterior se refirió que el marco de diversidad sexual comenzaba a conformarse como un paraguas que permitía aglutinar a las identidades *gay* y lésbica principalmente, además de abrir la puerta para la incorporación de las identidades organizadas nacientes: la bisexual y las trans. La idea de *diversidad sexual* permitió que estas identidades entraran en disputa, con el propósito de ser incluidas en la constitución del Movimiento LGBT, como veremos más adelante.

La idea de *diversidad sexual* se articuló con la lógica de los derechos humanos que se introdujo en México como parte de un movimiento social amplio congruente con la diversidad como parte de un discurso pluralista. En la víspera del siglo XXI, la diversidad sexual se convirtió en el punto común en el campo organizacional del movimiento.

Las narrativas de las organizaciones y sus activistas para esos años (como se reconoce en la mayoría de las entrevistas realizadas en el año 2000 y en 2005) corresponden a los siguientes códigos: minorías, ciudadanía, diversidad, discriminación, derechos humanos y sociedad civil.

La diversidad sexual comenzó a ser retomada en los objetivos de las agrupaciones y organizaciones civiles, en los nombres de los colectivos universitarios, al igual que en la enunciación de las actividades de las asociaciones. Tales categorías corresponden a una manera de identificar y apropiar el marco común en el que se circunscriben las organizaciones del movimiento.

En 2005, un miembro de la organización Desyde permitió identificar el nivel del discurso, la definición del problema y

el modo como éste se puede resolver; todos ellos constituyen elementos que provienen del marco de la diversidad sexual y los derechos humanos:

[...] un problema que tiene que ver con una responsabilidad desde el Estado, con el Estado de derecho mismo. Con un asunto crucial que es la ciudadanía, de todas y de todos con el principio constitucional de la igualdad, y de la realidad consistente en que hay una franja de ciudadanos que hoy estamos carentes de derechos, que no estamos reconocidos en la ley en igualdad que debiéramos tener y que socialmente estamos cargando con un estigma producto de la presión de la jerarquía católica; producto de la desinformación; producto de la misma ignorancia que sigue siendo que ser homosexual sea ser una especie de insecto extraño en la sociedad. Una suerte de un fenómeno extraño al que hay que proteger. No hay esa visión asertiva o positiva; es: “Aquí están todos estos ‘raritos’”. No es la conciencia de que esta sociedad es diversa; y, como diversa, tiene que ser capaz de reconocerse a sí misma, de reconocer sus distintas identidades y la importancia de la inclusión de algo que es contundente y es un hecho: de romper con esta hipocresía social y con el supuesto de que esa verdad única de la Iglesia es la que debe regir las conciencias sociales. Somos parte de la sociedad, una parte muy importante de la sociedad. Cómo hacemos entonces para lograr espacios de convivencia y de inclusión. Cómo hacemos para que esta sociedad no sea una sociedad discriminatoria, y que aprenda a respetar sus diferencias (Desyde, entrevista, 2005).

Dicho marco común se ve reflejado en los objetivos de las organizaciones; además, permite identificar las modificacio-

nes que experimentó la promoción de un carácter identitario homodirigido y heterodirigido. Es decir, de uno que las congregate en la idea de *diversidad sexual* reconocida por las instituciones y los tomadores de decisiones, así como homogeneizando las diferentes identidades sexo-genéricas. En los primeros años del siglo XX, una activista de la asociación civil Musas de Metal narra este transitar:

El objetivo en ese momento surgió precisamente [para] ayudar y promover a la auto-aceptación de mujeres tanto homosexuales como bisexuales, y proporcionar los elementos para la salida del clóset; aunque [...] el objetivo en este momento ya se ha modificado, se [ha] diversificado, porque de hecho ahorita se está trabajando ya digamos desde la diversidad sexual. No sólo con lesbianas y bisexuales, ya más la diversidad sexual (Musas de Metal, entrevista, 2005).

Igualmente, el marco de la diversidad sexual ha traído consigo un cambio en las estrategias de las organizaciones, de manera contrastante con el pasado. Ellas transitaron de estrategias introspectivas y fortalecedoras de la identidad en los momentos de surgimiento del Movimiento LGBT, a una faceta de promoción de inclusión social mediante derechos en años recientes. Ello marca los repertorios de acción propios del movimiento, como lo señala una integrante de Musas de Metal:

Pues tratamos de evidenciar la discriminación y la marginación; pero sin embargo no apostamos a la confrontación; más bien tratamos de construir vías intersubjetivas para poder expresar lo que queremos sin que la gente necesariamente se sienta confrontada ni atacada, porque creemos que la violencia genera violen-

cia. Pero finalmente, el hacernos presentes, el estar trabajando e investigando y tratar de buscar estos espacios de inclusión, yo creo que es la manera en que estamos actuando en contra de la discriminación (Musas de Metal, entrevista, 2005).

La idea de *diversidad sexual* fue incrustándose poco a poco en las organizaciones bisexuales y transgénero, debido a que representaba su inclusión en un movimiento más amplio de identidades sexuales. Dichos grupos siempre habían estado presentes, aunque con poca o nula organización, escaso reconocimiento y limitada representación. De este modo lo narra una activista de Travestis México:

[...] conforme han pasado los años, lo he tratado de hacer cada año, y a lo largo de tres años a la fecha, hemos hecho talleres, hemos participado en foros, entrevistas, pláticas con psicólogos... En un año para acá, sí nos hemos metido mucho en los derechos humanos, sobre todo en la no discriminación. Generalmente sales a la calle: a veces te agreden, a veces no te dejan entrar a ciertos lugares; inclusive dentro de la comunidad LGBT supuestamente no hay exclusiones, y en ciertos momentos hay: “Las vestidas no entran”. Y bueno, entonces el grupo trata de abrir esos espacios para que las chicas que quieran salir puedan asistir a ciertos lugares sin el temor de ser discriminadas (Travestis México, entrevista, 2005).

En ese contexto y conjunto de condiciones, se desarrollaron las discusiones y la defensa de la propuesta de iniciativa de ley de Sociedades de Convivencia que se realizó en 2001, con una base discursiva de derechos humanos, ciudadanía y minorías en condiciones de exclusión.

Bueno, en esa discusión resulta absurdo medicalizar el debate. El asunto es de ciudadanía, de derechos humanos; ni siquiera tiene que ver con un asunto religionista de intercambio sexual: tiene que ver con todos los derechos de los ciudadanos de elegir forma de vida. Tiene que ver con el derecho esencial de decir de quién me enamoro, de decir con quién yo en mi casa (dentro de mi casa) voy a compartir mi vida, mi proyecto de vida; tenga o no tenga intercambio sexual con esa persona. Es simplemente el derecho humano básico de tener los elementos o herramientas que tienen todos los demás de poder aspirar a la felicidad, en las mismas condiciones que los demás aspiran y con las mismas posibilidades de alcanzarla, o no, que tienen todos los seres humanos. La posibilidad que tenemos de vivir una vida con plenitud que tenga como punto de partida un principio que es constitucional (Desyde, entrevista, 2005).

El carácter inclusivo que ostenta la diversidad sexual, sin embargo, tuvo repercusiones para el movimiento al difuminar las categorías y no poder identificar las demandas específicas. Por ejemplo, se discutía que la heterosexualidad forma parte del contenido de la diversidad sexual, y un elemento en disputa para los activistas consiste en el carácter heteronormativo de la sociedad.

Es decir, el predominio de lo heterosexual como lo normal y como lo dominante que trasciende en las formas de interacción política y social, en contraste con las otras maneras de entender la sexualidad. Ya a mediados de la primera década del siglo XXI dicha crítica comenzaba a cimentarse al interior del movimiento. En palabras de una activista de País Trans:

[...] esto es algo muy curioso, porque tú al hablar de diversidad sexual, estás englobando también la heterosexualidad. No sé si conozcas a Norma Mogrovejo, que es una feminista lesbiana muy importante. Ella y yo platicamos el otro día: que esto no se debería llamar “diversidad sexual” (lo que estamos tocando), sino la disidencia a la heterosexualidad. Y yo le pondría ahí: y al género genitalizado (País Trans, entrevista, 2005).

La crítica dirigida al marco de la diversidad sexual en el movimiento, provino de dos frentes: por un lado, desde cierto sector de académicos que se vinculaban con el movimiento y presentaban una postura crítica; por otro, desde las organizaciones transgénero y bisexuales que demandaban acentuar las diferencias y reconocer la visibilización de las particularidades, sin promover por ello una fractura en el movimiento.

Desde el sector académico mencionado, se identificó rápidamente el factor que comenzaba a difuminar las identidades que recién se habían constituido; la diversidad sexual —se señalaba— promovía un proyecto internacional para congregar a las minorías sexuales, así como controlar el contenido discursivo crítico orientado a estructuras patriarcales y modelos internacionales reguladores de los movimientos sociales (véase Mogrovejo, 2008).

El sector de las identidades que surgían (como las trans) fueron críticas al concepto de *diversidad sexual*. Ya que se hacía la distinción de un movimiento que nada tenía que ver con la sexualidad, sino con la identidad de género. De hecho en este espectro las opciones son múltiples, las mismas que pueden entenderse en toda la sociedad; empero, no se genera ninguna especificidad sobre lo que las personas trans deman-

daban. De esta manera se argumenta, y se proyecta claridad en el fenómeno:

El travestismo no entraría mucho dentro [*sic*] de una diversidad sexual, sino realmente sería dentro de una diversidad de género. Y generalmente se cree o se piensa que el homosexual es travestí, o el travestí es homosexual, y hay un juego muy chistoso y raro, cuando dices “preferencias” o “diversidad sexual”, siempre acotas hacia lo sexual. [...] la mayoría venimos de un género masculino y vamos a un género femenino; entonces, en esa trascendencia la sociedad, la familia, los amigos, el gobierno, mucha gente no lo entiende: piensan que es una preferencia sexual; y que te vistes para tener sexo. Nuestra actuación no es una cuestión que tenga que ver con orgasmos, como viene siendo la homosexualidad, o con afectos: nuestra actuación es algo personal y la única con identidades (País Trans, entrevista, 2005).

Ante la crítica orientada a la diversidad sexual, un sector de académicos cercano al movimiento propuso el concepto de *disidencia sexual*, el cual permite en primer término reconocer que hay una sociedad heteronormativa que requiere reconocer políticas concretas para diferentes sectores de la sociedad, acorde con la orientación sexual e identidades razón de ser de su exclusión social (véase Salinas, 2008).

Por otro lado, esta aproximación pone acento en la acción contenciosa del movimiento social, ya que toma en cuenta la oposición y confrontación a las normas que habitan diferentes instituciones, en las formas de entender la sexualidad y los efectos que de ello deriva.

Sin embargo, son diferentes las críticas que se formulan desde las organizaciones al concebir de esta manera el movi-

miento. Por un lado, evidentemente, al seguir definiendo “lo sexual” como el elemento problemático, sin incluir la identidad de género; crítica que hacen los activistas trans. Por otro, tomar la comprensión en su modo más simple como disidente de la sexualidad (o que ésta se piensa de manera distinta), se considera un contrasentido.

Bueno, habemos [*sic*] varios que tenemos ciertas reservas con el término de “disidencia”, porque también si analizas muy a fondo, “disidente” significa el que no está de acuerdo con la norma, con el *mainstream*. Y eso quiere decir que sigues colocando lo hetero como la regla. Entonces, esto es disidencia. Entonces ¿de qué hablamos? Esto es lo que nos ha metido ruido [...]. En ambos lados está la crítica. El asunto era: ¿En dónde aglutinas lo que no está en el esquema heteronormativo? (Yáñez, entrevista, 2014).

Las categorías han ido cambiando con el tiempo; sin embargo, ante la crítica se continúa prefigurando una lógica basada en la enunciación de las diferentes identidades que forman parte del movimiento con un contenido de derechos humanos, superando la idea de *diversidad sexual*, y con una crítica permanente desde la disidencia sexual. Cuando se refieren al movimiento, la mayor parte de los sectores prefieren destacar las diferencias de las identidades, como se reconoce en sus narrativas:

[...] a veces hay gente que dice “Yo soy diversa o diverso”, en lugar de decir “Soy *gay*”. Entonces digo: “Ah, bueno. Está bien”, y creo que eso también ayuda a que, entre lo positivo, es que entre las personas dicen: “Ah, yo me incluyo en esa serie de todas

las identidades”. Y hay otros que dicen: “No, es que entonces ya no queda claro que son *gays*, lesbianas”. Entonces ahora usamos más el LGBTTTI. O sea, yo lo uso más porque sí me parece importante que se mencione que hay estas identidades que unas son por orientación sexual; otras, por identidad de género; y la intersexualidad, que es un asunto que aquí en México no hay. No hay trabajo al respecto pero [...] existe (Martínez, entrevista, 2014).

Este discurso que señala las diferencias, se inserta en el movimiento y permite dar mayor apertura y posibilidad de reconocimiento a los diferentes problemas. Constituye una manera de generar conciencia y clarificar la identidad homodirigida. Es decir, de autodefinirse de modo colectivo. Como ya se mencionó anteriormente, se trata de un proceso que implica tensión y acuerdo. Así lo narra Natalia Anaya, activista transexual de la agrupación Opción Bisexual:

Sí, estamos con la bandera de colores; pero también esta bandera queremos que sea reconocida por ustedes, porque no se vale que agarremos así: “Todos somos iguales”, porque no es cierto: hay diferencias, hay especificidades, y las necesidades de las personas transexuales no son las mismas de los *gays* y las lesbianas, porque ustedes están pensando en el matrimonio igualitario, de las personas del mismo sexo. Y nosotros lo que queremos es que no nos maten, porque somos los que más nos matan. Que nos den trabajo, que nos den chance de estudiar, que podamos comer, que podamos vivir. Y ustedes ya están en el rollo del matrimonio y del seguro social. Y cuando les decimos esto, se nos quedan viendo así como “Ay, están ustedes bien locas”. Y “Eso para qué lo quieren, si ya tenemos el matrimonio”. Poco a poco

lo van entendiendo, hablando como yo estoy hablando contigo (Anaya, entrevista, 2014).

El gobierno local de la Ciudad de México había definido los problemas que atentaban contra la población LGBT como una política global de diversidad sexual, sin que ello trajera consigo modificaciones que atendieran a las diferentes identidades. Por ejemplo, se creó el Programa de la Diversidad Sexual para la Ciudad de México, la Red Interinstitucional de Atención a la Diversidad Sexual, el Decálogo de la Diversidad Sexual, y el Centro Comunitario de la Diversidad Sexual —entre muchas otras—, con repercusiones y continuidades diferentes.

En la interacción con el gobierno, los activistas han promovido que se destaquen las diferencias identitarias.⁸ Con el paso del tiempo, su intervención en la generación de las políticas en la Ciudad de México ha comenzado a dejar patente este carácter en tiempos recientes. Aunque la definición del movimiento desde el exterior (es decir, por los grupos en el poder, algunas organizaciones internacionales, los partidos políticos, incluso las agrupaciones del contramovimiento) continúa denominándolo “diversidad sexual”.

⁸ La categoría *queer*, que plantea la idea de identidades sexuales y de género movibles, ha funcionado bien para las disputas sociales en países de Occidente en torno a las comprensiones de la sexualidad y el género considerados de manera binomial (mujer-hombre) y única (heterosexual). En México, las asociaciones trans buscaban destacar la diferenciación identitaria, sobre todo para concretar derechos de minorías y políticas públicas específicas. Se reconoce que la categoría *queer* en el Movimiento LGBT mexicano proviene de las asociaciones de jóvenes que disputaban un espacio de las redes sociales y los medios de comunicación, y que aún ocupan un lugar periférico en el campo del movimiento.

En otras palabras, la construcción heteronormativa de la identidad del movimiento se basa en esta construcción práctica, estratégica e ideológica desde los grupos externos.⁹

FORMAS ORGANIZACIONALES LO EMOTIVO Y LO INSTRUMENTAL

Como ya se indicó anteriormente, en la década de los años noventa comenzaba la ola expansiva de las agrupaciones identitarias, agrupaciones que se distinguieron por revitalizar el movimiento lésbico-*gay*, y por enfocarse en producir un sentido común entre agrupaciones sobre la base de su propia identidad.

Los grupos exclusivamente identitarios que persisten en la actualidad, se reúnen para realizar diferentes actividades lúdicas y de divertimento. En ciertas ocasiones utilizan sus proyectos colectivos para promover campañas en pro de la no discriminación, o abrir espacios a otras asociaciones para la promoción de información.¹⁰

Es importante señalar que algunas de las agrupaciones mencionadas carecen de un proyecto político formal. El contenido político de sus actividades en términos simbólicos

⁹ En el caso de los conservadores, opositores en tiempos recientes al matrimonio igualitario y la adopción por parte de familias homoparentales, han aumentado la escala al colocar las demandas LGBT y feministas en la categorización de "ideología de género". Ello, en sintonía con la contraofensiva internacional acerca de los derechos sexuales y reproductivos.

¹⁰ Asociaciones de este tipo se encuentran entre los Osos, los Vaqueros, los Leather, el Tri *Gay*, Travestis México, Poliamorosos, sólo por mencionar algunos.

trata de desmitificar la idea de *lo heterosexual* como única manera de creer, pensar y vivir la sexualidad y el género. Desde su fundación, esas agrupaciones salen a las calles y participan en la Marcha del Orgullo, contribuyendo y apoyando al reforzamiento de una identidad LGBT.

Al mismo tiempo, en la práctica mantienen una crítica dirigida a las categorías sociales normalizadoras de los comportamientos binarios limitados al ser varón y ser mujer, socialmente articulados con la distinción genital y las prácticas sexuales heterosexuales.

Actividades igualmente lúdicas e informativas se llevan a cabo en las universidades por parte de colectivos estudiantiles. Tales agrupaciones fueron ganando espacios en las universidades para desarrollar sus actividades de reunión, información y activismo en instituciones educativas.

La coordinadora de una asociación transgénero destaca emotivamente la presencia de estos grupos:

En la Marcha [del Orgullo] puedes ver contingentes de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, de la Universidad Nacional Autónoma de México, de la del Valle de México, de la Ibero. O sea, que a mí me dio mucha alegría, porque digo, allí están. O sea: los jóvenes, solos se están haciendo, encapsulando, para poder hacer levantar la voz (Nieves, entrevista, 2014).

Los grupos universitarios celebraron rápidamente alianzas con ciertas organizaciones LGBT formalizadas, con las cuales había cierto entendimiento, dado que su origen activista había provenido de las universidades; aunque también debido a un discurso común que incorporaba diversidad sexual y derechos humanos. En los grupos de las universidades no sólo

se realizaban actividades de lectura de cierta literatura para la autoaceptación, sino que se comenzaba a debatir en términos de identidad y derechos.

De hecho casi todas las agrupaciones que fueron surgiendo en la primera década del siglo XXI se reconocían con nombres vinculados con el tema de la diversidad sexual: Udiversidad, DiversiUNAM, Grupo Universitario de Diversidad Sexual, entre otros. Ello permitió —por un lado— generar grupos conformados por estudiantes que se identificaban con las diferentes categorías.

Dichos grupos —además— comenzaban a criticar la categoría *gay* presentada como hegemónica en el movimiento. Tal categoría se presentaba aunada al espíritu mercantil que se enfocaba en la promoción de un tipo de imagen identificado con un estereotipo de raza, edad, y complexión física específicas.

Una de las actividades principales de esos grupos consiste en la realización de las Semanas Culturales, también denominadas Semana de la Diversidad Sexual o Semana de Jornadas de la Diversidad. En dichas actividades desarrolladas por estudiantes universitarios, se invita a ponentes especialistas, se discuten temas, y se plantean posiciones críticas acerca de la comprensión de la sexualidad y la identidad distinta de la heterosexual. Las discusiones se realizaban desde el ámbito de la psicología; también se compartían experiencias personales, al igual que experiencias políticas de activistas, entre otros temas.

Las Semanas Culturales que se han desarrollado por igual tanto en espacios universitarios públicos como privados de la ciudad, han contado en los últimos años con el apoyo de las autoridades universitarias para su realización. Ello ha proporcionado espacios, recursos para la impresión de promociona-

les, o bien ha logrado realizar la difusión en los espacios informativos mismos de las instituciones.

Hemos logrado tener mayor fuerza como movimiento social, en las escuelas tanto públicas como privadas, tanto de los alumnos y las alumnas que van e instalan sus Semanas Culturales y hacen su festival cultural de la diversidad, auspiciados, ayudados por algunos maestros, maestras, directores. Entonces ahí en esa institución de educación media superior, a partir del reclamo de los estudiantes o de la petición de los estudiantes, de tener esos temas incluidos en toda la cuestión de estar en la escuela y estar siendo receptivos de más información, ellos son los que han obligado hasta cierto punto o han sido los que han obligado a los planteles a abrir estos tipos de espacios (El Clóset de Sor Juana, entrevista, 2005).

Asimismo, el apoyo para la realización de las Semanas ha provenido de un sector que se ha vuelto importante en las universidades, al igual que en otros espacios: los académicos activistas y aliados del movimiento.

Tales aliados-participantes han resultado pieza clave al articular el espacio universitario con el societal. Han colaborado tanto para la realización de los diferentes eventos culturales como para las actividades de los colectivos universitarios. Han promovido los vínculos y las redes de los estudiantes con las asociaciones formales. Ofrecen investigaciones sobre los temas de interés de las comunidades LGBT, y contribuyen con su *expertise* en la definición de problemas y la generación de políticas públicas.

Los académicos mencionados se reconocen por haber formado parte de las asociaciones fundadoras del Movimiento

Homosexual, de las agrupaciones identitarias en los años noventa, o de las primeras agrupaciones universitarias de principios del siglo XXI.

Pese a la escasa institucionalización de los estudios lésbico-*gays* en México —como ha ocurrido en diferentes países de primer mundo al crearse centros de investigación especializada—, su incursión ha tenido lugar en el plano de los programas de estudios de género, desde donde se han realizado las diferentes discusiones teóricas y conceptuales, y se ha dado seguimiento a los temas mediante publicaciones en las revistas de dichos programas.

La expansión de esos temas en el ámbito académico ha permitido que en años recientes se funde el primer Programa de Estudios en Disidencia Sexual en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, el cual desarrolla investigación y realiza foros académicos e informativos, entre otras actividades.

Tal conjunto de actividades ha traído consigo la profesionalización de las agrupaciones y sus activistas, así como la incorporación de profesionales provenientes de diferentes áreas: médica, psicológica, sexológica, jurídica, y política. Al respecto, Alejandro Brito señala la importancia que ha ganado este carácter formal de las organizaciones, vinculada con su profesionalización —de manera contrapuesta o alternativa a lo que sucedía en años atrás—, lo que les puede ofrecer mayor influencia en el terreno de la esfera de las políticas públicas.

Ya ahora es otra la situación, ya ahora me parece que hay organizaciones —como te decía— lésbicas, trans, *gays*; y eso a mí me emociona, porque en realidad hay nuevos sujetos políticos que te manejan estos lenguajes, que son capaces de sentarse frente a un diputado o frente a un funcionario, o frente a un procurador

y manejar el lenguaje con que ellos se manejan, de una manera profesional (Brito, entrevista, 2014).

Por ejemplo, ante la elaboración de la Ley de Sociedades de Convivencia, antecedente del matrimonio igualitario, Enoé Uranga (miembro de la asociación Desyde), y quien fuera legisladora e impulsora de la ley en la Asamblea Legislativa, apunta:

[...] una de mis especialidades es en prácticas parlamentarias. Ninguna ley en el Distrito Federal ha sido sometida a un escrutinio técnico jurídico como la ley de sociedad de convivencia, que plantea el reconocimiento de los hogares. Hemos convencido a magistrados de lo civil, de lo penal, de lo familiar, de la validez de la ley. No ha perdido ni un solo dictamen jurídico con los magistrados del Tribunal Superior de Justicia. No ha perdido ni un solo debate social o político con gente de la mayor envergadura. Hemos ganado todos y cada uno de los debates; mostrado la necesidad social de la ley; mostrado su solidez; su validez constitucional [...] (Desyde, entrevista, 2005).

Lo dicho por Uranga muestra que dentro del movimiento se cuenta con activistas profesionales y especializados para hacer cabildeo. Además, realizan discusiones teóricas, entre otras actividades. La relevancia que ha tenido para los activistas profesionales de las organizaciones civiles enfocarse en temas de legislación referentes a derechos, condujo a la aprobación del matrimonio entre personas del mismo sexo en la capital del país.

La formalización de las agrupaciones, empero, no es el mejor de los mundos. Otra narrativa de la formalización de

las organizaciones se ha enfocado en considerar una superposición del interés personal (político o económico), por encima de los fines que el movimiento persigue. Asimismo, representa la posibilidad de que el movimiento se pervierta, que las agrupaciones se amolden a los financiamientos y las políticas estatales.

Otros elementos críticos también surgen de las agrupaciones mismas que se han formalizado en el quehacer de la interacción entre sociedad y gobierno, así como en el carácter de medición de las repercusiones que dicha interacción trae consigo.

En el año 2000 —ante la reciente oportunidad que iban teniendo las agrupaciones LGBT—, Braulio Peralta, fundador del Movimiento Homosexual, elabora un contraste crítico de las actuales formas “interesadas” de participación con la participación “voluntaria” que identifica en el pasado:

Me atrevo a decir que cuando no había apoyos económicos, el sentido bohemio y romántico era muy convincente. Ahora que hay apoyos económicos, ciertos intereses se volcaron en torno a trabajar en una ONG sobre cuestiones sexuales, sobre enfermos de sida. Entonces muchos grupos se organizan en torno a ese apoyo económico. Ojalá que el movimiento tuviera la convicción de que con apoyo o sin apoyo va a haber movimiento. Tengo la sensación de que ahora se convierten los apoyos en posibilidad de movimientos, y no estoy de acuerdo con eso (Peralta, entrevista, 2001).

La lógica que las organizaciones formalmente constituidas del movimiento fueron adquiriendo, ha llevado a que se enfoquen en resultados cuantificables, a que turnen sus actividades en

la medición de resultados, en el impacto numérico, lo cual ha sido fuertemente criticado.

Aunque también la profesionalización ha permitido enfocar la atención en temas de cabildeo y negociación con los sucesivos gobiernos locales; a la postre, ello ha llevado a las asociaciones civiles a distanciarse de la población que atienden.

Los tres elementos son señalados de manera conjunta y crítica por Alonso Hernández, coordinador de la agrupación Archivos y Memorias Diversas:

La gran mayoría se han vuelto cabildadores. A partir de la A. C. [*la categoría "asociaciones civiles"*], nada más los ves cabildeando; ya no los ves abajo [...]; dejas de ser crítico por recibir el dinero. Dejas de ser, este..., dejas de ser crítico, porque tienes que llenar los informes. Dejas de tener esa apertura con la población porque tienes que llenar informes. O llenas el informe o estás dando el servicio; tú como..., como cabeza a la población. Entonces se crea una distancia (Hernández, entrevista, 2014).

Por otra parte, un activista de una organización LGBT constituida legalmente, narra su experiencia y hace una crítica a la estructura que se impone en las asociaciones, y lo que debiera cambiar para lograr ejercer mayor impacto:

[...] parece que en México así se trabaja. Lo que importan son los números: cuántas gentes [*sic*] atendiste. No importa cómo se atendieron o cuáles son los resultados. Lo que importa es cuánta gente se atendió. En México estamos acostumbrados a esos números. Parece ser que eso justifica lo que estamos haciendo: no tanto la calidad sino la cantidad, y entonces tendríamos

que fijarnos más en esos aspectos cualitativos que en los cuantitativos. Y eso implica un cambio enorme. Entonces es un cambio en la mentalidad de los mexicanos. Entonces tendríamos que apostarle a la reeducación, porque de ahí se van a reflejar leyes adecuadas a ese cambio y va a reflejar una sociedad civil preocupada por ciertos temas. Va a exigir ciertas cuestiones que quizás ahorita pasan totalmente desapercibidas (Musas de Metal, entrevista, 2005).

Otro elemento que caracteriza al modelo de asociaciones civiles con registro legal es la competencia entre pares. Ello acarrea dificultades para hacer alianzas; por otro lado, hace que el gobierno considere a las asociaciones formalizadas con mayor legitimidad que a las que no lo están. Lo anterior fomenta desencuentros entre organizaciones del movimiento. Al respecto, Jorge Yáñez ejemplifica:

Ahora que yo me presenté en un programa [...] y había otra compañera activista, de pronto nos dicen: “Hay un tipo de activismo más ciudadano representado por fulanita de tal, y un activismo más de injerencia interinstitucional representado por Jorge Yáñez” ¡Bueno, pues! ¿De qué hablamos? Pero así lo leen a uno. A mí me tocó insertarme en la parte —digamos— de institucionalidad. No con cargo, porque yo nunca he sido candidato, no he tenido ninguna diputación o senaduría ni nada; ni he trabajado como servidor público. Pero empezar a integrarte a los Consejos, a poder discutir agenda con instituciones, a poder empujar presupuesto. Saber. Que no te digan: “Tú no entiendes”. Te ven distinto. Pero para mí ha sido profesionalizar el tema. Y ese ha sido un proceso donde quienes no lo conocen, lo leen como “Te vendiste” (Yáñez, entrevista, 2014).

Ello ha generado que a la postre el movimiento se vaya concentrando en agrupaciones con registro legal; en aquellas que no lo poseen, se marca cierta división en el carácter organizacional. En otras palabras: prevalece una lógica de registro legal y otra autónoma. Es evidente que el modelo de asociaciones civiles ejerce cada vez más influencia en el escenario del Movimiento LGBT. Ello ha coincidido con el carácter político del movimiento, el cual se ha concentrado en los derechos humanos y sexuales de la denominada “diversidad sexual”. Ello conviene igualmente con el tema de las identidades; al menos las *gay* y la lésbica.

La diversidad sexual y los derechos humanos han sido el paraguas que ha permitido la conjunción de un Movimiento LGBT. Aunque este elemento —que ofrece identidad en un momento central— concuerda con un sistema de derechos, políticas públicas y relativa apertura política para la participación, es rápidamente cuestionado por los miembros mismos del movimiento.

La formalización de las organizaciones no ha implicado un rasero para el movimiento, sobre todo por lo limitante de las estructuras de acceso, participación y mantenimiento de las organizaciones; además, por el carácter político que ello representa.

Tal carácter político ha comenzado a influir en el sistema de relaciones entre organizaciones formales y no formales, ya que la cercanía con el gobierno ha implicado legitimidad ante el poder público, mientras que las otras asociaciones son consideradas espurias o poco efectivas.

Si recordamos una de las citas donde un activista señalaba: “Yo, con mi acta constitutiva, me avalo”; u otra donde se hablaba de dos tipos de activismo: “Uno público y otro insti-

tucional”. Este problema en las relaciones entre asociaciones queda claramente reconocido por los activistas como algo que limita la interacción entre agrupaciones.

Ese es el riesgo que ven los teóricos de los movimientos sociales desde la perspectiva de los procesos políticos, al tratar la institucionalización como sinónimo de “cooptación”. Sin embargo —como hemos advertido—, la institucionalización se puede reconocer desde diferentes niveles y alcances del movimiento.

Parafraseando a Rafael de la Dehesa (2012), investigador del Movimiento LGBT, las implicaciones en la formalización y registro legal de las agrupaciones del movimiento se identifican en las modificaciones que ha tenido la participación que se tecnifica o se profesionaliza. La permanencia del activismo político y la incorporación de relaciones de monitoreo mutuo entre organizaciones y Estado, no deberían ser pensadas en claroscuros de cooptación, aun cuando el cumplimiento de metas cuantificables se imponga.

Como se discutió en el capítulo donde se propone el modelo teórico (“Institucionalización de los movimientos sociales desde la noción de *campo*”), la institucionalización consiste en la construcción de sentido; su traducción, en regularidades de carácter tanto simbólico como material en una arena o espacio social. Referentes organizacionales distintos —como se ha venido apuntando— forman parte del proceso de expansión del movimiento, al igual que de la construcción de identidad.

LOS CIMIENTOS NORMATIVOS EN EL CAMPO DEL MOVIMIENTO LGBT FRENTE A LA INTERPELACIÓN EXTERNA

Este apartado se enfoca en identificar cómo los elementos normativos dentro del campo del Movimiento LGBT responden ante las intenciones de incursión provenientes desde el exterior. Se toma como caso de estudio principalmente la Marcha del Orgullo, pues se trata de la que ilustra mejor el punto. Este breve análisis permite fortalecer el argumento de la institucionalización en ciertas dimensiones que se ponen a prueba.

A inicios del siglo XXI, Max Mejía, fundador del Movimiento Homosexual, hacía este balance:

El movimiento organizado es un movimiento muy pequeño: no es representativo del gran sector de homosexuales y lesbianas del país [...] y están obviamente quienes ubiquen las antenas por donde están transcurriendo las inquietudes y las aspiraciones más importantes dentro de ese sector: quienes ubiquen eso en ese momento. Y, si surgieran grupos que le hablan a esos aspectos vitales, es obvio que habría un resurgimiento y se superaría la gran distancia —cada vez más amplia— que ha habido en el movimiento (Mejía, entrevista, 2000).

Max Mejía plantea la necesidad de elementos que den al movimiento un sentido de comunidad, que atienda sus aspiraciones e inquietudes. Como señaló Alejandro Brito en una de las entrevistas, en política no hay “espacios vacíos: de una u otra forma se llenan”. Y esto es lo que comenzaba a suceder a inicios de siglo con el Movimiento LGBT: diferentes actores comen-

zaron a ver en el movimiento un espacio en el que incursionar, una población que atender, un sector cautivo.

Uno de los espacios ya normalizados de mayor interacción, difusión y visibilización del movimiento es la Marcha del Orgullo LGBT. Se trata del espacio que todos los activistas reconocen como espacio de coordinación e identidad: “el crisol de encuentro donde hemos logrado acercarnos, aunque sea un poco...” (Bourdon, entrevista, 2014), un lugar que refleja “nuestra fuerza política” (Jiménez, entrevista, 2014).

Se trata de un espacio que tanto activistas como distintos actores se lo han apropiado y lo identifican como regularidad en el campo del movimiento. A tal grado ello es así, que los activistas mismos reconocen que, si la marcha no logra organizarse, o si otros protagonistas atentan contra ella, de todos modos tendrá lugar:

La Marcha no necesita quien la organice porque la Marcha va sola; pero la Marcha sigue teniendo un impacto social, un impacto político. Y ahí está. O sea, es muy festiva. Es una de las marchas en su nivel de número muy, muy amplias (González, entrevista, 2014).

Más aún, los activistas consideran que pese a la intervención de otros actores para evitar su realización, ello resultaría de lo más complicado y políticamente costoso:

Si hoy el gobierno, la Iglesia, los empresarios, gobierno federal, algún grupo, dijera: “¡No va a haber marcha!” No le harían caso, o podría haber una repulsión. Porque la gente, incluyendo a los heterosexuales, la han hecho suya. Si tú quieres, en parte como una especie de carnaval del D. F.; como una fecha obligada del

D. F. Unos con más o menos contenido político; unos más por morbo; otros más por desmadrarse; otros más por divertirse. Pero ya es una fecha; es una conquista de las y los ciudadanos de México, del LGBT y otros. Ya sería muy difícil quitarlo (Rueda, entrevista, 2014).

A inicios del siglo XXI, los empresarios cercanos al movimiento provenientes de bares, tiendas, y librerías —aunque estas últimas tienen otro modo de actuación— comienzan a clamar su influencia en la Marcha. Los empresarios *gay* locales ven un nicho de mercado donde promover sus marcas: bares, y tiendas; y, en último término, las grandes marcas transnacionales así lo han hecho.

Es necesario recordar que durante los años noventa algunos bares, cafés y librerías han sido espacios aliados del movimiento y de las agrupaciones en emergencia. Esos espacios sirvieron como lugares para la discusión, difusión, promoción de una identidad. De tal modo, prevalece una relación que tiene su propia historia con un importante sector de negocios.

Sin embargo, al promover más el carácter mercantil por parte de los empresarios de bares y antros, comenzó a fundarse un elemento crítico de relaciones entre activistas, al considerar que el contenido político comenzaba a desaparecer y que la Marcha estaba volviéndose un negocio.

Yo no estoy de acuerdo en que los antros vayan a hacer una publicidad si ni siquiera llevan una temática de las necesidades que tenemos. Eso es doloroso. Porque entonces ellos lo único que van a hacer [es aprovechar] esa marcha, la marcha más grande del país que existe, para hacerse publicidad, y esa cues-

ción no la debemos de permitir. Y yo estoy en contra de eso. Yo no estoy a favor de eso. Eso para mí es ofendernos; para mí es burlarte de todas esas muertes que día a día y de las compañeras y de los compañeros, o sea eso es una realidad en la que mi postura es no a favor de que marchen los antros con nosotros y con nosotras. Para nada (Sánchez, entrevista, 2014).

En la misma línea argumentativa, a decir de Xabier Lizarraga, fundador del Movimiento Homosexual, y activista del Grupo Guerrilla *Gay*,

[...] para muchos empresarios homosexuales, no para todos, pero para muchos empresarios homosexuales, la Marcha es una actividad común que quieren; pero su objetivo es publicitarse. Les vale “gorro” los derechos humanos. Lo que ellos quieren es el negocio (Lizarraga, entrevista, 2014).

Lo anteriormente señalado alentó la crítica más radical, la cual señala que el Movimiento LGBT estaba convirtiéndose en un mercado, al igual que sus organizaciones. Lo cierto es que dicha experiencia de inicios de siglo dejó una impronta en el movimiento, al considerar con mayor tacto la inserción de los empresarios en la Marcha, así como en los eventos y financiamientos de actividades realizadas por las organizaciones.

Al menos para las ediciones de los últimos años, se integró un comité constituido por diferentes organizaciones; se distribuyeron tareas y responsabilidades. Al final se publicaron y transparentaron tanto los ingresos como los gastos correspondientes a la organización del evento.

De tal modo, la relación entre negocio y movimiento no quedó resuelta; más bien se conformó un proceso normativo

de interacción regulada y sancionada en el interior. Desde luego, puede volverse una puerta fácilmente franqueable cuando se trata de recursos económicos. En los últimos años, esta relación relativamente crítica con los empresarios ha impedido que los miembros de las organizaciones del movimiento puedan hacer trabajo focalizado en diferentes espacios de esparcimiento, como antros y bares.

Por otra parte, en la relación que se fundó en los años ochenta a partir de las candidaturas electorales homosexuales impulsadas por el PRT, comenzó a establecerse una relación clara entre ciertos activistas del movimiento y los partidos políticos. Aunque en 1991 se volvió a replantear el lanzamiento de una candidatura lésbica, no fue sino hasta 1997 que Patria Jiménez, de El Clóset de Sor Juana, logró ganar un escaño en la Cámara de Diputados.

En esos años comenzaron a surgir —como ya se mencionó— las asociaciones de carácter identitario que se encontraban fragmentadas y no se pensaban a sí mismas como un movimiento heterogéneo. Por ello —según algunos entrevistados—, la candidatura no obtuvo consenso por parte de los grupos existentes; además, al parecer hubo dos candidatos homosexuales, lo cual fragmentó los apoyos.

Lo cierto es que el hecho de concretarse la llegada de Patria Jiménez, activista fundadora del Movimiento Homosexual, a un cargo de elección popular puede explicarse principalmente por el sistema de redes que la activista tenía dentro del partido de izquierda, el PRD, más que por el apoyo de una comunidad o sector concentrado y políticamente fortalecido.

Sin embargo, la llegada de la activista al Congreso abrió las puertas para que futuros activistas identificaran esta vía como

un marco de posibilidad para el movimiento: un espacio de importante influencia política.

Justamente a finales de los años noventa la vida partidista ganó revuelo a nivel nacional y local, sobre todo con las reformas electorales que permiten una competencia más equilibrada. Aunado a ello se encuentran las inconformidades de diferentes sectores de la población, tras la aplicación de las medidas neoliberales y el sistema de causas que conjuntaba el movimiento cívico y de derechos humanos.

El juego de los partidos políticos se dinamizaba. A tal grado, que surgió el Partido Verde (PV) y el Partido Democracia Social (PDS), los cuales llevaban al menos en la denominación una agenda distinta de la de los partidos tradicionales. El PDS comenzó a incluir diferentes sectores de movimientos sociales en sus estructuras; entre ellos a activistas de la diversidad sexual. Fue el caso de la diputada que impulsó la ley de Sociedades de Convivencia en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal: Enoé Uranga.

La revitalización de los partidos y la oportunidad que Max Mejía anunciaba a inicios de siglo, comenzaba a ganar una particular construcción de sentido entre las agrupaciones del Movimiento LGBT.

Primero, porque las posibilidades de acceso a un cargo de elección popular no guardaban relación directa con la influencia que el movimiento podía ejercer, sino con la designación o decisión del partido.

Segundo, porque al abrirse la oportunidad de acceder a la toma de decisiones y a la administración de los recursos, distintos activistas consideraron —ya fuera por interés personal o por realmente aspirar a influir en las decisiones legislativas— participar ante el llamado de los partidos políticos.

Tercero, una vez que se presentó la oportunidad, algunas agrupaciones comenzaron a aparentar la titularidad del movimiento, crear agrupaciones fantasma para disfrazar un capital político inexistente; aunque, por otra parte, con el paso del tiempo la legitimidad ha tenido que ganarse al interior del movimiento, para poder realmente lograr apoyos y avanzar en la agenda desde dichos espacios de decisión.

Finalmente, la relación que el movimiento ha sostenido con los partidos se ha visto afectada por su intervención en la Marcha, cuya fecha de realización coincide con el mes en el que se efectúan elecciones cada tres o seis años. Es decir, la fecha abría una oportunidad para una rápida aparición y anexión tanto de contingentes como de promocionales de candidatos en la manifestación.¹¹

Dicha relación entre partidos políticos y organizaciones del movimiento llevó a construir un discurso normativo. Ello ocurrió cuando se aplicó un escrutinio al tipo de candidatos que provenían de las filas del movimiento, así como a quienes poseían capital político y legitimidad para participar en las campañas electorales.

Aún no se designan candidatos impulsados por el sector de organizaciones del movimiento, pues ello generaría fragmentación y divisiones, dadas las diversas posturas que prevalecen, así como la deficiente formalización de redes; o bien, la falta de una organización de organizaciones.

Tal vigilancia se ha aplicado de manera continua, y quienes parecieran afirmar la representación de las organizaciones del

¹¹ A partir de la reforma electoral de 2014, la situación cambió. Entre otras disposiciones, para 2015 ajustó los tiempos del proceso electoral y fijó las votaciones para celebrar elecciones en el mes de junio.

movimiento no han sido incluidos, como ha ocurrido en varias ocasiones en temporadas electorales, a partir de diferentes desplegados en periódicos y medios de comunicación.¹²

El balance que hacía Max Mejía a principios de siglo coincidió con las diferentes y posibles rutas que tomarían algunos activistas, y que conforme fueron estructurándose en el campo del movimiento, irían configurando ciertas acciones de carácter normativo en las interacciones dentro de las agrupaciones, o en los diferentes intentos reticulares.

Por ejemplo, en la conformación de la Red Orgullo —que tuvo una duración aproximada de cuatro años— se renunció a los intereses partidistas y su clausura se hizo pública, con la finalidad de no caer presa de la adjudicación de un futuro candidato autodenominado “representante de la Red” (Hernández, entrevista, 2014).

Cuando apareció dicho sistema de relaciones con agentes externos que fueron influyendo en el movimiento, generó conflicto y división. Era un factor que se presentaba en términos de interacción y negociación que definía y llenaba los espacios vacíos de los que adolece el movimiento; sin embargo —en el momento cuando los activistas aplicaron una lectura del proceso—, su regulación se estableció.

Dado que no se dispone de una red formal que conduzca o coordine el movimiento, y que las interacciones han consistido más en coaliciones, los mecanismos de regulación al interior del movimiento consisten exclusivamente en sanciones de clausura de la interacción. De haber la posibilidad de

¹² Por ejemplo, véase la nota informativa de Anodis: “Usan nombres de ONG’s sin permiso para promover candidatura gay”, disponible en línea: 10 de marzo de 2009 <anodis.com/nota/13754.asp> [consulta: febrero de 2013].

conformarse una red formal de organizaciones, se requerirá regular dichos tres elementos potenciales de conflicto.

INSTITUCIONALIZACIÓN DEL MOVIMIENTO LGBT

Como hemos señalado en el presente capítulo, el conjunto de acciones y formas organizadas de conducir el movimiento, las interacciones entre activistas y organizaciones, así como el contexto en el que se despliegan las actividades y las relaciones, se encuentran vinculados con la construcción intencional —aunque no planeada estratégicamente— de un marco de sentido del movimiento y sus organizaciones. Se trata de un proceso de construcción de un campo así como de la institucionalización de diferentes formas y en distintos niveles.

En otras palabras: la adecuación a las lógicas institucionales de los derechos humanos y la diversidad sexual que se traducen o transforman en el momento de su alineamiento a un movimiento de identidades LGBT. A decir de uno de los miembros de Desyde:

[...] que sin duda alguna hay esta conciencia de que es una lucha de largo aliento, y que en esa medida el asunto tiene distintos niveles; en este momento, un trabajo importante hacia las instituciones a partir de los cobijos que da la ley para intentar que el discurso cambie (Desyde, entrevista, 2005).

En la adecuación de estas lógicas, se presentan procesos tanto de construcción como de promoción de identidades grupales y colectivas homodirigidas, acompañadas de repertorios de

acción y organización que fueron conformándose en plantillas para proceder en el movimiento.

La lista es variada pero al menos las Marchas, las Semanas Culturales, los Martes de *El Taller*, los grupos de base identitarios (autónomos) y las asociaciones civiles (legalmente constituidas), son elementos que han estabilizado la manera de conducir y dar por hecho el modo de actuación en el movimiento y fuera de él. Todos ellos constituyen sus portadores de regularidades arquetípicos.

Las organizaciones del movimiento social han comenzado a mostrar una tendencia hacia la formalización, pese a la crítica interna prevaleciente, vigente y legítima. Dicha formalización ha llevado a la profesionalización de los activistas y las organizaciones, a contar con estructuras más sólidas, en comparación con las agrupaciones del pasado. Ello permite dar continuidad y vigencia al proyecto del movimiento, aunque también lo limita al moverse bajo el esquema que las reglas gubernamentales le imprimen.

La instalación de espacios de interlocución y las subsecuentes instancias formalizadas en el gobierno local, hacen patente tal institucionalización. Además, dicho proceso de formalización ha hecho que las organizaciones del campo tiendan a la tecnificación del activismo, como enunciara Rafael de la Dehesa (2012). Se trata de un modelo gerencial de competencia: el proceso que ha ido adoptando el tercer sector mexicano.

La presente investigación no se detiene en elementos estructurales, los cuales para este caso resultan coincidentes con el fenómeno de las organizaciones de la sociedad civil mexicana.

En el Movimiento LGBT prevalecen lógicas organizacionales que se acondicionan y adecuan al marco de sentido del

movimiento mismo: acciones y formas organizacionales que se ven plasmadas en su eficacia, en sus deficiencias y alcances. Ellas se basan en los derechos humanos y las identidades sexo-genéricas, los cuales en algunos momentos resultan compatibles para llevar ciertas agendas a la escena pública. Sin embargo, en la otra cara de la moneda, se traspasa el marco de actuación a uno más político en términos de dominación-liberación de los comportamientos, de los cuerpos, de las maneras de comprender el mundo.

Del mismo modo, prevalece la incompatibilidad al proponer una agenda de derechos humanos de diversidad sexual, asentada en agendas internacionales, como los matrimonios entre personas del mismo sexo. Aunque en el sentido de la narrativa, ello ofrece una perspectiva de ampliaciones del marco de posibilidad para la promoción de las identidades y los derechos.

Es decir, la atracción de las lógicas de ciudadanía y derechos humanos que pueden traducirse de maneras diferentes tanto para grupos formales como para las agrupaciones identitarias y grupos de base, pero que en conjunto —en el campo del Movimiento LGBT— resulta congruente.

Xabier Lizarraga, de *Guerrilla Gay*, lo interpreta de la siguiente manera,

Ah, bueno, si la ley está hablando de “derechos humanos”, pues yo voy a usar su lenguaje para atacarlo. Yo personalmente considero que la noción de *derechos humanos* es algo tan abstracto que cada quien entiende lo que le da su gana. Entonces ellos lo usan, yo lo voy a usar para revertirlos. A veces tienes que luchar con las mismas armas que ellos. Si ellos usan espa-

das, pues usas espadas... porque lo que quieres es obtener un objetivo (Lizarraga, entrevista, 2014).

Las posibilidades de organización y actuación (los repertorios) se han distinguido por ir concentrándose bajo las dos lógicas señaladas. Una basada en los “derechos”, lo que ha implicado actividades de difusión, cabildeo y participación en la formulación de políticas públicas bajo estos ejes. Otra, “identitaria”, en la cual encontramos que las agrupaciones realizan actividades lúdicas, de socialización, de fortalecimiento de identidad, como ejemplos más consistentes.

En suma, el campo del Movimiento LGBT se encuentra cruzado por esas dos construcciones de sentido que forman parte de portadores de regularidad cognitivos y que amalgaman el conjunto de los otros portadores. Así pues, ello otorga sentido al campo del movimiento social LGBT.

Lo anterior no significa que tales ideaciones funcionen de manera idónea. Ello se debe a que algunas organizaciones y agrupaciones contemplan como opción influir en la formulación de leyes y el diseño de políticas públicas. Mientras otras se concentran en la promoción y mantenimiento de procesos identitarios. La combinación de las dos posibilidades no queda descartada.

A partir de la emergencia del campo organizacional del Movimiento LGBT, el sistema de interacciones ha consistido en el conflicto entre grupos. Dicho elemento de conflicto constituye parte de la conformación de un campo. De hecho, para Bourdieu y Wacquant (1995), el carácter relacional es permanente, y la lógica de dominación se halla siempre en juego, en consonancia con la intencionalidad de estabilizar las relaciones.

Dentro del campo, tales conflictos —que en buena medida son causados por las interacciones no sólo de carácter interno sino también por las del exterior— han conducido a concretar un sistema de relaciones basado en la renuncia a transigir y entonces se plantea la posibilidad de romper con la norma establecida.

El sistema de sanciones en las interacciones padece de debilidad dado el carácter de los movimientos sociales que —al igual que las organizaciones— se basan en la lealtad que se otorga a un programa o proyecto; la voz, es decir, la intervención para modificar el rumbo del mismo, y la salida (es decir, abandonar o desistir de la acción colectiva como mecanismo de acción), en un sentido cercano a lo planteado por Hirschman (1970).

Como se ha señalado ya, la interacción entre organizaciones ha consistido en aplicar ciertas fórmulas que en el campo del movimiento acentúan o atenúan la influencia externa proveniente de los partidos políticos, los empresarios, y las agencias de gobierno. Lo anterior no significa desistir de la interacción, o que todos ellos no puedan ser potenciales aliados que conduzcan hacia propósitos comunes, sino que en el campo del Movimiento LGBT, influyen en la labor de deslindar las fronteras y los alcances.

Conclusiones

Explicando la institucionalización de los Movimientos Homosexual y LGBT en la Ciudad de México

El análisis desarrollado a lo largo de los capítulos precedentes permite identificar dos conjuntos de hallazgos; asimismo, formular una reflexión teórico-conceptual relacionada con la institucionalización de los movimientos sociales.

Primero, se reconoce la conformación de dos *loci* institucionalizados con esfuerzos orientados a metas, y arenas de disputa demarcadas de manera diferenciada. Es decir, dos campos de movimientos sociales: el del Movimiento Homosexual y el del Movimiento LGBT.

Definidos por sus portadores de regularidades, los dos campos cuestionan los planteamientos esbozados en otras investigaciones en cuanto a una trayectoria del Movimiento LGBT mexicano, que parte del Movimiento Homosexual de los setenta e incluye el movimiento de atención a las víctimas del VIH.

Por otro lado —de acuerdo con la narrativa construida en los capítulos de la presente investigación—, se identifica una importante interacción entre los actores en lo que respecta a las definiciones de *campo de movimiento*, así como las influencias que ejerce el entorno cognitivo, relacional y arquetípico en los distintos portadores de regularidades.

La conjunción de tales elementos mediante las interpretaciones de los actores permite reconocer la manera como el Movimiento Homosexual se conformó, basado en una identidad política homosexual, “ideologizada” y “mesiánica”, al igual que las restricciones que esa misma conformación adoptó, objetivada en grupos no formales aliados de los sectores de izquierda, lo cual arrastró a dicho movimiento a su declive.

Asimismo, se reconoció cómo el Movimiento LGBT se ha institucionalizado a partir de una estructura de movimiento de movimientos de carácter plural, basada en los derechos humanos y las identidades sexo-genéricas.

Los elementos característicos de cada uno de esos movimientos (destacados en las narrativas de los capítulos precedentes), han sido considerados piezas de un todo. Para la presente investigación, se trata de los factores que se dan por hecho en cada uno de los movimientos; asimismo, el trayecto escogido permite producir y reproducir “por lo que se lucha” y “cómo se lucha”. Como un todo, sí; aunque articulado.

En este Cuaderno de Investigación, el caso de estudio se planteó a partir de preguntar cómo el Movimiento LGBT fue abordado mediante la aplicación de una propuesta de modelo de análisis para la institucionalización de los movimientos sociales. Igualmente, se reflexiona sobre los resultados y tratamiento del presente trabajo en lo relacionado con los aborda-

jes que se aplican en el análisis de la institucionalización de los movimientos sociales.

EL MOVIMIENTO HOMOSEXUAL Y EL MOVIMIENTO LGBT DOS CAMPOS DIFERENCIADOS

Con fines expositivos, en esta sección se despliega un esfuerzo comparativo entre los dos campos de movimiento: se destacan sus similitudes y se ponen de relieve sus diferencias. Poder dedicar atención en la manera como uno y otro movimiento se institucionalizaron, resulta clave para generar explicaciones en términos del abordaje al campo de los movimientos, con el objetivo de replantear las continuidades y discontinuidades entre movimientos, al igual que refutar los argumentos de una trayectoria del Movimiento LGBT.

En las contribuciones académicas acerca de la trayectoria del Movimiento LGBT mexicano, el Movimiento Homosexual es considerado antecedente y punto de partida en la trayectoria del Movimiento LGBT actual. Autores como Salinas (2008) han planteado que el movimiento de atención a víctimas y enfermos del VIH formó parte del Movimiento Homosexual, como ocurrió en muchas latitudes del mundo.

Por otro lado, Díez (2011) establece que desde que surgió el Movimiento Homosexual hasta que se manifestó el movimiento lésbico-*gay* de principios del siglo XXI, prevalecen las continuidades: una “evolución” del movimiento en la interacción entre oportunidades políticas y construcción de identidad.

En el presente trabajo, los hallazgos demuestran que ambos movimientos tienen en común interpelar el predominio

de las normas sociales que influyen en la plena realización de las personas como sujetos sociales en su carácter afectivo y sexual, al igual que los efectos que de ahí se desprenden en otros espacios o arenas institucionales sociales y políticas.

Sin embargo, los datos e información recabada para el presente estudio, los cuales fueron organizados y analizados a partir de la categoría de *campo*, permiten identificar dos procesos de acción colectiva claramente diferenciados. Ello es así tanto en sus marcos de sentido, formas de interacción, arquetipos de acción y organización, como en la construcción de identidades colectivas.

En concreto, se trata de dos movimientos diferenciados en la manera como ellos se definen, operan y estabilizan: como un campo de movimiento social.

Los objetivos primarios de la presente investigación no se centraron en realizar una comparación del movimiento en su trayectoria; sin embargo, al utilizar la categoría analítica y conceptual de *campo*, resulta evidente que se pueden demarcar dos movimientos claramente diferenciados (véase el cuadro 1).

Por una parte, un Movimiento Homosexual que surge con el propósito de generar visibilización acerca de la manera como se ha definido la categoría “homosexual” desde diferentes lógicas institucionales como la medicina, el derecho, y la religión. Se trata de la generación de un discurso político que retoma la categoría “homosexual” con el objetivo de revertir su significado para formular la definición de “sujeto social”.

Tal nuevo “sujeto social” tuvo sustento en la idea de *liberación sexual*, y su resonancia con las ideas socialistas de los movimientos de izquierda de la época.

Cuadro 1
Conformación de los campos
Movimiento social Homosexual y Movimiento LGBT

Portadores de regularidades		Movimiento Homosexual	Movimiento LGBT
Cognitivo-normativo	Marco	Liberación sexual/ socialismo <i>versus</i> categorías opresivas	Derechos humanos/ identidad <i>versus</i> exclusión social- ciudadanía
	Compromisos	Ideológicos	Político-identitarios
Relacional	Identidad	Homosexual varonil (simétrica diferenciadora)	Diversidad sexual/ LGBT (simétrica inclusiva)
	Coordinación	Coaliciones (Consejo General Homosexual)	Comunitaria/ coaliciones (redes formales e informales)
Arquetipos	Acción	Expresiones de izquierda Adoctrinamiento Marchas, mítines, eventos culturales	Expresiones del cuerpo Fomento de identidades Marchas, eventos culturales, foros
	Organización	Informales	Autónomas/formales
Proceso de institucionalización del movimiento		Declive en la conformación del campo/ interrupción de la institucionalización	Conformación de campo del movimiento/ institucionalización/ diferentes gradaciones y niveles

Fuente: Elaboración propia.

En contraste, el Movimiento LGBT retomó el discurso sobre derechos humanos que viene revitalizándose en el espacio local y nacional, así como el carácter de exclusión a partir de la idea de *ciudadanía*. Más que fomentar una categoría “homosexual”, se promueve la idea de la diferencia en las maneras de disfrute, concepción, prácticas y ejercicio de las identidades sexuales que no requieren una expresión libertaria sino inclusiva en la sociedad basada en derechos.¹

En el sistema de relaciones que operaron dentro de sí (entre sus participantes y los modos como se definen ante el exterior), el Movimiento Homosexual planteó las interacciones entre activistas y agrupaciones, sobre la base de compromisos ideológicos de izquierda; mientras que el Movimiento LGBT propone los compromisos contraídos entre sus activistas y las organizaciones en términos del carácter identitario sexual y de género.

El primero supone una rigurosa evaluación acerca de la coherencia que prevalece entre ideología y *praxis*, así como el uso de categorías acordes con estas evaluaciones en las relaciones internas y con otros movimientos de izquierda. En el segundo se reconoce una evaluación basada en la identidad colectiva y la competencia que se libra entre activistas, cuyo principio rector es la inclusión. Hacia el exterior, se concentra en la vigilancia del predominio de los intereses personales sobre los del movimiento, básicamente en la relación con los empresarios y los partidos políticos.

¹ Es importante señalar que mientras en Estados Unidos el movimiento lésbico-gay propugnaba por derechos civiles a finales de la década de los setenta, en México este marco no se construyó ni pudo concretarse sino hasta la segunda mitad de la década de los años noventa.

En el Movimiento Homosexual se establece una identidad homosexual “simétrica diferenciadora”: el reconocimiento y apropiación de la identidad homosexual, pero en disputa por su redefinición en el nivel social. En el Movimiento LGBT, una identidad “simétrica inclusiva” (el reconocimiento en diferentes espacios de la vida social) y desde el movimiento que va regenerándose y evolucionando conforme se definen nuevas maneras de pensar, así como de entender la sexualidad y las identidades de género.

En el Movimiento Homosexual: una identidad homodirigida. En el Movimiento LGBT: una identidad homodirigida y, paulatinamente, heterodirigida, en la medida en que en otros campos se asumen las identidades que conforman el movimiento.

En la manera como se coordinó el Movimiento Homosexual, se reconocen acaloradas disputas relacionadas con el enmarcamiento del movimiento, además de los conflictos y definiciones ideológicas que impidieron las coaliciones que las agrupaciones deseaban celebrar.

Por otro lado, la trayectoria y la historia de disputas e interacciones entre activistas LGBT, así como el fomento de una identidad de diversidad, permiten conformar una coordinación latente basada en un sentido de *comunidad*, lo cual conduce a experiencias de coaliciones cuando los activistas y sus organizaciones identifican campañas que contribuyen directa o indirectamente a los propósitos del movimiento.

Finalmente, es importante destacar los repertorios de acción que ambos movimientos comparten; sin embargo, poseen sentidos distintos, acordes o cercanos al modo como cada movimiento se enmarca.

En el Movimiento Homosexual, los repertorios adaptados se traducen en maneras de interpelar el régimen político, pero también de crear una identidad con los movimientos de izquierda de la época.

Para el Movimiento LGBT, los repertorios de acción característicos se configuran *ex profeso* para crear, mantener y reproducir identidad sexual y genérica; tales repertorios tienen efectos para acordar, negociar y coordinar el movimiento. Ejemplos claros de lo anterior son la Semana Cultural y la Marcha del Orgullo.

Para el Movimiento Homosexual, los grupos de base fueron reconocidos como el elemento más apropiado para disputar con las lógicas institucionales dominantes, así como para desafiar al régimen político autoritario.

El Movimiento LGBT —por su parte— retoma el modelo de asociaciones civiles como el recurso que permite generar demandas y respeto a los derechos, al igual que fomentar identidades mediante la dotación de servicios. También se halla conformado por un sector de grupos de base: agrupaciones que se concentran en la promoción de identidad por diversas vías que van de lo lúdico a lo cultural y lo político.

Mientras tanto, los repertorios de organización están restringidos por las posibilidades que se encuentran en el entorno sociopolítico en la lógica formal de organizaciones de la sociedad civil, en combinación con las definiciones de los marcos de acción para el Movimiento LGBT.

El presente trabajo ha demostrado la presencia de dos movimientos claramente diferenciados. Más aún, la explicación del declive que experimentó el Movimiento Homosexual, permite ofrecer mayores elementos para discutir la idea de la continuidad y la trayectoria del Movimiento LGBT. En vir-

tud de ello, y a partir de los elementos disponibles —tanto analíticos como de información—, es necesario generar una explicación que rinda cuenta del declive ocurrido en la conformación del campo, así como de la interrupción en el proceso de institucionalización del Movimiento Homosexual.

En realidad, el hecho de interrumpir la institucionalización (o desinstitucionalización) resulta un factor que ilustra el declive del movimiento mismo.

Hay autores que señalan que el declive se atribuye a factores estructurales. Salinas (2008) —por ejemplo— argumenta que la crisis del movimiento sobrevino a consecuencia de una participación de integrantes que se redujo debido a la crisis económica de 1982, al igual que al subsecuente efecto de los potenciales adherentes en las condiciones económicas; así como a la llegada del VIH, que causó muerte entre los activistas, además de que se presentó la necesidad de brindar cuidados y atención a los enfermos.

En un texto que resulta muy ilustrador, Roberto González Villareal (2001) plantea que la continuidad del movimiento se vio afectada por el desfase que ocurrió entre los logros y la interpretación que se hizo de dichos logros para sobrepasar la etapa señalada. Mogrovejo (2000) comenta que en el movimiento se practicaron exclusiones de diverso tipo, pues la imposición machista de los varones homosexuales tuvo efectos en la continuidad de las lesbianas; a resultas de ello, el movimiento se fue marginando a sí mismo.

Mientras Salinas otorga mayor importancia a las explicaciones estructurales, González y Mogrovejo formulan explicaciones a partir de los actores y su interacción, así como de la interpretación del movimiento. Mi enfoque se acerca más a lo planteado por estos dos últimos autores, aunque dado el

marco de análisis propuesto para el presente trabajo, la explicación puede complementarse con otras categorías y dimensiones.

Convengo parcialmente con Salinas: el VIH ejerció tremenda presión en la continuidad del movimiento, aunque propongo que ello fue causado por la crisis interna, ante la falta de acuerdos en la conducción del movimiento. A lo anterior se sumó el surgimiento del VIH; por si fuera poco, las interpretaciones de los activistas en torno a la enfermedad terminaron sepultándolo.

La sentencia “Eutanasia al movimiento lilo...” —como clamaron algunos activistas en la Marcha del Orgullo de 1984— fue ejecutada.

La presente investigación sostiene que el Movimiento Homosexual entró en declive debido a dos factores que se combinaron en el campo:

1. Crisis en la *arena de disputa* a causa de la falta de acuerdos, y
2. Una *falta de adecuación en la orientación hacia metas precisas*, debida a un logro simbólico como la visibilización del problema (éxito del movimiento), aunada a un evento disruptivo: la aparición del VIH.

La crisis interna se desencadenó debido a la politización e ideologización respecto del comportamiento de los miembros del movimiento; ello condujo a destacar las diferencias ideológicas, además de las imposiciones de categorías sexuales diferenciadoras con privilegio concedido a lo homosexual varonil. De tal modo, no puede soslayarse el carácter dominante de la categoría “homosexual” y su falta de consonancia con las

otras categorías identitarias que se encontraban presentes o en proceso de definición, como la lésbica, la trans y la bisexual.

Dichas configuraciones se estabilizaron en el momento inicial, al definir un acuerdo intersubjetivo acerca del problema y las maneras de proceder. Ello se debió a que un primer planteamiento basado en la carga de la necesidad del ocultamiento y la estigmatización de *lo* homosexual fue rápidamente acogido por los distintos sectores de los movimientos sociales y partidos políticos, así como de las poblaciones homosexuales (también lésbicas y travestis).

En el proceso de readecuación del movimiento (renegociación del acuerdo intersubjetivo), la aparición del VIH —acompañada por la definición estratégica para atender a los enfermos por parte de los activistas homosexuales— socavó el movimiento de liberación. Las escasas agrupaciones homosexuales dirigieron su atención de manera prioritaria a atender a las víctimas de la enfermedad, así como a divulgar información referente a temas de educación sexual. Tal proceso condujo a la “deshomosexualización y sidificación del movimiento”.

Dicho de otro modo: el giro se orientó a introducir nuevos intereses, a promover otras lógicas, y a desistir de los objetivos primordiales de disputa con las normas sociales que limitan la existencia de nuevos sujetos sociales y que plantean maneras distintas de entender la sexualidad. En concreto: el campo del Movimiento Homosexual entró en un proceso irreversible de deterioro.²

² Esto empero dio cabida, como se mencionó en el primer capítulo, al surgimiento del campo del movimiento de atención al VIH.

Como se mostró en los capítulos previos, la reactivación de un movimiento que demandó un modo distinto de aplicar las normas sociales prevalecientes acerca de las personas con preferencias e identidades sexuales y de género distintos, cayó en un *impasse* que duró casi una década. Mientras tanto —subrepticamente—, ciertas agrupaciones iban a resignificar el movimiento sobre la base de identidades sexuales y de género: Guerrilla *Gay*, Colectivo Sol, Círculo Cultural *Gay* y El Clóset de sor Juana.

“UNA INMENSA BOLA DE PAJA QUE SE MUEVE”
LA INSTITUCIONALIZACIÓN DEL MOVIMIENTO LGBT

En una de las entrevistas realizadas a la activista trans Angy Rueda, describió el movimiento de la siguiente manera:

[...] lo que hay es una especie de... Yo lo vería como de “densidad sociocultural y política”, que se mueve, que se mueve... como si fuera una inmensa bola de paja que se mueve para acá, que tiene hoyos, que la pueden influir; pero ciertamente no se puede destruir (Rueda, entrevista, 2014).

Para los términos de la presente investigación, lo declarado por Angy Rueda nos acerca a una metáfora que refiere a la idea de *campo* e institucionalización del Movimiento LGBT.

La conformación de esa “densidad sociocultural y política” tuvo lugar en un momento en el que privaba la coherencia, así como el sostenimiento de un marco de sentido que se construyó en interacción con lógicas institucionales distintas. Dicho marco se tradujo en un conjunto de organizaciones y actores

del movimiento social en elementos simbólicos y materiales que suelen dar tanto regularidad como estabilidad a la acción colectiva.

La emergencia de un campo de Movimiento LGBT cruzó por un proceso de definición de identidades homodirigidas. Es decir, de las categorías identitarias lésbicas y *gays* tanto en el nivel de los activistas como en el encuentro entre organizaciones. Ello se manifestó con claridad en dos eventos que actualmente constituyen sus arquetipos de acción e identidad: la Semana Cultural y La Marcha del Orgullo.

A nivel internacional, la categoría “diversidad sexual” desde la perspectiva de los derechos, fue retomada por varias agrupaciones; además, promovida y utilizada por otros movimientos locales, nacionales y supranacionales. La categoría fue rápidamente atraída por los activistas de los grupos lésbicos y *gays*, los cuales ya comenzaban a conformarse como organizaciones civiles legalmente constituidas.

Dicha definición del movimiento dejaba la puerta abierta para configurar e incluir otras identidades tanto sexuales (bisexuales) como de género (travestis, transgénero y transexuales).

Los activistas trans y bisexuales demandaron se consideraran sus identidades en el movimiento, al tiempo que sus agrupaciones se definían y se configuraban. Al incorporar la categoría “diversidad sexual”, se reconstruyó una evidencia de la exclusión social que padecen las diferentes categorías identitarias a causa de su orientación sexual y sus identidades de género; dicha exclusión queda acotada a una sociedad fundada en su carácter heterosexual.

Los procesos de institucionalización en el campo del Movimiento LGBT, fueron desplegándose a partir de la manera como los portadores de regularidades se hicieron coherentes

entre sí y confirieron un sentido colectivo a los actores y organizaciones del movimiento; sentido que los llevó a dar por hechas formas de actuación y proceder en la interacción sostenida tanto entre miembros del campo como con actores externos. Lo anterior sucede en el proceso de generación de regularidades “en juego” que representan las interacciones entre actores con su entorno; así como en la manera como el campo se orienta a metas.

Con la finalidad de reconocer las regularidades en tales dimensiones, se decidió centrar la atención en los portadores de regularidades de carácter cognitivo-normativo, relacional, y arquetípico. Son los elementos que se tratan a continuación, con el propósito de reconocer el nivel y grado de las regularidades que privan en la relación tanto interna como externa del campo del Movimiento LGBT.

En su proceso de enmarcamiento en conjunción con las lógicas institucionales, dicho movimiento identifica el predominio de la categoría “heterosexual” como dada por hecho; también como producto del cruce de varias lógicas. En otras palabras, se trata del carácter de heteronormatividad por el que se rige la sociedad. Esta definición aparece tanto en instituciones como en la familia, en las relaciones afectivas y amorosas: el desarrollo de los sujetos sociales en su individuación mediante la idea de *ciudadanía*.

Las lógicas institucionales —como se ha señalado en su reproducción y en sus efectos— llevan consigo un carácter dialéctico y crítico. En el campo del Movimiento LGBT, a partir de la definición de “ciudadanía” y “exclusión”, se ha interpelado al conjunto de lógicas institucionales por donde cruza la heteronormatividad; y ellas se han vinculado con el marco maestro de los derechos humanos y la idea de *sociedad civil*.

Vincular y replantear las lógicas de ciudadanía, derechos humanos y sociedad civil en el campo del Movimiento LGBT, permitió construir un andamiaje discursivo que increpaba directamente al gobierno en la creación de políticas públicas focalizadas, así como proponer reformas legales vinculadas con la regulación de la familia, el matrimonio, y la identidad genérica.

Por otra parte, se reconoce un movimiento plural e inclusivo que promueve, difunde y apoya las expresiones e identidades de diversidad sexo-genéricas emergentes. Ello representa el entramado simbólico o acuerdo intersubjetivo que se desarrolla al interior del movimiento. Tal red simbólica se traduce en diferentes maneras funcionales y expresivas, las cuales se ven condicionadas por las restricciones y oportunidades en las que operan.

En los portadores de carácter relacional, un peso importante se asigna a los procesos de construcción de identidades colectivas. Ciertos repertorios de acción promovidos en la década de los noventa permitieron consolidar las identidades grupales, mientras que el éxito de esos repertorios para llevar información, generar discusión y acuerdos —así como fomentar información y socialización con cierto carácter político—, permitieron el reencuentro entre activistas que comenzaban a construir un discurso basado en la diversidad sexual y los derechos humanos.

De manera simultánea, el gobierno local comenzó a adoptar la idea de *diversidad sexual* como parte de su política de inclusión de minorías y derechos. De tal modo se formuló la definición de una identidad simétrica entre movimiento y entorno. En este proceso de construcción de identidad colectiva, sin embargo, los activistas acordaron definir el movimiento de

carácter LGBT; ello con la finalidad de no difuminar las exclusiones diferenciadas dentro del movimiento.

En las interacciones entre organizaciones en el campo, se ha desarrollado una “coordinación de carácter comunitario”, dado el reconocimiento entre activistas a lo largo de la trayectoria del movimiento, al igual que los encuentros en diferentes escenarios y espacios tanto políticos como de sociabilidad. La organización de la Marcha del Orgullo constituye un referente indispensable de esta interacción que hizo sobrevenir discusiones, acuerdos y disputas entre activistas.

Sin embargo, las diferentes agendas y tratamientos particulares han impedido generar acuerdos para promover una organización de organizaciones. La coordinación se construye mediante procesos de configuración de coaliciones, las cuales —dado que cuentan con una base comunitaria— muestran cierta posibilidad de concretarse cuando las disputas logran definirse como agravio a la comunidad.

La falta de acuerdos ha impedido el desarrollo de experimentos que idealmente hubieran conducido a una coordinación bien “estructurada”. Es decir, la producción instrumental de un acuerdo que construyera reglas, reglamentos, distribución de atribuciones y tareas orientadas a coordinar y regular acciones colectivas que resulten congruentes y dispongan de mayores capacidades de interacción con el poder político.

En los arquetipos de acción se encuentran las prácticas difundidas a lo largo del tiempo, basadas en la experiencia de participación, al igual que las relaciones intergeneracionales que se han ido traduciendo de acuerdo con las definiciones que los actores forjan como parte de la identidad colectiva y el marco de acción.

Por otro lado, se requiere del desarrollo de acciones planeadas de manera coherente con el marco de sentido acotado y anclado en la diversidad sexual, con el propósito de efectuar modificaciones legales, generar políticas públicas y judicializar derechos. Dichos elementos especializados han llevado a la profesionalización del ámbito y por tanto a la incorporación de especialistas; a saber: abogados, sexólogos, y académicos.

En el campo del Movimiento se reconocen dos formas organizacionales predominantes, las cuales se hallan directamente vinculadas con el marco y las identidades, en lo referente al entorno que se sobrepone a él:

- 1) unas lo definen vinculado con el control de los intereses y estrategias de las organizaciones mediante el alineamiento a las políticas del gobierno, por lo que prefieren conformarse como grupos de base e identitarios (informales);
- 2) otras (organizaciones legalmente constituidas) se adaptan a las oportunidades que ofrece el marco institucional que rige para tener acceso a los recursos e intervenir mediante repertorios de acción acordes con la gestión de políticas públicas y la exigencia de derechos.

El modelo de organizaciones legalmente constituidas es el que en la actualidad predomina en el campo del Movimiento, y el cual ha ejercido efectos más visibles en el entorno político institucional. Dado el carácter de la investigación realizada, esto último no se puede deducir numéricamente, pero sí puede hacerse una interpretación al respecto; ello de tres modos:

- 1) del conjunto de 15 actores representantes de agrupaciones entrevistados, cinco no contaban con documentación legal; sin embargo, la mayoría buscaba registrarse, o había intentado hacerlo;
- 2) el escenario que tuvo mayor efecto en las relaciones e interacciones con políticos y dependencias de gobierno, se desarrolló con mayor agilidad para las organizaciones que contaban con registro oficial.
- 3) las actividades que se despliegan predominantemente en el Movimiento replican la pauta que este tipo de organizaciones observa.

Mientras las asociaciones con registro ejercen mayor influencia política y legal, las asociaciones autónomas se enfocan en brindar atención a las comunidades, divulgar información, promover actividades de socialización así como en hacer difusión de las identidades.

En el campo del Movimiento LGBT se ha logrado concretar un eje en la construcción de sentido acorde con la manera como se articula la identidad colectiva en el movimiento. Sin embargo, en la práctica dos modelos se encuentran en contraposición: uno dedicado a difundir identidad y otro, a promover derechos y políticas. Uno alterna con las poblaciones y ciertos espacios de la vida social; mientras otro se define en relación con el Estado.

En términos del campo, tales modelos resultan afines, aunque no se libran de padecer cierta tensión conflictiva y recibir alguna crítica recíproca. Mientras todos los activistas reconocen que el Movimiento no concluye con la obtención de derechos y figuras legales, otros apuntan que el tema de

las identidades debe ser superado, dada la diversificación y la dificultad para considerarlas de manera estática.

Lo señalado en último término representa una tendencia hacia lo *queer*. Aunque tales discusiones rondan el Movimiento, siguen siendo periféricas en términos de “lo que se lucha” y “cómo se lucha”.

Por otro lado, las posibilidades que ofrece el campo del Movimiento tras su conformación y estabilización, han llevado a promover intereses externos en las lógicas del movimiento, las cuales desean incorporar lógicas de mercado, o intereses políticos concretos.

Tal marco de circunstancias conduce a la posibilidad de formular redefiniciones así como evitar pensar en la institucionalización como algo inamovible y de larga duración. A decir de la activista Angie Rueda, como una “densidad socio-cultural que se mueve: que es influenciable”.

LA COMPRENSIÓN SOCIOLÓGICA DE LA INSTITUCIONALIZACIÓN DESDE EL MOVIMIENTO HOMOSEXUAL Y EL LGBT

De acuerdo con la propuesta de campo de movimiento social, con la finalidad de analizar la institucionalización de un movimiento, el modelo de análisis utilizado ha permitido reconocer las motivaciones para el surgimiento de los movimientos, como se demostró en los casos del Movimiento Homosexual y el Movimiento LGBT.

De la misma manera, permitió reconocer los procesos que socavaron el primer experimento de movimiento social, así

como los que dieron origen a uno subsecuente, con todo y sus formas expresivas y procesos de estabilización.

Dicha aproximación ha permitido descentrar las explicaciones estructuralistas en la institucionalización de los movimientos. El análisis ha permitido identificar el declive en la trayectoria de un movimiento, así como el resurgimiento y readecuación de otro. En términos del campo de movimiento social, se reconocieron varios procesos: un campo que emerge, se contrae, se convulsiona; y uno que se expande, se encuentra en proceso de estabilización interna, así como en relación con el nivel societal.

En la búsqueda de una explicación de nivel meso y micro de la institucionalización de un movimiento, la idea *campo de movimiento social* resulta de utilidad para abordar el punto y explicarlo. En la presente investigación, las intenciones que explicitan un proceso en el nivel de campo resultaron congruentes con los argumentos que los casos supusieron, aunque con gradaciones distintas.

Tal aproximación permite observar procesos definidos y contruidos por los actores mismos en interacción con su entorno para establecer acuerdos intersubjetivos que se materializan o se traducen en elementos simbólicos que a su vez resultan en elementos dados por hecho para llevar a cabo procesos de acción colectiva. Los procesos que son afines entre portadores de regularidades e ideaciones, funcionan como elementos explicativos para reconocer el carácter de institucionalización o declive de un movimiento social.

Esta investigación permite reconocer que se requiere ir allende el simple poder de la elite, o los intereses de los grupos que conforman el Movimiento, para entender cómo las instituciones desempeñan un papel entre los actores del movi-

miento que se reconocen e identifican a sí mismos. Ellos son quienes las interpretan y definen después de un proceso de adaptación, apropiación y traducción; de tal manera, las instituciones tienden a estabilizarse en el nivel de campo.

Además, las instituciones cumplen un papel externo: generan presiones, plantean alternativas, y ofrecen posibles soluciones más allá del ámbito de la política. Se trata de las instituciones que comprenden elementos que se encuentran circundando la vida social de los actores del movimiento. Por ejemplo, la institución del matrimonio, la adopción, el reconocimiento de la identidad.

Analizar los elementos estables luce a primera vista un contrasentido, dado lo dinámico de los movimientos y las propuestas de alternativas novedosas de cambio social que se les asigna. Sin embargo, tal contrasentido conceptual encuentra asidero justo en la construcción de sentido del movimiento y su objetivación en portadores distintos de regularidades.

La aproximación al campo del movimiento social LGBT permitió observar las contingencias que conducen a la conformación de un campo, los intentos por configurarlo y el declive que sobrevino cuando se intentó reformular su constitución. Esta propuesta analítica permitió atribuir a los portadores de regularidades un rasgo dinámico dominante que reconoce que la conformación de identidad colectiva constituye un punto relevante en la emergencia; pero igualmente importantes son las traducciones que se hacen de las categorías vinculadas con las lógicas institucionales a las cuales el movimiento se puede referir.

Asimismo —como se mostró—, los procesos de interacción entre actores en relación con su entorno van conformando el carácter normativo del campo. En tal entorno se considera

a las agencias gubernamentales como más influyentes, pero también al mercado, los partidos políticos y otros movimientos próximos como el feminista, el del VIH, y el de los derechos humanos.

Tal modo de aproximación permitió comprender las rutas, los objetivos y las estrategias del Movimiento LGBT, al igual que diseñar un acercamiento a sus futuras disputas, intermediaciones y mecanismos de acción.

Finalmente, debe considerarse que se requerirá poner a prueba el modelo analítico aquí propuesto para explicar otros casos; es decir, en otros movimientos sociales, particularmente aquellos cuya vigencia perdura aún. Movimientos sociales como los denominados “nuevos”, pueden aportar insumos valiosos al respecto.

Cuando se cuestiona a la teoría de los movimientos sociales acerca de la institucionalización, las respuestas suelen ser diferenciadas y poco tratadas en la teoría, como se apunta en el primer capítulo de la presente investigación.

De hecho, el tratamiento aplicado a dicha temática ha quedado ciertamente rezagado, ha sido soslayado y ha desempeñado un papel secundario debido a que las discusiones sobre los movimientos sociales han preferido temas como la emergencia del movimiento, los impactos sociales, las estrategias de acción, los ciclos de protesta, al igual que elementos externos como las oportunidades políticas, además de la creación y formulación de las demandas a partir de procesos cognitivos.

Las diferentes explicaciones respecto de la institucionalización de los movimientos resultan consustanciales a los planteamientos de las distintas perspectivas (no podrían ni deberían ser de otra manera); pero en ese tránsito, el interés por dar explicaciones a este fenómeno resulta escaso.

En otras palabras: en el tratamiento del tema de la institucionalización se han generado pocas explicaciones que se centren en el fenómeno mismo.

En este Cuaderno de Investigación se ha propuesto una estrategia y un marco teórico que permitan avanzar en el tratamiento del complejo fenómeno que plantea la manera como se conduce un movimiento y los factores sociales que lo animan.



Anexo metodológico y diseño de investigación

METODOLOGÍA

Esta investigación puso en su mira la construcción intersubjetiva de sentido, su materialización y su estabilización en el Movimiento LGBT.

Los actores en los movimientos sociales interpretan su entorno y —de acuerdo con esa interpretación— organizan sus estrategias. Al ceñirse a ese lineamiento, promueven su identidad grupal así como una identidad socio-cultural que en algunos casos trasciende el movimiento mismo.

La institucionalización de un movimiento, y la construcción social que revisten los actores, ocurre como parte fundamental en el movimiento para generar una idea de potencialidad en las estrategias, demandas, así como su subsistencia misma. Los movimientos sociales no son entidades autónomas o ajenas a sus entornos; sus actores definen el curso que

van a seguir en referencia a dichos contextos, en la manera como los interpretan.

El paradigma interpretativista (Weber, 2015; Schutz, 1993), base de los métodos cualitativos, ha ofrecido especial atención a la construcción de sentido, a un conocimiento consensuado, como parte de micro-procesos sociales que repercuten en un nivel macro o meso en el momento de generar su comprensión. En este caso —en virtud de haber abordado un movimiento social a partir de la lógica del interpretativismo—, se trata de encontrar síntesis estratégicas de los pormenores históricos, así como de hallar el significado de las acciones, en un contexto inteligible para los actores sociales.

En el análisis de los campos pueden encontrarse dos modos de aproximación: uno objetivista y otro subjetivista (Scott, 2014). En la búsqueda de construcción de sentido por parte de los actores que tengan como referencia elementos estables y rutinarios, se genera una aproximación a partir de la subjetividad de los participantes del movimiento, las organizaciones y las maneras de estabilizar en la interacción, así como las disputas que —al librarse— conducen a esas definiciones.

Los procesos de institucionalización tienen un carácter relacional implícito. Durante el proceso de construcción de sentido y negociación, se disputa la estabilización en la distribución de los recursos; se define qué trayectoria seguirán las regularidades o patrones de acción; así como qué elementos facilitan su reproducción.

Lo anterior entraña que al abordar la institucionalización, el acto de investigar se realice *a posteriori*: una vez que ciertas regularidades se hayan hecho observables. Parafraseando a Martin (2003), mientras que la institucionalización consiste

en el proceso de conformación de un patrón regularizado, su estudio consistirá en la manera como las regularidades observables se concretan en procesos igualmente observables.

La necesidad de revisar tales procesos conduce a identificarlos en su conformación en el tiempo, en el momento de su producción, así como en su reproducción. El propósito: reconocer que han sido estabilizados en las relaciones, las acciones y las maneras de comprender el movimiento.

Por otra parte, los “portadores de regularidades”: cognitivos, relacionales y arquetípicos (los cuales se tratan con mayor detalle en el capítulo “Institucionalización de los movimientos sociales desde la noción de *campo*”), deben ser pensados como instrumentos útiles en el análisis para llevar o transportar —incluso producir y reproducir— los significados del movimiento.

Sin embargo, el significado no puede ser reducido al medio. El significado es el espacio cognitivo que el movimiento crea; se trata de un ámbito donde un nuevo tipo de ideas y relaciones habrán de desarrollarse. En el momento cuando ideaciones y medios coinciden, se vuelve posible inferir que el movimiento está institucionalizándose.

Las instituciones existen como formas de alineamiento que orientan la acción de manera integral e intersubjetiva (Powell y Colyvas, 2008). De tal modo, el campo del movimiento establece —por un lado— *por lo que se debe luchar* como parte del alineamiento orientado a metas; mientras que de manera interna establece “*lo que debe hacerse*” y “*cómo debe hacerse*”, en relación con la disputa interna y en la manera como se dirige la acción: en el modo como se organiza el campo.

El estudio de caso resulta la estrategia más acorde y conveniente para el desarrollo de esta investigación. El Movimiento

LGBT es un caso típico que encuentra resonancia en relación con los movimientos de demandas contrastantes con la heteronormatividad, y en cierta medida con los nuevos movimientos sociales que pugnan tanto por demandas postmateriales como por modificaciones institucionales.

Dicho tipo de estudio se caracteriza por su utilidad para describir y explicar fenómenos sociales en escenarios históricos; así como por su flexibilidad en el tratamiento del comportamiento de los eventos (Yin, 1994). Ambas características son afines al tratamiento descriptivo, procesual y explicativo que plantea las preguntas que van a dar cauce a la presente investigación.

Un estudio de caso constituye una estrategia de investigación integral que consiste en la explicación de un fenómeno social y su contexto en interacción, donde sus fronteras se desdibujan un tanto. Es cierto: los estudios de caso no se limitan sólo a formular la definición del o los objetos de estudio, sino que despliegan su potencialidad para desarrollar y probar teoría, como se pretende en este Cuaderno de Investigación.

En tal sentido, el caso de estudio aquí tratado pretende ampliar la comprensión sobre los procesos que vuelven estables los movimientos sociales en términos de su institucionalización. En este Cuaderno, se busca revelar las variaciones y continuidades en la definición de un “campo de movimiento social”, lo cual depende de la perspectiva que adopten los distintos actores, así como de los componentes que la estabilización de los mismos produce y reproduce.

El estudio de caso, es decir el Movimiento LGBT de la Ciudad de México, deberá mostrar por qué la conformación del campo del movimiento bajo la definición de sus actores, permite comprender su potencial de institucionalización.

Del mismo modo, deberá mostrar que los planteamientos que las otras perspectivas configuran de los movimientos sociales resultan limitadas al carecer de elementos explicativos acerca de la manera como la institucionalización define los confines por los que va a transitar, así como lo acotado que resulta el hecho de que los movimientos giren en torno al marco de instituciones políticas y sean ellas las que definan este proceso.

DISEÑO DE INVESTIGACIÓN

El desarrollo de la investigación se vale del análisis cualitativo longitudinal; el resultado nos conduce hacia dos etapas para el análisis: la comparación entre observaciones realizadas en tres diferentes momentos (2001, 2005, 2014) (etapa 1), así como la conformación de dos momentos en la trayectoria del Movimiento LGBT: los campos del Movimiento Homosexual y del Movimiento LGBT (etapa 2), como resultado de los observables de la etapa 1.

Ambos análisis dieron pauta para realizar una comparación transversal y longitudinal que permitió dar cuenta del proceso de institucionalización del Movimiento LGBT. Ellos forman parte de la manera como se organiza este Cuaderno y de cómo se presentan sus conclusiones.

El análisis cualitativo longitudinal se enfoca en estudiar procesos que implican cambio y continuidad. Este tipo de análisis se aplica en el estudio de trayectorias, construcción de identidades, reproducción y cambio en valores, actitudes, creencias y comportamientos en grupos sociales (Caïs, Folguera, y Formoso, 2014). El análisis cualitativo longitudinal

parte del análisis de periodos que funcionan como observaciones que habrán de ser comparadas; ello permite destacar cambios y continuidades, así como identificar momentos y eventos tanto notables como coyunturales.

Una de las técnicas en las que dicho método se apoya es la entrevista, ya que —con base en su diseño— ella permite registrar lo que los actores dicen y hacen a lo largo del tiempo cuando identifican en la narrativa momentos coyunturales o puntos de quiebre.

Para la realización del análisis específico, en la etapa 1 de la investigación, tres grupos de observaciones resultaron útiles para concretar y complementar un análisis integrado.

Primero, dos grupos de entrevistas semiestructuradas independientes entre sí fueron aplicadas con la finalidad de generar información específica acerca del movimiento en dos momentos diferentes. Luego se elaboró un tercer conjunto de observaciones mediante el diseño y aplicación de entrevistas semiestructuradas *ad hoc* para esta investigación.

1. El Archivo Histórico del Movimiento Homosexual (AHMH),
2. La investigación “Diversidad Sexual: Los Retos de la Inclusión” (DSRI), y
3. Las entrevistas de elaboración propia (ECM).¹

En el Anexo 2 se presentan las pautas de cada conjunto de fuentes de información, se plantean los casos seleccionados (observaciones o entrevistas), y se justifica su selección.

¹ Las siglas refieren a las entrevistas elaboradas por Carlos Martínez.

El AHMH concentró sus observaciones en el periodo que va de 1978 a 1984; es decir, en el momento fundacional del movimiento y con la presencia del Movimiento Homosexual. El estudio DSRI se concentró en un momento específico del movimiento entre 2000 y 2005, en el periodo en el que la política de no discriminación se desarrollaba en México.

Finalmente, las ECM se enfocaron en la trayectoria del movimiento: desde sus orígenes (en la década de los setenta) hasta los años recientes. Especial atención recibieron los periodos que van de 1988 al año 2000, así como de 2005 a 2014.

En los tres conjuntos de observaciones se aplicaron entrevistas semiestructuradas, cuyas pautas de investigación y selección de casos son específicos a los objetivos de investigación (véase el Anexo 2). Por sí solas, tales observaciones no permiten reconocer el desarrollo del movimiento; y, obviamente, tampoco el proceso que conduce a su institucionalización.

Después del examen detallado que se realizó de los dos primeros grupos de observaciones, se consideró que ciertos segmentos de datos que estas fuentes generaron eran importantes para la investigación. Se reconoció que las entrevistas ofrecían información relacionada con la construcción de ideaciones e interacciones en el movimiento.

Además, dadas las características genéricas del instrumento (esto es, la entrevista semiestructurada), fue posible lograr un acercamiento a las narrativas y discursos de los actores, mediante el acceso al sentido asignado de manera subjetiva al movimiento a lo largo del tiempo: lo que se da por hecho, y el conjunto de relaciones e interacciones entre actores. Ambos tratamientos de la información fueron útiles para entender el campo del movimiento.

El último grupo de observaciones —de elaboración propia— tuvo como finalidad recabar datos que permitieran

identificar la trayectoria del movimiento bajo los ejes analíticos propuestos.

En la etapa 2, se analizaron 31 entrevistas, las cuales fueron codificadas y procesadas con el apoyo del programa computacional de análisis de datos cualitativos ATLAS.ti 6. Ello facilitó la clasificación de los datos, categorías y códigos que permitieran identificar temas, patrones y redes. El hecho de poder ordenar y organizar la información permitió la contrastación y complementariedad entre datos de los grupos de observaciones retomados, así como la recopilación de datos propia.

En esta investigación, fueron consideradas otras fuentes de evidencia empírica con la finalidad de producir un proceso de triangulación. En un primer punto, elaboré un conjunto de entrevistas que diseñé acerca de los periodos para los que ya se disponía de ellas; de tal modo, busqué confirmar, refutar y ampliar la información.

Otras observaciones también fueron tomadas en cuenta: la revista electrónica *NotieSe*, que dispone de información en línea desde 2001 hasta la fecha; el Archivo “Ignacio Álvarez”, que aportó documentos de las organizaciones del movimiento de 1978 a 1984; así como del archivo Sida Studi, de donde se obtuvo información del movimiento desde 1984 hasta la fecha.

Por otra parte, se realizaron observaciones *in situ*, como la asistencia a las Marchas del Orgullo en 2012, 2013 y 2014. Se asistió a los eventos coordinados por los activistas, como el “VIII Seminario Histórico LGBTTTI”, que tuvo lugar en octubre de 2014 en la Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México, al Coloquio “Dimensiones Transgresoras”, realizado en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, y a la “Semana de la Diversidad Sexual” en la Facul-

tad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México, en abril de 2013.

El conjunto de observaciones a las que esta investigación tuvo acceso fue organizado con la finalidad de representar cuatro lapsos de tiempo que fueran comparables.

En el cuadro 1 se señalan las cuatro cohortes longitudinales. Para ello se aprovechó la conformación de las fuentes de información y se complementó con las entrevistas aplicadas para el presente trabajo, los archivos y las observaciones *in situ* realizadas.

Cuadro 1
Informaciones analizadas por periodo

Periodo	Fuente de recopilación de información
1978-1984 (tiempo 1)	Entrevista semiestructurada a activistas del Movimiento Homosexual (provenientes de AHMH) Entrevistas semiestructuradas a activistas del Movimiento Homosexual (ECM) Archivo "Ignacio Álvarez" (Archivo Histórico del Movimiento de Liberación Homosexual)
1984-2000 (tiempo 2)	Entrevistas semiestructuradas a activistas de la época (ECM) Archivo Sida Studi Otras fuentes secundarias
2000-2005 (tiempo 3)	Entrevistas semiestructuradas a representantes de organizaciones del Movimiento LGBT (DSRI) Entrevistas semiestructuradas a activistas del Movimiento LGBT (ECM)
2005-2014 (tiempo 4)	Entrevistas semiestructuradas a activistas y representantes de organizaciones del Movimiento LGBT (ECM) Observaciones en Marchas del Orgullo y Seminarios realizados por el movimiento

Fuente: Elaboración propia.

Las cuatro observaciones fueron tratadas con el modelo de análisis propuesto para la institucionalización de los movimientos sociales (discutido en el capítulo “Institucionalización de los movimientos sociales desde la noción de *campo*”). Cada periodo fue analizado de manera independiente para identificar portadores de regularidades. Ello permitió reconocer dos momentos de continuidades y uno de ruptura: el campo del Movimiento Homosexual; el campo del Movimiento LGBT; así como la crisis y declive del Movimiento Homosexual.

En la etapa 2 se desarrolló un proceso de análisis que abordó las dificultades en las comparaciones y complementariedades entre observaciones de distinto origen. Este momento comenzó cuando la información se codificó y se agrupó en dos momentos analíticos interrelacionados: uno descriptivo y otro explicativo.

En esos momentos analíticos se hace una distinción entre prácticas y significados, los cuales —puesto que se hallan interactuando en el tiempo— permiten trazar el surgimiento y la estabilidad de formas institucionales en el campo de movimiento social.

La primera etapa hace un mayor hincapié descriptivo que se basa en los elementos que en la literatura se consideraron “comunes” en la institucionalización de los movimientos.

En conjunto, tales categorías representan las descripciones del campo de movimiento en tiempos diferenciados. Para concretar la conexión entre tales hechos que podrían estar suspendidos en el tiempo, fue necesario considerar los factores explicativos que permitan observar su tránsito, modificaciones, experimentación, y estabilización en el tiempo.

Un segundo momento analítico refiere entonces a las ideaciones o producción de sentido y relaciones de fuerzas,

así como su proceso de construcción en el movimiento. Esta etapa considera las categorías como marcos de acción colectiva, construcción de identidad, al igual que la posición de los actores en el campo del movimiento.

Finalmente, se emprendió el traslape entre los dos momentos analíticos. Es decir, parte del proceso de institucionalización consiste en encontrar la relación que hay entre ideaciones y relaciones de fuerzas con los portadores de regularidades en el movimiento.

Los hallazgos de investigación a lo largo de esta obra fueron distribuidos intencionalmente en cuatro capítulos. Dos de ellos para cada campo. En el capítulo 3 se narra el surgimiento, desarrollo, estabilización, crisis y declive del movimiento. Mientras que en el capítulo 4 se aborda el surgimiento, desarrollo, estabilización e institucionalización del Movimiento LGBT.



Anexo 1
Etapas y unidades de observación

Etapas	Entrevistados/Unidades	Código
1	Braulio Peralta	1.01 AHMH
	Xabier Lizarraga	1.02 AHMH
	Jorge Mondragón	1.03 AHMH
	Max Mejía	1.04 AHMH
	Arturo Vázquez Barrón	1.05 AHMH
	Juan Jacobo Hernández	1.06 AHMH
	Eugenia Olson	1.07 AHMH
	Alejandro Brito	1.08 ECM
	Xabier Lizarraga	1.09 ECM
	Yan María Castro	1.10 ECM
	Patria Jiménez	1.11 ECM
2	Alejandro Brito	2.01 ECM
	Alonso Hernández	2.02 ECM
	Xabier Lizarraga	2.03 ECM
	Edoardo Bordon	2.04 ECM
	Yan María Castro	2.05 ECM
	Patria Jiménez	2.06 ECM
	Paulina Martínez	2.07 ECM
	Rosa María Ortiz	2.08 ECM
	Guadalupe González	2.09 ECM
	Jorge Yáñez	2.10 ECM
	Natalia Anaya	2.11 ECM
Angie Rueda	2.12 ECM	

Etapas	Entrevistados/Unidades	Código
3	Madres y Padres LGBT	3.01 DSRI
	Clóset de Sor Juana	3.02 DSRI
	Musas de Metal	3.03 DSRI
	Iglesia de la Comunidad Metropolitana	3.04 DSRI
	Comité Organizador de la Marcha de la Diversidad Sexual, A. C.	3.05 DSRI
	Fundasida	3.06 DSRI
	País Trans	3.07 DSRI
	Travestis México	3.08 DSRI
	Diversidad Equidad Social y Democracia	3.09 DSRI
	Alejandro Brito	3.10 ECM
	Alonso Hernández	3.11 ECM
	Xabier Lizarraga	3.12 ECM
	Edoardo Bordon	3.13 ECM
	Yan María Castro	3.14 ECM
	Patria Jiménez	3.15 ECM
	Paulina Martínez	3.16 ECM
	Rosa María Ortiz	3.17 ECM
	Guadalupe González	3.18 ECM
	Jorge Yáñez	3.19 ECM
	Natalia Anaya	3.20 ECM
	Hazel Davenport	3.21 ECM
	Diana Sánchez Barrios	3.22 ECM
	Angie Rueda	3.23 ECM
	Tania Nieves	3.24 ECM

Anexo 2

Fuentes de información y selección de casos

Información de fuentes y pauta de entrevista	Selección de casos, activistas y organizaciones	Motivaciones para la selección
<p>FUENTE: Archivo Histórico del Movimiento Homosexual (AHMH)</p> <p>Año: 2000-2001.</p> <p>Entrevistas: 33 activistas a nivel nacional.</p> <p>PAUTA</p> <ul style="list-style-type: none"> - La experiencia subjetiva de la homosexualidad - La experiencia personal dentro del movimiento - La historia del movimiento - La concepción de la "liberación gay", de la ciudadanía y los derechos - El contexto político y cultural en el que surgió y se desarrolló el Movimiento - La costumbre y la moral pública y privada de la época - Las expresiones de cultura gay y el imaginario mediático - La participación de hombres y mujeres - La influencia del ámbito religioso - La violencia interna y externa - Los lugares de socialización homosexual - El impacto del VIH sida 	<p>Braulio Peralta: Sex-Pol (1977); Grupo Cálaro (1985).</p> <p>Xabier Lizarraga: Grupo Lambda de Liberación Homosexual (1978); Grupo Guerrilla Gay (1984).</p> <p>Jorge Mondragón: Frente de Liberación Homosexual (1971); Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (1979).</p> <p>Max Mejía: Grupo Lambda de Liberación Homosexual (1979).</p> <p>Arturo Vázquez Barrón: Grupo Lambda de Liberación Homosexual.</p> <p>Juan Jacobo Hernández: Frente de Liberación Homosexual (1971); Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (1978); Colectivo Sol (1982).</p> <p>Eugenia Olson: Grupo Lambda de Liberación Homosexual (1980).</p>	<ul style="list-style-type: none"> - La selección de las siete entrevistas obedeció a su mención más frecuente en distintos documentos, artículos e investigaciones previas; su inclusión como actores principales en el conjunto de las entrevistas. Además, estos actores en su mayoría aún forman parte del movimiento, y su distribución corresponde a cierta representatividad de diferentes asociaciones del movimiento. - 10 entrevistas no fueron consideradas, ya que se realizaron a personas que desarrollaron su activismo en otras partes del país y narraron sus experiencias regionales. - 12 entrevistados fueron activistas en la Ciudad de México; las motivaciones para no considerarlos en la selección obedeció a tres razones: se trataba de 1) activistas sin pertenencia específica a una organización homosexual o lésbica (seis de ellos); 2) activistas del movimiento que pertenecieron al FHAR (cinco de ellos), con la intención de evitar una sobrerepresentación, pues sólo hubo una de Lambda. En el Archivo Histórico se dispone de una mayor cantidad de entrevistados del FHAR, en comparación con otras organizaciones del Movimiento Homosexual (siete en total, en comparación con nueve de las otras asociaciones).

Información de fuentes y pauta de entrevista	Selección de casos, activistas y organizaciones	Motivaciones para la selección
<p>Fuente: Entrevistas realizadas en la investigación "Diversidad Sexual: Los Retos de la Inclusión"</p> <p>Año: 2005</p> <p>Entrevistas: 23 organizaciones en la Ciudad de México</p>	<p>Estas entrevistas se sistematizaron a título de la organización; los nombres de los entrevistados no se proporcionaron.¹</p> <p>Madres y Padres LGBT</p> <p>Clóset de Sor Juana (Patria Jiménez)</p>	<p>- Se seleccionaron con la finalidad de contribuir a la construcción de información y evitar el sesgo.</p> <p>- Se buscó ofrecer representatividad a las distintas identidades del movimiento. Además, se consideraron algunas organizaciones cuyos temas LGBT son tratados de manera relativa y no central.</p>
<p>PAUTA</p> <ul style="list-style-type: none"> - Información sobre la organización - Información sobre las concepciones de la diversidad sexual - Información sobre las cuestiones de la igualdad y la inclusión - Información sobre el papel que desempeña el Estado y las políticas públicas necesarias en torno al caso 	<p>Musas de Metal</p> <p>Iglesia de la Comunidad Metropolitana</p> <p>Comité Organizador de la Marcha de la Diversidad Sexual, A. C.</p> <p>Fundasida</p> <p>Pais Trans (Hazel Davenport)</p>	<p>- Ocho asociaciones que no fueron seleccionadas debido a los principales temas que dichas asociaciones tratan y no resultan centrales para el movimiento, como VIH, derechos de las mujeres, educación sexual.</p>
<p>La guía de entrevista estuvo compuesta por 40 preguntas abiertas, divididas en cuatro partes, correspondientes a los cuatro ejes señalados.</p>	<p>Travestis México</p> <p>Diversidad Equidad Social y Democracia (Enoé Uranga)</p>	

¹ Al comparar la información con las entrevistas propias, fue posible identificar el nombre de algunos entrevistados. Entre paréntesis se coloca el de los entrevistados, cuando fue posible deducirlo.

Información de fuentes y pauta de entrevistas	Selección de casos, activistas y organizaciones	Motivaciones para la selección
Fuente: Elaboración y aplicación propia de entrevistas. Año: 2014.	Alejandro Brito. Letra S Alonso Hernández. Memorias y Archivos Diversos	- Se seleccionaron los casos considerando la diversidad en las identidades del Movimiento LGBT. Cuatro activistas <i>gays</i> ; cinco activistas lesbianas; dos bisexuales; cuatro trans. La selección de casos ocurrió mediante un proceso de bola de nieve. Asimismo, se tomó en cuenta a los actores más destacados que aparecían en diferentes documentos y publicaciones, tanto periodísticas como de investigación académica.
Entrevistas: 15 activistas en la Ciudad de México.	Xabier Lizarraga. Lambda y Guerrilla Gay Eduardo Bordon	- Se seleccionaron activistas que mostraran una trayectoria en las organizaciones del movimiento no menor a 15 años.
PAUTA <i>Dimensión normativa</i>	Yan María Castro. Fundadora del Movimiento Homosexual, Oikabeth Patria Jiménez. Oikabeth y Clóset de Sor Juana	- Se consideró entrevistar a activistas fundadores que aún participaran en el movimiento. Ello permitió poder contrastar información con las entrevistas del AHMH; también se reconoció su experiencia en la trayectoria del movimiento. Para ello se consideraron cuatro entrevistas: a dos activistas <i>gay</i> y dos lesbianas.
- Descripción de percepción sobre su participación, el movimiento y sus cambios	Paulina Martínez. Musas de Metal Rosa María Ortiz. Grupo de Madres Lesbianas	
- Conformación de sentido en el movimiento	Guadalupe González. Grupo de Madres Lesbianas	
- Elementos que identifican a las organizaciones del movimiento entre sí. Reconocimiento mutuo	Jorge Yáñez. Opción Bi Natalia Anaya. Opción Bi	
- Formas de acción y organización en el movimiento	Hazel Davenport. Transexualis, Pro Diana	
<i>Dimensión relacional</i>	Diana Sánchez Barrios. Pro Diana Angie Rueda	
- Formas de interacción entre organizaciones	Tania. Dignidad Trans	
- Formas de coordinación entre asociaciones		
- Actores más influyentes dentro del movimiento		
- Relación e interacción con audiencias, potenciales fuentes de apoyo y gobierno		



Bibliografía

- Adam, Barry D., Jan Willem Duyvendak, y André Krouwel, comps. (1999). *The Global Emergence of Gay and Lesbian Politics: National Imprints of a Worldwide Movement*. Filadelfia, Pennsylvania: Temple University Press.
- Álvarez, Leobardo (1979). "Ensayo de Manifiesto". *Nuestro Cuerpo*, núm. 1 (mayo).
- Armstrong, Elizabeth A. (2002). *Forging Gay Identities: Organizing Sexuality in San Francisco, 1950-1994*. Chicago, Illinois: The University of Chicago Press.
- Armstrong, Elizabeth A. (2005). "From struggle to settlement. The crystallization of a field of lesbian/gay organizations in San Francisco, 1969-1973". En *Social Movements and Organization Theory*, compilado por Gerald F. Davis, Doug MacAdam, W. Richard Scott, y Mayer N. Zaid, 161-188. Nueva York: Cambridge University Press.
- Armstrong, Elizabeth A., y Mary Bernstein (2008). "Culture, power, and institutions: a multi-institutional politics approach to social movements". *Sociological Theory* 26 (1): 74-99.

- Bartley, Tim (2007). "How foundations shape social movements: the construction of an organizational field and the rise of forest certification". *Social Problems* 54, núm. 3 (agosto): 229-255.
- Benford, Robert D., y David A. Snow (2000). "Framing processes and social movements: an overview and assessment". *Annual Review of Sociology* 26 (enero): 611-639.
- Berger, Peter L., y Thomas Luckmann (1967). *La construcción social de la realidad*. México: Amorrortu.
- Blumer, Herbert (1946). "Social movements". En *New Outline of the Principles of Sociology*, compilado por Alfred McClung Lee, 497-505. College Outline Series. Nueva York: Barnes & Noble, Incorporated.
- Blumer, Herbert (1971). "Social problems as collective behavior". *Social Problems* 18, núm. 3 (invierno): 298-306.
- Blumer, Herbert (1997). "Elementary collective grouping". En *Social Movements: Perspectives and Issues*, compilado por Steven M. Buechler y F. Kurt Cylke Jr., 72-91. Mountain View, California: Mayfield Publishing Company.
- Bourdieu, Pierre (1983). *Campo del poder y campo intelectual*. Colección Argumentos. Buenos Aires: Folios Ediciones.
- Bourdieu, Pierre (1990). "Algunas propiedades de los campos". En *Sociología y cultura*, 135-141. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Bourdieu, Pierre, y L. Wacquant (1995). "La lógica de los campos". En *Respuestas por una antropología reflexiva*, 63-78. México: Grijalbo.
- Buechler, Steven M. (1993). "Beyond resource mobilization? Emerging trends in social movement theory". *The Sociological Quarterly* 34, núm. 2 (mayo): 217-235.
- Caïs, Jordi, Laila Folguera y Climent Formoso (2014). *Investigación Cualitativa Longitudinal*. Cuadernos Metodológicos 52, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Campbell, John L. (2005). "Where do we stand? Common mechanisms in organizations and social movements research". En *Social Movements and Organization Theory*, compilado por Gerald

- F. Davis, Doug McAdam, W. Richard Scott, y Mayer N. Zald, 41-68. *Cambridge Studies in Contentious Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Campbell, Donald, y Julian Stanley (2005). *Diseños experimentales y cuasiexperimentales*. 9a. ed. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Centro de Información y Documentación de las Homosexualidades de México-Escuela Nacional de Antropología e Historia-Colectivo Sol.
- Clemens, Elisabeth S. (1993). "Organizational repertoires and institutional change: women's groups and the transformation of U.S. politics, 1890-1920". *American Journal of Sociology* 98, núm. 4 (enero): 755-798.
- Clemens, Elisabeth S., y James M. Cook (1999). "Politics and institutionalism: explaining durability and change". *Annual Review of Sociology* 25, núm. 1 (enero): 441-466.
- Coller, Xavier (2006). *Estudio de casos*. Cuadernos Metodológicos 30. 2a. ed. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Comité de Lesbianas y Homosexuales en Apoyo a la Candidatura de Rosario Ibarra (1982). "Comité de Lesbianas y Homosexuales en apoyo a la candidatura de Rosario Ibarra". México: Escuela Nacional de Antropología e Historia-Centro de Información y Documentación de las Homosexualidades de México.
- Crossley, Nick (2002). *Making Sense of Social Movements*. Ballmoor, Buckingham: Open University Press.
- Dawson, C. A., y W. E. Gettys (1935). *An Introduction to Sociology*. Nueva York: Ronald Press Co.
- Dehesa, Rafael de la (2010). *Queering the Public Sphere in Mexico and Brazil: Sexual Rights Movements in Emerging Democracies*. Durham, North Carolina: Duke University Press.
- Dehesa, Rafael de la (2012). "El Estado y los movimientos LGBT: encuentros y desencuentros". Entrevista por Alejandro Brito. *NotieSe*. Disponible en línea: <http://www.notiese.org/notiese.php?ctn_id=5438> [Consulta: 15 de noviembre, 2019].

- Diani, Mario (2003). "Introduction: social movements, contentious actions, and social networks: 'From metaphor to substance'?" En *Social Movements and Networks: Relational Approaches to Collective Action*, compilado por Mario Diani y Doug McAdam, 1-18. Comparative Politics Series. Oxford: Oxford University Press.
- Diani, Mario (2013). "Organizational fields and social movement dynamics". En *The Future of Social Movement Research: Dynamics, Mechanisms, and Processes*, compilado por Jacquelin van Stekelenburg, Conny Roggeband y Bert Klandermans, 145-168. Oxford: Oxford University Press.
- Diani, Mario, y Katia Pilati (2011). "Interests, identities, and relations: Drawing boundaries in civic organizational fields". *Mobilization: An International Journal* 16, núm. 3: 265-282.
- Díez, Jordi (2011). "La trayectoria política del movimiento Lésbico-Gay en México". *Estudios Sociológicos* 29, núm. 86: 687-712.
- DiMaggio, Paul J. (1999). "Construcción de un campo organizacional como un proyecto profesional: los museos de arte en los Estados Unidos, 1920-1940". En *El nuevo institucionalismo en el análisis organizacional*, compilado por Walter W. Powell y Paul DiMaggio, 333-361. México: Fondo de Cultura Económica/Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública/Universidad Autónoma del Estado de México.
- DiMaggio, Paul J., y Walter W. Powell (1999). "Retorno a la jaula de hierro: el isomorfismo institucional y la racionalidad colectiva en los campos organizacionales". En *El nuevo institucionalismo en el análisis organizacional*, compilado por Walter W. Powell y Paul DiMaggio, 104-125. México: Fondo de Cultura Económica/Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública/Universidad Autónoma del Estado de México.
- Espinoza Damián, Gisela, y Martha Castañeda Pérez (2011). "Feminismo civil. Los claroscuros de la institucionalización". En *Un fantasma recorre el siglo. Luchas feministas en México 1910-2010*, coordinado por Gisela Espinoza Damián y Ana Lau Jaiyen, 363-402. México: Universidad Autónoma Metropolitana.

- Xochimilco/Editorial Itaca/Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología/El Colegio de la Frontera Sur.
- Eyerman, Ron, y Andrew Jamison (1991). *Social Movements: A Cognitive Approach*. Pennsylvania: Pennsylvania State University Press.
- Fligstein, Neil, y Doug McAdam (2011). "Toward a general theory of strategic action fields". *Sociological Theory* 29, núm. 1 (marzo): 1-26.
- Fligstein, Neil, y Doug McAdam (2012). *A Theory of Fields*. Oxford: Oxford University Press.
- Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (1978). "Comunicado de Contrainformación No. 1". México: Escuela Nacional de Antropología e Historia. Centro de Información y Documentación de las Homosexualidades de México.
- Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (1982). "Comunicado de disolución del FHAR". México: Escuela Nacional de Antropología e Historia/Centro de Información y Documentación de las Homosexualidades de México.
- Friedland, Roger, y Robert Alford (1999). "Introduciendo de nuevo a la sociedad: símbolos, prácticas y contradicciones institucionales". En *El nuevo institucionalismo en el análisis organizacional*, compilado por Walter W. Powell y Paul J. DiMaggio. México: Fondo de Cultura Económica.
- Galván Díaz, Francisco (1988). *El sida en México: los efectos sociales*. Ediciones de Cultura Popular-Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco
- Gamson, William A. (1975). *The Strategy of Social Protest*. Homewood, Illinois: Dorsey Press.
- Giddens, Anthony (1986). *The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration*. Berkeley: University of California Press.
- Giddens, Anthony (1995). *La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.
- Giddens, Anthony (2003). *La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires/Madrid: Amorrortu editores.

- Goffman, Erving (1986). *Frame Analysis: An Essay on the Organization of Experience*. Boston: Northeastern.
- González Villareal, Roberto (2001). *Después de la Liberación (formas transpolíticas, figuras transexuales)*. México: Universidad Pedagógica Nacional.
- Greenwood, Royston, y C. R. Hinings (1993). "Understanding strategic change: the contribution of archetypes". *The Academy of Management Journal* 36, núm. 5: 1052-1081.
- Hensmans, Manuel (2003). "Social movement organizations: a metaphor for strategic actors in institutional fields". *Organization Studies* 24, núm. 3 (marzo): 355-381.
- Hirschman, Albert O. (1970). *Exit, Voice, and Loyalty: Responses to Decline in Firms, Organizations, and States*. Harvard Paperback, 25. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Hunt, Scott; Robert D. Benford; y David A. Snow (2001). "Marcos de acción colectiva y campos de identidad en la construcción social de los movimientos". En *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*, compilado por Enrique Laraña Rodríguez-Cabello y Joseph R. Gusfield, 221-249. Colección Academia. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Jasper, James M. (2014). Review of *A Theory of Fields*, de Neil Fligstein y Doug MacAdam. *Cultural Sociology* 8, núm. 2: 212-213.
- Jenkins, J. Craig (1983). "Resource mobilization theory and the study of social movements". *Annual Review of Sociology* 9 (agosto): 527-553.
- Jepperson, Ronald (1999). "Instituciones, efectos institucionales e institucionalismo". En *El nuevo institucionalismo en el análisis organizacional*, compilado por Walter W. Powell y Paul J. DiMaggio, 193-215. México: Fondo de Cultura Económica/Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública/Universidad Autónoma del Estado de México.
- Johnston, Hank, Enrique Laraña Rodríguez-Cabello, y Joseph R. Gusfield (2001). "Identidades, ideologías y vida cotidiana en los nuevos movimientos sociales". En *Los nuevos movimientos socia-*

- les: de la ideología a la identidad*, compilado por Enrique Laraña Rodríguez-Cabello y Joseph R. Gusfield, 3-42. Colección Academia. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Klandermans, Bert (2001). "La construcción social de la protesta y los campos pluriorganizativos". En *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*, compilado por Enrique Laraña Rodríguez-Cabello y Joseph Gusfield, 183-220. Colección Academia. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Kondra, Alex Z., y C. R. Hinings (1998). "Organizational diversity and change in institutional theory". *Organization Studies* 19, núm. 5: 743-767.
- Kriesi, Hanspeter (1988). "Local mobilization for the people's petition of the Deutch peace movement". En *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research across Cultures*, compilado por Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi, y Sidney G. Tarrow, 41-81. International Social Movement Research, 1. Greenwich, Connecticut: JAI Press.
- Laguada, Rodrigo (2009). *Ser gay en la ciudad de México. Lucha de representaciones y apropiación de una identidad, 1968-1982*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Instituto de Investigaciones "Doctor José María Luis Mora".
- Lounsbury, Michael; Marc Ventresca; y Paul M. Hirsch (2003). "Social movements, field frames and industry emergence: a cultural-political perspective on US recycling". *Socio-Economic Review*, núm. 1: 71-104.
- Lourau, René, y Noemí Fiorito de Labruno (2010). *El análisis institucional*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Marcuse, Herbert (1970). *Eros and Civilization*. Londres: Allen Lane.
- Martin, Andrew W. (2008). "The institutional logic of union organizing and the effectiveness of social movement repertoires". *American Journal of Sociology* 113, núm. 4 (enero): 1067-1103.
- Martin, John Levi (2003). "What is field theory?" *American Journal of Sociology* 109, núm. 1 (julio): 1-49.

- Martínez Carmona, Carlos Arturo (2009). “Usan nombres de ONG’s sin permiso para promover candidatura *gay*”. *Anodis*, 10 de marzo. Disponible en línea: <anodis.com/nota/13754.asp> [Consulta: febrero, 2013].
- Martínez Carmona, Carlos Arturo (2018a). “Comprendiendo la establiización del movimiento LGBT mexicano. La mirada desde el *habitus*”. En *Pierre Bourdieu en la sociología latinoamericana. El uso de campo y habitus en la investigación*, coordinado por Roberto Castro; Hugo José Suárez. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.
- Martínez Carmona, Carlos Arturo (2018b). “Campo de movimiento social: explorando sus regularidades. El caso del movimiento homosexual mexicano”. *Revista Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales* 2, núm. 2 (julio-diciembre): 7-30.
- Martínez Carmona, Carlos Arturo (en prensa). “De la protección a la demanda de derechos lésbico-gays: cómo un movimiento social aprende a (re)enmarcar legalmente”. En *Activismo legal en México*, compilado por Ligia Tavera Fenollosa. México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- McAdam, Doug (1994). “Cultura y movimientos sociales”. En *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*, compilado por Enrique Laraña y Joseph R. Gusfield, 43-68. Colección Academia. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- McAdam, Doug (1999). *Political Process and the Development of Black Insurgency, 1930-1970*. 2a. ed. Chicago: University of Chicago Press.
- McAdam, Doug, y W. Richard Scott (2005). “Organizations and movements”. En *Social Movements and Organization Theory*, compilado por Gerald F. Davis, Doug McAdam, W. Richard Scott, y Mayer N. Zald, 4-40. Cambridge Studies in Contentious Politics. Cambridge: Cambridge University Press.

- McCarthy, John D., y Mayer N. Zald (1977). "Resource mobilization and social movements: a partial theory". *American Journal of Sociology* 82, núm. 6 (mayo): 1212-1241.
- Medina, Antonio (2010). "El Taller cierra su puerta de acero". *NotieSe*. 21 de diciembre. Disponible en línea: <http://www.notiese.org/notiese.php?ctn_id=4549>.
- Melucci, Alberto (1980). "The new social movements: a theoretical approach". *Information (International Social Science Council)* 19, núm. 2: 199-226.
- Melucci, Alberto (1985). "The symbolic challenge of contemporary movements". *Social Research* 52, núm. 4 (invierno): 789-816.
- Melucci, Alberto (1989). *Nomads of the Present*. Londres: Hutchinson Radius.
- Melucci, Alberto (1995). "The process of collective identity". En *Social Movements and Culture*, compilado por Hank Johnston y Bert Klandermans, 41-63. Social Movements, Protest & Contention Series, 4. Minneapolis, Minnesota: University of Minnesota Press.
- Modonesi, Massimo (2003). *La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana*. México: Casa Juan Pablos.
- Mogrovejo, Norma (2000). *Un amor que se atrevió a decir su nombre: la lucha de las lesbianas y su relación con los movimientos homosexual y feminista en América Latina*. México: Plaza y Valdés.
- Mogrovejo, Norma (2008). "Diversidad sexual, un concepto problemático". *Trabajo Social UNAM*, núm. 18. Disponible en línea: <<http://www.revistas.unam.mx/index.php/ents/article/view/19577>> [Consulta: 30 de octubre, 2019].
- Monsiváis, Carlos (1988). "Las plagas y el amarillismo: Notas sobre el sida en México". En *El sida en México: los efectos sociales*, coordinado por Francisco Galván Díaz, 117-129. México: Ediciones de Cultura Popular/Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- Offe, Claus (1985). "New social movements: challenging the boundaries of institutional politics". *Social Research* 52, núm. 4 (invierno): 817-868.

- Olson, Mancur (1965). *The Logic of Collective Action: Public Goods and the Theory of Groups*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Ortega, Gerardo (1988). "Liberación sexual y sida". En *El sida en México: los efectos sociales*, coordinado por Francisco Galván Díaz, 285-291. México: Ediciones de Cultura Popular/Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- Partido Revolucionario de los Trabajadores (1980). "Todos a la Marcha del Orgullo Homosexual". México: Escuela Nacional de Antropología e Historia-Centro de Información y Documentación de las Homosexualidades de México.
- Peralta, Braulio (2006). *Los nombres del arco iris: trazos para redescubrir el movimiento homosexual*. México: Nueva Imagen.
- Powell, Walter W., y Jeannette A. Colyvas (2008). "Microfoundations of institutional theory". En *The SAGE Handbook of Organizational Institutionalism*, compilado por Royston Greenwood, Christine Oliver, Roy Suddaby, y Kerstin Sahlin-Andersson, 276-298. Thousand Oaks, California: Sage Publications.
- Powell, Walter W., y Paul J. DiMaggio (1999). *El nuevo institucionalismo en el análisis organizacional*. México: Fondo de Cultura Económica/Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública/Universidad Autónoma del Estado de México.
- Pozas Horcasitas, Ricardo (2014). "The 68's: meeting of many stories and culmination of many battles". *Revista Perfiles Latinoamericanos* 22, núm. 43: 19-54.
- Rao, Hayagreeva, Philippe Monin, y Rodolphe Durand (2003). "Institutional change in Toque ville: nouvelle cuisine as an identity movement in French gastronomy". *American Journal of Sociology* 108, núm. 4: 795-843.
- Reich, Wilhem (1974). *La lucha sexual de los jóvenes*. México: Ediciones Roca.
- Richardson, Diane, y Steven Seidman, comps. (2002). *Handbook of Lesbian and Gay Studies*. Londres: SAGE Publications Ltd.

- Rojas, Fabio (2010). *From Black Power to Black Studies: How a Radical Social Movement Became an Academic Discipline*. Baltimore, Maryland: The Johns Hopkins University Press.
- Rucht, Dieter, y Friedhelm Neidhardt (2002). "Towards a 'movement society'? On the possibilities of institutionalizing social movements". *Social Movement Studies* 1, núm. 1: 7-30.
- Salinas, Héctor Miguel (2008). *Políticas de disidencia sexual en México*. México: Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación.
- Sánchez Kuri, Alicia Layla (s/f). "Por todos los medios contra la desinformación: comunicación alternativa para la difusión de la diversidad sexual". Inédito.
- Schneiberg, Marc, y Michael Lounsbury (2008). "Social movements and institutional analysis". En *The SAGE Handbook of Organizational Institutionalism*, compilado por Royston Greenwood, Christine Oliver, Roy Suddaby, y Kerstin Sahlin-Andersson, 281-310. Thousand Oaks, California: Sage Publications Ltd.
- Schütz, Alfred (1993). *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Barcelona: Paidós.
- Scott, W. Richard (2001). *Institutions and Organizations: Ideas and Interests*. Thousand Oaks, California: Sage Publications.
- Scott, W. Richard (2014). *Institutions and Organizations: Ideas, Interests and Identities*. Thousand Oaks, California: Sage Publications.
- Seo, Myeong-Gu, y W. E. Douglas Creed (2002). "Institutional contradictions, praxis, and institutional change: a dialectical perspective". *The Academy of Management Review* 27, núm. 2 (abril): 222-247.
- Sewell, William H. Jr. (1992). "A theory of structure: duality, agency, and transformation". *American Journal of Sociology* 98, núm. 1 (julio): 1-29.
- Smelser, Neil J. (1989). *Teoría del comportamiento colectivo*. Colección Sociología. México. Fondo de Cultura Económica.
- Snow, David A., E. Burke Rochford Jr., Steven K. Worden, y Robert D. Benford (1986). "Frame alignment processes, micromobiliza-

- tion, and movement participation”. *American Sociological Review* 51 (4): 464-81.
- Swidler, Ann (1986). “Culture in action: symbols and strategies”. *American Sociological Review* 51, núm. 2: 273-286.
- Szazs, Ivonne, y Guadalupe Salas, coords. (2008). *Sexualidad, derechos humanos y ciudadanía: diálogos sobre un proyecto en construcción*. México: El Colegio de Mexico.
- Tarrow, Sidney G. (1999). “Estado y oportunidades: la estructuración política de los movimientos sociales”. En *Movimientos sociales, perspectivas comparadas: oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*, coordinado por Doug McAdam, John D. McCarthy, y Mayer N. Zald, 71-99. Madrid: Ediciones AKAL.
- Tarrow, Sidney G. (2004). *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. 2a. ed. Alianza Ensayo, 238. Madrid: Alianza Editorial.
- Tavera Fenollosa, Ligia (2013). “El Movimiento Urbano Popular y el Frente Democrático Nacional: campo organizacional y liderazgos”. En *El PRD: orígenes, itinerario, retos*, compilado por Jorge Cadena-Roa y Miguel Armando López Leyva, 105-131. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades-Ficticia.
- Thornton, Patricia H., y William Ocasio (2008). “Institutional logics”. En *The SAGE Handbook of Organizational Institutionalism*, compilado por Royston Greenwood, Christine Oliver, Roy Suddaby, y Kerstin Sahlin-Andersson, 99-129. Thousand Oaks, California: SAGE Publications Ltd.
- Thornton, Patricia H., y William Ocasio (2012). *The Institutional Logics Perspective: A New Approach to Culture, Structure and Process*. Oxford/Nueva York: Oxford University Press.
- Tilly, Charles (1978). *From Mobilization to Revolution*. Nueva York: MacGraw-Hill Publishing Co.

- Tilly, Charles, y Sidney Tarrow (2006). *Contentious Politics*. Nueva York: Oxford University Press.
- Touraine, Alain (1997a). *¿Podremos vivir juntos? La discusión pendiente: el destino del hombre en la aldea global*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Touraine, Alan (1997b). “Los movimientos sociales”. En *¿Podremos vivir juntos? La discusión pendiente: el destino del hombre en la aldea global*, 99-134. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Turner, Ralph H., y Lewis M. Killian (1987). *Collective Behavior*. 3a. ed. Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice Hall.
- Weber, Max (2015). *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Weeks, Jeffrey (1990). *Coming Out: Homosexual Politics in Britain from the Nineteenth Century to the Present*. Londres: Quartet Books Ltd.
- Weeks, Jeffrey (1998). “La invención de la sexualidad”. En *Sexualidad*, de Jeffrey Weeks, 21-46. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Programa Universitario de Estudios de Género/Paidós.
- Wooten, Melissa, y Andrew J. Hoffman (2008). “Organizational fields: past, present and future”. En *The SAGE Handbook of Organizational Institutionalism*, compilado por Royston Greenwood, Christine Oliver, Roy Suddaby, y Kerstin Sahlin-Andersson, 130-147. Thousand Oaks, California: SAGE Publications Ltd.
- Yin, Robert K. (1994). *Case Study Research: Design and Methods*. 2a ed. Thousand Oaks, California: SAGE Publications Ltd.
- Zald, Mayer N.; Calvin Morrill; y Hayagreeva Rao (2005). “The impact of social movements on organizations: environment and responses”. En *Social Movements and Organization Theory*, compilado por Gerald F. Davis, Doug McAdam, W. Richard Scott, y Mayer N. Zald, 253-279. Cambridge: Cambridge University Press.
- Zucker, Lynne G. (1999). “El papel de la institucionalización en la persistencia cultural”. En *El nuevo institucionalismo en el análisis*

organizacional, compilado por Walter W. Powell y Paul J. DiMaggio, 126-153. México: Fondo de Cultura Económica/Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública/Universidad Autónoma del Estado de México.

ENTREVISTAS CITADAS

- Anaya, Natalia (2014). Fundadora de las primeras agrupaciones bisexuales en los años noventa, miembro de Caracol y Opción Bi. Entrevistada por Martínez Carmona.
- Bourdon, Edoardo (2014). Cooperativa Social Sex-Boy. Entrevistado por Martínez Carmona.
- Brito, Alejandro (2014). Miembro de Grupo Lambda, fundador de Letra S. Entrevistado por Martínez Carmona.
- Castro, Yan María (2014). Fundadora del Grupo Oikabeth y Lesbianas Socialistas. Entrevistada por Carlos Arturo Martínez Carmona.
- Clóset de Sor Juana (2005). El Clóset de Sor Juana. Área de Investigación Aplicada y Opinión/Instituto de Investigaciones Jurídicas.
- Desyde (2005). Diversidad Equidad Social y Democracia. Área de Investigación Aplicada y Opinión/Instituto de Investigaciones Jurídicas.
- González, Guadalupe (2014). Grupo de Madres Lesbianas. Entrevistada por Martínez Carmona.
- Hernández, Alonso (2014). Coordinador de Archivos y Memorias Diversas, miembro del Grupo Guerrilla *Gay*, formó parte del Grupo Palomilla *Gay*. Entrevistado por Carlos Arturo Martínez Carmona.
- Hernández, Juan Jacobo (2000). Fundador del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria y de Colectivo Sol, A. C. Centro de Información y Documentación de las Homosexualidades de México/ Escuela Nacional de Antropología e Historia.

- Jiménez, Patria (2014). El Clóset de Sor Juana. Entrevistada por Martínez Carmona.
- Lizarraga, Xabier (2000). Fundador del Grupo Lambda de Liberación Homosexual. Centro de Información y Documentación de las Homosexualidades de México/Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Lizarraga, Xabier (2014). Grupo Guerrilla *Gay*. Entrevistado por Martínez Carmona.
- Martínez, Paulina (2014). Fundadora de Musas de Metal, participó en el Grupo Generación *Gay*, y colaboró en *La Gaceta Gay*. Entrevistada por Martínez Carmona.
- Mejía, Max (2000). Fundador del Grupo Lambda de Liberación Homosexual. Centro de Información y Documentación de las Homosexualidades de México/Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Mondragón, Jorge. (2000). Miembro del Frente Homosexual de Acción Revolucionaria. Centro de Información y Documentación de las Homosexualidades de México/Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Musas de Metal (2005). Musas de Metal. Área de Investigación Aplicada y Opinión/Instituto de Investigaciones Jurídicas.
- Nieves, Tania (2014). Fundadora de Dignidad Trans. Entrevistada por Martínez Carmona.
- Olson, Eugenia (2000). Miembro del Grupo Lambda de Liberación Homosexual. Centro de Información y Documentación de las Homosexualidades de México/Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Ortiz, Rosa María (2014). Grupo de Madres Lesbianas. Entrevistada por Martínez Carmona.
- País Trans (2005). País Trans. Área de Investigación Aplicada y Opinión/Instituto de Investigaciones Jurídicas.
- Peralta, Braulio (2001). Fundador del Grupo Sex-Pol. Centro de Información y Documentación de las Homosexualidades de México/Escuela Nacional de Antropología e Historia.

- Rueda, Angie (2014). Frente Trans. Entrevistada por Martínez Carmona.
- Sánchez, Diana (2014). Pro-Diana. Entrevistada por Martínez Carmona.
- Travestis México (2005). Área de Investigación Aplicada y Opinión/ Instituto de Investigaciones Jurídicas.
- Vázquez, Arturo (2000). Fundador del Grupo Cálamo. Centro de Información y Documentación de las Homosexualidades de México/Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Yáñez, Jorge (2014). Coordinador de Opción Bi y coordinador de Trodos Círculo de Masculinidad. Entrevistado por Martínez Carmona.



*El movimiento LGBT en la Ciudad de México:
una mirada sociológica a su institucionalización,*
editado por el Instituto de Investigaciones Sociales
de la Universidad Nacional Autónoma de México,
se terminó de imprimir en agosto de 2020, en los talleres
de Ultradigital Press, S.A de C.V., Centeno 195,
Col. Valle del Sur, C.P. 09819, Ciudad de México.
La composición tipográfica se hizo en Garamond
de 12/14.5, 11/14.5 y en Univers 45 light de y 10/12 y 8/10.
La edición digital consta de 200 ejemplares
en papel bond ahuesado de 90 gramos.